

Tormenta en primavera

Primavera tormentosa

Betty Neels



Tormenta en Primavera (1989)

En Harmex: Primavera tormentosa

Título Original: Stormy Springtime (1988)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Jazmín 662

Género: Contemporánea

Protagonistas: Ralph Culver y Meg Collins

Argumento:

Meg era una joven anticuada y no le atraían las diversiones. Había sido feliz viviendo en el campo y cuidando a su madre inválida. Pero ahora eso pertenecía al pasado. La casa de la familia estaba en venta y ella debía enfrentarse a un futuro incierto.

Entonces Ralph apareció en su vida y le ofreció una alternativa. Por supuesto él sólo quería ayudarla, no la miraba como a una mujer... ¿o sí?

Capítulo 1

La tarde del mes de enero estaba llegando a su fin y el viento hacía que la lluvia golpeará las ventanas de la habitación. Esta, no obstante, con su agradable ambiente desafiaba al pésimo clima del exterior. Era bastante amplia y el fuego ardía en la chimenea. Estaba iluminada por varias lámparas de mesa y amueblada con gusto. Sus tres ocupantes estaban sentadas cerca del fuego. Se trataba de tres hermanas y discutían.

—Es innegable que la casa se puede vender en cuanto que nos lo propongamos, pues cuenta con todo lo que a las agencias inmobiliarias les agrada: un estilo georgiano modernizado, baños adecuados, una cancha de tenis... cualquier cosa que deseen la tenemos. El precio debe ser alto...

Una mujer joven, mayor que las otras dos, pero todavía muy atractiva, fue la que tomó la palabra. Su atuendo elegante, carecía de estilo. Miró a sus congéneres y continuó:

—Charles dice que sería una tontería no venderla. Cada una de nosotras recibiría su parte... nosotros invertiríamos la nuestra, por supuesto, para que James y Henry tuvieran una educación adecuada.

La joven que estaba sentada en frente de ella, estiró sus largas piernas y bostezó.

—Yo compraré un apartamento cerca del hospital y tomaré unas maravillosas vacaciones —con presunción añadió—: Me han asegurado que tendré el puesto de jefa de enfermeras dentro de un par de meses —se quedó pensativa unos momentos, luego preguntó—: ¿Dónde vais a enviar a los niños?

La tercera chica, que estaba sentada entre ellas, se encogió. No había intervenido en la charla, mas nadie esperaba que lo hiciera. Desde que podía recordar, ella, la hermana de en medio, había sido ignorada cortésmente. Durante su niñez siempre había estado en la sombra. No cabía duda de que la querían, sin embargo, el aprecio estaba mezclado con la indiferencia. Desde la primera infancia, ella había necesitado ayuda para saltar cercas y vallas, se caía de los árboles y se escondía detrás de sus hermanas cuando llegaban visitas. La facilidad con la cual sacó sus estudios fue casi eclipsada por la brillantez de sus hermanas en los deportes y en el teatro. Además, ella era pequeña y regordeta, con una cara en la cual sólo destacaban unos enormes ojos grises y una boca ancha y suave.

Ahora, con Cora casada con un ambicioso contable y madre de dos pequeños y Doreen, con una carrera en el hospital que seguramente culminaría en la conquista de algún médico eminente, ella tenía que admitir que no podía jactarse de mucho durante los últimos años.

Era cierto que había permanecido en su hogar sobre todo porque todos daban por hecho que eso era lo que deseaba hacer. Había cuidado a su madre y después de un año, también se había hecho cargo de la casa. Debido a ello, se había convertido en una excelente cocinera y ama de casa, ayudada por Betsy, quien se negaba a

retirarse, y de la señora Griffiths, que iba tres veces por semana para encargarse del trabajo pesado.

Su madre había muerto, ya no recibían la pensión y les quedaba muy poco dinero, exceptuando lo que podrían recibir por la casa. Cora y Doreen nunca se habían preocupado mucho por la pensión, habían dado por hecho que era suficiente para su madre y para Meg y ninguna se había preocupado nunca de pensar que a Meg podría gustarle la idea de tomar unas vacaciones o ir una noche al teatro...

Meg no les guardaba rencor. Cora tenía un hogar y una familia, además, vivía en Kent y no la visitaba con frecuencia. Respecto a Doreen, los que la conocían aseguraban que era una maravillosa enfermera y que tenía un futuro brillante. Asimismo, como se trataba de una joven hermosa, podía elegir de entre sus amigos para ir a cenar, bailar o al teatro, lo cual le dejaba poco tiempo para visitar Hertfordshire.

Para Meg, Hertingfordbury había resultado un pueblo encantador. Las carreteras principales pasaban cerca, pero en el ambiente reinaba la paz, con su iglesia, la taberna, el White Horse existente desde el siglo dieciséis y sus cabañas antiguas. También había casas grandes, construidas con ladrillo, en perfecto estado y que pasaban de generación en generación. Quizá la casa de Meg no hubiera sido cuidada tan bien como otras, puesto que no habían contado con suficiente dinero durante los últimos años, aunque el jardín sí estaba impecable. A pesar de que la pintura exterior no era tan nueva como ella deseaba, había hecho maravillas con las habitaciones de buenas proporciones. Sus hermanas creían que había pasado las horas pintando y empapelando las paredes para distraerse, pero Meg tenía trabajo de sobra. Había pasado los últimos meses cuidando a su madre y eso había implicado no tener ni un solo momento para ella, ni siquiera para dormir. Nunca se había quejado ni se había sentido esclavizada u oprimida. Sin embargo, tenía ambiciones ocultas.

Soñaba con tener hijos, una casa con jardín y animales... y un marido. Sus pensamientos con respecto a este último eran un poco vagos, mas él tendría que amarla mucho y para siempre... Por el momento, no tenía muchas probabilidades de conocerle. Tenía amigos en el pueblo, la mayoría de edad, y los hombres que habían crecido a su lado ya estaban casados o comprometidos, además, ella había tenido poco tiempo para divertirse al lado de sus amigos y ahora que estaba sola, no deseaba unirse a las actividades de la comunidad.

La señora Collins había muerto dos meses antes y Meg la extrañaba mucho. Había continuado viviendo allí, pues ahora recibía una pensión por parte de su abuela gracias a la cual podía mantenerse.

Guardó silencio, llena de sorpresa e incertidumbre. Cuando Cora terminó de contar a qué escuela irían los niños, Meg preguntó:

—¿Y qué hay acerca de mí... y de Betsy?

Se volvieron para mirarla y sonrieron dándole ánimos.

—Querida, tú recibirás tu parte, será suficiente para comprar un pequeño apartamento... podrías buscar un trabajo... eso te gustará, después de la vida tranquila que has llevado.

Sería una pérdida de tiempo preguntar qué tipo de empleo, puesto que no estaba preparada para nada y, con sus veintitrés años, ya era tarde para comenzar a hacerlo.

—¿Y Betsy? —insistió Meg.

—¿Recuerdas que en el testamento se mencionaba algo acerca de esas acciones que mamá tenía? Eran para Betsy. Incrementarían su pensión.

—¿Dónde vivirá?

—Debe de haber mucha gente en el pueblo que con gusto le dará una habitación... ella conoce a todos en kilómetros a la redonda —dijo Doreen. Se puso de pie y después se sentó en el borde de la silla que ocupaba Meg y colocó un brazo sobre sus hombros—. Todos te ayudaremos a buscar un apartamento, querida. Te encantará Londres y conocerás a mucha gente. En este lugar tan grande debes sentirte muy sola.

—No. Extraño a mamá, pero de todas maneras es mi hogar y hay muchas cosas que me mantienen ocupada —respondió Meg—, incluyendo el jardín.

—Buscaremos un apartamento en una planta baja con un patio donde podrás colocar macetas con plantas.

—Tendré que prepararme para hacer algo —ninguna de sus hermanas advirtió el pesar reflejado en su voz.

—Taquigrafía y mecanografía —sugirió Cora—, siempre sobran trabajos que requieren esos conocimientos.

—¿Recepcionista? —sugirió Doreen—. De cualquier forma, eso está decidido, ¿no es así? Vamos a ponernos en contacto con los de la agencia inmobiliaria. Cora, hay un apartamento cerca del hospital que creo que te gustará. No tiene sentido esperar, ¿no lo crees?

—¿Y qué haremos con los muebles? —preguntó Meg.

—¿Venderlos? —inquirió Cora.

—¿Dejarlos en una bodega? Yo podría usarlos... algunos muebles... en mi nuevo apartamento, cuando lo tenga.

—¿Por qué no los vendemos junto con la casa? —sugirió Meg.

En el fondo de su mente se estaba formando una idea, aunque necesitaría pensar en eso más tarde. Cora la miró, demostrando estar de acuerdo.

—Esa no es una mala idea. Veremos lo que dicen los agentes. Debo irme ya... los niños están a punto de llegar y Natasha no sirve para nada. Tendré que buscar a otra persona.

Se despidieron de Meg con un beso y se marcharon en sus coches. Meg entró en la casa y se sentó para pensar y meditar. Si fuera posible, no dejaría su hogar ni permitiría que la anciana Betsy terminara sus días en una miserable habitación.

La mujer mayor entró en la sala, acompañada de *Sily*, un gato que Meg había encontrado un día en la puerta posterior. El minino dio un salto hasta las piernas de Meg, y Betsy colocó la bandeja.

—¿Ya se han ido?

—Cora y Doreen quieren vender la casa —explicó Meg—, junto con todo lo que hay dentro. No te preocupes, Betsy, tengo una idea... para que podamos quedarnos aquí.

—Lo que debe hacer es casarse con un millonario, señorita Meg... ¿Qué nos sucederá si no es así?

—Vender una casa lleva semanas... meses. Haré algo al respecto, te lo prometo.

Betsy se animó y volvió a la cocina, mientras la joven se tomaba el té y pensaba en el futuro. Por supuesto que sería maravilloso que un hombre muy rico llegara para comprar la casa y al mismo tiempo se enamorara de ella, mas eso sólo sucedía en los libros... Lo que se necesitaba era alguien de más edad, que necesitara un ama de llaves y al que no molestara tener un gato.

Sus hermanas no perdieron tiempo y una semana después, llegó un hombre joven, representante de una agencia inmobiliaria para inspeccionar la propiedad. Recorrió la casa, acompañado por Meg, quien le habló acerca de los baños, la calefacción central, la estufa y también le dijo por qué el enorme salón era muy frío.

—Sólo yo vivo aquí —explicó Meg—, y no tiene objeto encender la chimenea para una persona... mis hermanas rara vez vienen. Utilizamos la calefacción central dos veces a la semana, debido a los muebles... Hepplewhite, usted sabe.

El hombre afirmó, era un experto en todo lo referente a casas, pero no al mobiliario. Sintió un poco de lástima por la joven que le enseñaba la propiedad con un aire posesivo. Se preguntó a dónde iría ella cuando la casona se vendiera, lo cual ocurriría con toda seguridad, debido a que ese tipo de construcciones antiguas, con jardín, era muy solicitado. Aceptó el café que le ofreció Meg y estuvo de acuerdo con que las personas que quisieran visitar la casa, lo harían con previa cita.

La primera pareja llegó a conocerla tres días después, por la mañana, debido a que Meg formaba parte del comité que organizaba los bazares de la iglesia y eso le ocupaba toda la tarde.

El señor y la señora Thorngood llegaron en un espléndido Mercedes, y Meg, quien rara vez criticaba a alguien, sintió antipatía por ellos nada más verlos. Los acompañó a recorrer las habitaciones y oyó con aparente calma sus comentarios acerca de los baños anticuados y de la cocina. No les agradó el jardín, puesto que no había piscina y tampoco los árboles por considerarlos inútiles...

—La construcción que está al final la usamos como garaje —explicó Meg.

—A nosotros no nos sería de utilidad... tenemos tres coches y tendríamos que construir un garaje decente —el hombre la miró con enfado, como si fuera culpa de Meg.

Al día siguiente, llegó una mujer de mediana edad, quien buscaba un sitio para una escuela e inmediatamente decidió que la casa no era apropiada para sus necesidades.

—No es lo que yo busco —manifestó la mujer—. Además, en ninguna de las habitaciones cabrían más de cinco camas.

A Meg le cayó mejor la siguiente pareja que visitó la casa. Eran jóvenes y simpáticos. Admiraron todo y cuando tomaban café en la sala, la joven dijo de pronto:

—No podemos comprar esta propiedad. Vivimos en un pequeño apartamento en Fulham y cuando Mike tiene un descanso, nos gusta ver casas... es divertido ver cómo vive otra gente. Espero que no le moleste —suspiró—. Debe de ser bonito ser rico y ocupar una preciosa casa antigua, como ésta.

—Bueno —comenzó a decir Meg y decidió no continuar—. Me alegra que les guste. Pertenece a la familia desde hace mucho tiempo.

Durante la semana siguiente unas cuantas personas visitaron la casona, sin embargo, nadie volvió por segunda vez, a pesar de que un hombre hizo un ofrecimiento un poco menor al precio que los agentes habían estipulado y el cual fue rechazado inmediatamente.

Durante los cuatro días que siguieron, nadie visitó la casa y Meg suspiró, aliviada. Quizás nadie quería vivir en su casa y podría quedarse allí. Era una sandez pensar así, puesto que más tarde o más temprano tendría que mudarse a un pequeño apartamento, a menos que pudiera encontrar algo que hacer en el pueblo. Eso no sería fácil, debido a que no tenía ningún oficio.

A medida que transcurrían los días, abrigaba cada vez más falsas esperanzas. Dejó de contestar el teléfono y dedicó horas de trabajo al jardín, también realizó largas caminatas. El clima había empeorado y pensó que tal vez por ese motivo nadie visitaba la casa, mas eso la tenía sin cuidado. Durante la tarde del cuarto día, fue recibida por Betsy cuando llegó a la casa después de haber dado un largo paseo.

—Allí está un caballero —explicó la anciana—. El agente de la inmobiliaria llamó nada más irse usted para comunicar que venía hacia aquí. He tenido que dejarle pasar... Está en el salón.

—Bueno, tendrá que esperar un poco más, mientras me arreglo.

Se sentó en el suelo del vestíbulo posterior para quitarse los viejos calcetines y al oír que Betsy emitía un sonido ahogado, volvió la cabeza y se encontró con un hombre que estaba de pie en la puerta. Era muy alto, con pelo y ojos oscuros. Meg pensó que era muy apuesto y frunció el ceño. Ella estaba en desventaja y la sonrisita de él demostraba que lo sabía.

—Debo disculparme —dijo el desconocido con una voz que demostraba lo contrario y esperó que ella hablara.

Meg permaneció inmóvil, mirándole. No tenía sentido ponerse de pie hasta haber terminado de quitarse los calcetines. Además, como él medía más de un metro ochenta y ella sólo uno cincuenta y ocho centímetros, de todas maneras la miraría desde arriba. Se quitó los calcetines, se levantó, metió los pies en unas zapatillas viejas y se quitó el impermeable mojado y el pañuelo que cubría la cabeza.

—No es necesario —respondió Meg con voz fría—. Usted no sabía que yo no estaba en casa —se echó hacia atrás el pelo húmedo por la lluvia—. ¿Quiere verla?

—Ese es el objeto de mi visita.

Meg anduvo delante, pensando en lo que debía enseñarle: la chimenea del salón, el techo del comedor y la barandilla de la escalera. El posible cliente tuvo poco que decir. Meg supuso que al ver los anticuados baños con tuberías por todas partes y con las bañeras colocadas en medio de la habitación, él se quedaría mudo.

—Me parece un lugar muy interesante.

Meg pensó que había hecho ese comentario por cortesía, aunque no le consideraba un hombre amable, pues pensaba que él debía haberse quedado en el sitio que le había dicho Betsy, hasta que ella llegara.

Estaban de pie en los escalones, frente a la puerta principal. Meg esperaba que él se fuera, pero no sucedió así.

—¿Vive aquí sola?

—No... Betsy me acompaña.

Él miró sus manos y notó que no llevaba sortija matrimonial. Por el momento, Meg pensó que iba a añadir algo, pero se equivocó. Después de un momento, el hombre dijo de forma impersonal, mientras bajaba los escalones:

—Gracias, señorita Collins —subió al Rolls-Royce de color gris oscuro que estaba aparcado en frente de la casa. Poco después se alejó sin mirar atrás.

—Es apuesto —señaló Betsy cuando Meg cerró la puerta—. Habla muy bien, tal vez compre la casa...

—A mí me ha parecido un poco grosero —aseguró Meg con vehemencia—, y espero no volver a verle.

Subió por la escalera, entró en la habitación que había sido de su madre y se miró en el espejo. Se preguntó lo que él habría pensado de ella y después lo olvidó, con la seguridad de que no volvería a verle. Ni siquiera recordaba su nombre, él se lo había dicho, pero ella no prestó atención. Por supuesto que podía haber preguntado a Betsy, pero no lo hizo, por algún motivo quería olvidarse de él.

Terminó el mes de enero y en febrero nevó. Cora y Doreen telefoneaban cada semana, ansiosas de saber si alguien se había interesado por la casa y le daban poderosas razones por las que no iban a visitarla. Meg las aceptaba sin resentimiento, aunque lamentaba no recibir más apoyo de sus hermanas.

Doreen le dijo que había escuchado algo con respecto a un apartamento en la periferia de Highgate, el cual tenía dos habitaciones, baño y cocina... no le sobraría mucho dinero después de comprarlo, pero con facilidad podría encontrar un trabajo.

Meg no esperaba que alguien deseara conocer la casa hasta que la nieve hubiera desaparecido y se sorprendió cuando el agente de la inmobiliaria llamó para avisarle de que la señora Culver iba en camino.

La joven, que había estado en la cocina haciendo mermelada junto con Betsy, subió a su habitación y se arregló con esmero antes de bajar por la escalera justo a tiempo para ver llegar el antiguo y bien cuidado Ford. Corrió a la sala y cogió un libro para que no la sorprendieran espiando.

Cuando sonó el timbre, Betsy abrió la puerta y condujo a la señora Culver hasta el salón.

—Está preparando mermelada —observó la dama—, es uno de los olores más deliciosos que he percibido —sonrió a Meg—. ¿Cómo está? Usted debe de ser la señorita Collins. Discúlpeme por llegar a una hora inoportuna y sin avisar con suficiente anticipación pero acabo de volver a Inglaterra.

Meg murmuró algunas palabras de cortesía. Nunca había conocido a nadie como la señora Culver, una mujer regordeta, baja, de mediana edad, muy bien vestida y maquillada. No era hermosa, sin embargo, su sonrisa y ojos brillantes obligaban a los demás a devolverle la sonrisa.

—Es una buena hora —le aseguró Meg—. ¿Quiere sentarse y descansar unos minutos o prefiere recorrer la casa?

—¿Puedo mirar alrededor? —preguntó la dama mientras estudiaba lo que la rodeaba—. Esta es una habitación encantadora —a Meg le gustó la mujer.

La condujo hacia el vestíbulo y comenzaron el recorrido. Por primera vez se encontró en compañía de alguien que apreciaba la propiedad. No le desilusionaron las tuberías del baño y señaló la elegancia de la chimenea, antes de que Meg pudiera decir algo.

—Me gusta esta casa, la compraré —aseguró la dama cuando volvieron al salón.

—¿La comprará? ¿Quiere tomar café? —preguntó Meg.

—Por supuesto —contestó la dama y cuando Meg volvió a la cocina, añadió—: Dígame, ¿pertenece a su familia desde hace mucho tiempo?

—Sí. Fue construida en 1810, aunque por supuesto se le han hecho modificaciones desde entonces.

—Pero no muy recientemente —comentó la señora Culver—, en eso radica su encanto. Le prometo que si la transformo en algo, estará tan bien hecho que ni siquiera lo notará.

Meg sirvió el café, mientras luchaba contra una gran variedad de sentimientos. Por supuesto que sería una noticia espléndida para Cora y Doreen, mas no para ella y Betsy. ¿Cómo iba a dejar su hogar? Dominó estos sentimientos con el sentido

común que había cultivado desde niña. La casa tenía que ser vendida y ¿quién mejor para comprarla que aquella simpática dama a la que le gustaba hacer mermelada y admiraba una buena chimenea cuando la veía?

—Será muy feliz aquí —manifestó Meg con sinceridad—. ¿Quiere el nombre de nuestro abogado o prefiere pensarlo primero?

—Ya lo he pensado, querida. Iré en primer lugar a la inmobiliaria y después informaré a mi abogado —hizo una pausa y frunció el ceño—. Sólo hay una cosa —Meg esperó que la señora Culver continuara. Supuso que se referiría a los baños—. Mi ama de llaves ha pospuesto una operación desde hace meses... es algo relacionado con los dedos de sus pies... y esta mañana me ha dicho que ya tenía la cita concertada. No es una emergencia, aunque sí tardará algún tiempo en volver a mi lado. Ha estado conmigo durante más de veinte años y es una amiga —hizo una pausa para tomar aire—. Se parece mucho a esa simpática mujer que me ha abierto la puerta.

—Betsy... me ha acompañado desde que yo era una niña —explicó Meg y la señora Culver la miró pensativa.

—No es asunto mío preguntar, pero, ¿cuando se vaya de aquí, se irá con usted? Si no es así, ¿podría quedarse conmigo hasta que mi Kate pueda regresar? Serán dos meses por lo menos... y supongo que no conocerá usted una buena cocinera. Alguien que trabaje con ella... la casa es muy grande y yo no puedo esforzarme mucho. Creo que podría contratar a alguien del pueblo para que ayudara con el trabajo pesado —sonrió a Meg—. Soy una vieja impertinente, ¿no es así? Y tiene completa libertad para decirlo, si lo desea.

—No creo que lo sea —aseguró Meg—. Es una idea muy sensata. Mis hermanas quieren que me vaya a vivir a Londres, a un apartamento y que busque un trabajo. Creen que Betsy podría alquilar una habitación en el pueblo.

La señora Culver asintió y miró con detenimiento a Meg, dándose cuenta de que ésta no había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿En qué va a trabajar?

—No tengo la menor idea. No estoy capacitada para nada. Nuestra madre estuvo enferma durante mucho tiempo y yo tuve que hacerme cargo de la casa; Betsy me enseñó a cocinar... —de pronto hizo una pausa y miró a la dama, quien también la observaba.

—Todo está muy claro —aseguró la señora—. Sospecho que estamos siendo un poco impulsivas, pero siempre he confiado en mi intuición femenina y esta me dice que no puedo equivocarme. ¿Quiere quedarse usted como ama de llaves y también Betsy para que la ayude? Eso le daría tiempo para preparar su futuro. Me atrevería a decir que no le apetece mucho vivir en un apartamento en Londres. Además, mi querida Kate podrá curarse los pies, sin preocuparse por volver a mi lado hasta que esté en perfectas condiciones. ¿Le molestaría ser mi ama de llaves, querida?

Hacía muchos meses que Meg no se sentía tan feliz. Su loco sueño se había convertido en realidad.

—Me agradaría mucho y sé que también a Betsy y si quiere que alguien se encargue del trabajo pesado, la señora Griffiths, la esposa del cartero, lleva viniendo aquí desde hace años.

Las dos sonrieron y la señora Culver preguntó:

—¿Y el jardín? ¿Hay algún hombre?...

—Yo me he encargado de eso hasta ahora, aunque sería conveniente contratar a alguien para que se encargue de los setos y de cavar...

—Ya encontrará a alguien, querida. Estoy segura de que eso puedo dejarlo en sus manos... si lo necesita, tendrá más ayuda en la casa. Supongo que los abogados tardarán algunas semanas en tener todo listo. Mientras tanto, continuará como hasta ahora. Le escribiré tan pronto como se haya terminado los trámites y hablaremos antes de que me mude —miró a su alrededor—. ¿Va a vender el mobiliario? Con seguridad habrá algo que querrá conservar para su apartamento, pero, ¿y el resto?

—Tendré que consultar a mis hermanas —respondió Meg—. Ellas sugirieron que yo me quedara con parte de los muebles y tal vez mi hermana menor elija algunas cosas... espera comprar un apartamento cerca del hospital.

—¿Y tiene otra hermana?

—Sí, mayor que yo —respondió Meg—. Está casada y no quiere nada de lo que hay aquí.

La señora Culver se puso de pie para irse.

—Eso lo decidiremos cuando las vea, ¿de acuerdo? ¿Está segura de que se siente feliz por nuestro acuerdo?

Meg sonrió.

—Oh, sí, mucho. Yo, en realidad no me atrae la idea de vivir en Londres —se dirigieron despacio hacia la puerta, disfrutando de su mutua compañía—. ¿Desea hablar con Betsy?

—Sí. ¿Vamos a la cocina?

A Betsy le alegró la noticia.

—Uno nunca sabe lo que puede pasar —comentó la anciana—. Me refiero a lo que nos espera a la vuelta de la esquina. Pero me siento muy feliz de poder seguir así.

—Me alegro mucho —manifestó la señora Culver y estrechó la mano de Betsy—. Estoy deseando vivir en esta bonita casa.

Meg acompañó a la dama hasta el coche y dirigió una mirada de culpabilidad al chófer que abrió la puerta. Él entendió y dijo:

—Su cocinera ha tenido la amabilidad de darme una taza de café, señorita. Gracias.

—Oh, bien... lamento haberle olvidado, pero por fortuna Betsy le ha atendido — comentó Meg y metió la cabeza por la ventanilla del coche y se dirigió a la mujer—. A mamá y a papá les hubiera gustado conocerla.

—Gracias, querida... son unas palabras muy hermosas. Muy pronto tendrá noticias mías. Adiós.

Durante la hora de la comida, Meg y Betsy charlaron acerca de lo ocurrido esa mañana y casi no podían creer lo que había sucedido.

—Es como un cuento de hadas — comentó la joven—. No puedo creerlo... sé que no va a durar, sin embargo, vamos a vivir aquí un mes más — cortó un trozo de queso—. Recibirás un salario, Betsy, y también yo... es agradable que le paguen a uno por algo que durante años se ha hecho gratis.

Meg permaneció en silencio mientras pensaba en las probabilidades que tenía de conseguir un trabajo como ama de llaves cuando al fin tuviera que irse de la casa. Si la señora Culver daba buenas referencias, quizá tuviera suerte. Entonces, no tendría necesidad de vivir en Londres. Después de un momento, añadió:

—Debo informar a Cora y a Doreen — se dirigió al teléfono que se encontraba en el estudio de su padre.

Las dos hermanas parecieron encantadas.

—Ahora podremos inscribir a los niños en esa escuela — dijo Cora.

—Haré una proposición seria para ese apartamento — decidió Doreen—. Una vez que se efectúe la venta, buscaré algo para ti... será mejor que tomes un curso de taquigrafía y otro de mecanografía.

Meg decidió que no era el momento oportuno para informarles de que la señora Culver tenía planes para ella y colgó el auricular sin decir una sola palabra acerca de ella y de Betsy. Además, ninguna de sus hermanas le había preguntado.

Ahora, los días tenían un propósito: limpiar la casa, arreglar las alacenas, sacar brillo a la plata, lavar las cortinas... Cuando le informaron de lo sucedido a la señora Griffiths, se alegró porque continuaría yendo tres veces por semana y les comentó que tenía un sobrino sin trabajo a quien le encantaría encargarse del jardín.

Meg recibió una carta del abogado y otra de los agentes de la inmobiliaria. También la escribieron Cora y Doreen para darle instrucciones y la señora Culver, asegurando que estaba encantada de contratar a Betsy y a la señora Griffiths fijando sus sueldos.

—Una bonita carta — comentó Meg y la metió en el sobre—. Me pregunto dónde he oído el apellido Culver con anterioridad.

Eso lo descubrió al día siguiente. El sol brillaba, aunque sin calentar, pero daba la imagen de primavera. Meg estaba en el salón, remendando una de las viejas pero aún hermosas cortinas de brocado, cuando se detuvo un coche y bajó un hombre. Inmediatamente le recordó. ¿Quién podría olvidarlo teniendo esa estatura? Miró cómo se dirigía sin prisa hacia la puerta y llamaba. Luego oyó a Betsy cruzar el vestíbulo para abrir la puerta.

Meg pensó que si había cambiado de opinión con respecto a la compra de la casa, se sentiría desilusionada. Sin embargo, no sucedió lo que Meg pensaba. Betsy le condujo al salón y dijo:

– El señor Culver quiere verla, señorita Meg – guiñó un ojo al salir.

La joven se puso de pie.

– ¿Ha venido por el asunto de la casa? – preguntó Meg –. Está vendida... – entonces añadió –: Culver... ¿acaso es pariente de la señora Culver?

– Soy su hijo. Yo le sugerí que viniera a ver la propiedad, sabía que le gustaría – arqueó las cejas –. ¿Está desconcertada, señorita Collins?

Meg le observó con cautela.

– No, sólo sorprendida – respondió Meg –. Había olvidado su nombre.

– ¿Se quedará aquí como ama de llaves de mi madre? Oh, no se alarme... no tengo intención de modificar sus planes. Me parece un arreglo muy adecuado. Sin embargo, usted sabe que cuando Kate, su antigua ama de llaves vuelva, usted y su criada tendrán que irse.

– Betsy no es una criada – aclaró Meg –, ha estado con mi familia durante mucho tiempo. Es nuestra amiga y ayudante.

Él arqueó de nuevo las cejas.

– Comprendo. ¿Puedo sentarme?

Meg se ruborizó.

– Lo siento, por favor siéntese. ¿Por qué ha venido, señor Culver? No es necesario que me recuerde que sólo estamos aquí temporalmente.

– He venido a comunicarle que esta semana traerán algunos muebles y también a pedirle que retire lo que desee conservar para usted. Supongo que habrá áticos.

– Tres muy grandes – informó Meg –, y sí, lo haré.

– A su debido tiempo se le entregará un cheque a su abogado por los muebles que adquiriremos. Dígame, señorita Collins, ¿sus hermanas no quieren discutir esto con usted?

– No, la mayor está casada y la menor está muy ocupada... ella es enfermera en Londres...

– ¿Y usted?

– Yo no sé hacer nada, excepto atender una casa y cocinar. Por ese motivo me siento muy feliz de poder quedarme aquí un poco más – Meg estudió el semblante de él por un momento y añadió –: ¿No le importa?

– ¿Por qué debería importarme? – se puso de pie –. No le haré perder más tiempo. Informe a su abogado si hay algo que le preocupa.

Meg lo acompañó hasta la puerta y como le pareció que él estaba incómodo por algo, dijo:

—Lamento que no le agrade que yo me quede en la casa, señor Culver, sin embargo, no será por mucho tiempo.

Él le cogió la mano.

— Eso me temo, señorita Collins — dijo él con voz grave—. Adiós.

Capítulo 2

Meg cerró la puerta con firmeza y permaneció de pie en el vestíbulo, contemplando la pared. Se preguntaba qué habría querido decir él. Su comentario le parecía extraño y sin sentido. Decidió olvidarlo y se dirigió a la cocina para decir a Betsy lo de los muebles.

—Será mejor que recorramos la casa para elegir lo que queremos —terminó la chica—. Trataré de hablar con Doreen para que venga y elija lo que quiera.

Doreen llegó dos días más tarde, con muchos planes para sí y para Meg.

—Tendrás que alquilar una habitación durante algún tiempo.

—No es necesario, me quedaré aquí como ama de llaves y también Betsy — antes de que la sorprendida Doreen pudiera pronunciar palabra, añadió—: Te explicaré.

Cuando terminó, Doreen dijo:

—Bueno, no lo sé... ama de llaves en tu propia casa... ¡es un poco degradante y un trabajo muy pesado!

—Lo he hecho durante años —señaló Meg—, y además, ahora me pagarán por ello.

—Oh, bueno —manifestó Doreen de mala gana—, supongo que sabes lo que te conviene, aunque creo que es un error. A Cora no le gustará...

—¿Por qué? —preguntó Meg—. Creía que os gustaría saber que no tendréis que preocuparos por mí durante uno o dos meses. Podrás dedicar todo tu tiempo a tu nuevo apartamento.

Ese comentario hizo que su hermana cediera, aunque a regañadientes. Doreen aseguró que volvería la semana siguiente para elegir los muebles.

—Cora no quiere nada, excepto los retratos de los antepasados, los cuales están en el vestíbulo y también los juegos de café y de té de plata —cuando se subió el coche preguntó—. ¿Cómo es el hijo?

Meg meditó un poco.

—Bueno, es muy alto, moreno, de ojos oscuros y... arrogante y... espontáneo.

—Te ha impresionado, ¿verdad? Parece muy interesante —puso en marcha el motor—. ¿Qué hace?

—No tengo la menor idea —respondió Meg—. Él sólo habló acerca de la casa y de los muebles.

Doreen sonrió.

—¡Lo creo! Cuando yo te haya establecido en ese apartamento buscaré para ti un ayudante de párroco no ambicioso.

Doreen se alejó y Meg, en lugar de entrar en la casa, recorrió el sendero que rodeaba la misma. Ella por supuesto que quería casarse, pero aunque tenía una idea muy clara de la casa en que le gustaría vivir y de los niños, sin mencionar perros, gatos y quizá un potro, el hombre que le daría todo eso carecía de físico.

Volvió a la casa y se sentó a la mesa de la cocina para comer los pastelillos que Betsy había hecho para acompañar el té.

—¿Supones que podré guardar los muebles en mi cuarto, Betsy? —preguntó al fin Meg—. Podría colocar allí unas cuantas sillas y mesas, antes de que llegue la señora Culver. Eso facilitaría las cosas cuando nos marcháramos. No necesitaré mucho en un apartamento pequeño.

Betsy estaba batiendo huevos.

—Esos apartamentos son lugares muy pequeños... una vez viví en uno.

Meg se comió otro pastelillo.

—Bueno, he estado pensando... Si consigo que la señora Culver nos dé buenas referencias, podríamos tratar de conseguir trabajo en alguna casa de campo grande, las dos juntas. He leído los anuncios del *The Lady*, Betsy, y hay docenas de trabajos.

—Su padre y su madre se moverían en sus tumbas si usted hiciera eso, señorita... ¡Nunca he oído tantas tonterías!

Meg se puso de pie y colocó un brazo sobre los hombros de su vieja amiga.

—Prefiero hacer cualquier cosa antes que vivir en un apartamento en un sótano, en Londres. Recorramos la casa para escoger lo que me voy a llevar.

La chica eligió muebles pequeños como la mesita de papel maché de su madre con madreperlas incrustadas, otra mesita de caoba, una silla Chippendale y un escritorio en el cual su madre solía escribir sus cartas. Añadió dos sillas de principios del siglo diecinueve y una mesita que hacía juego con ellas y no ocupaba mucho espacio.

Volviéron a la cocina y Meg hizo una lista. Después dijo:

—Y ahora tú, Betsy. Por supuesto que te quedarás con los muebles que están en tu habitación, pero necesitarás otras cosas.

Volviéron a recorrer la casa y añadieron un viejo sillón que siempre le había gustado y una mesita de madera con dos sillas. Meg añadió un librero y una lámpara que desde que tenía memoria había estado junto a dicho librero. Nadie la echaría de menos y le agradecería mucho a Betsy.

Le pidió al hijo del carnicero que fuera a la casa para trasladar esos muebles en su habitación y en la de Betsy.

Al final de la semana llegó Doreen para elegir lo que se iba a llevar, cinco minutos después de la segunda visita inesperada del señor Culver.

Cuando éste llegó, como no recibió respuesta al llamar en la puerta principal, rodeó la casa y encontró a Meg intentando sembrar patatas. La joven se volvió para ver quién era y él se acercó a ella.

—Oh, es usted... no avisó que vendría.

—Es un descuido por su parte dejar la puerta principal abierta cuando no está en casa, señorita Collins. Debería tener más cuidado.

—Esto no es Londres —respondió Meg con voz áspera y después añadió con tono amable—, aunque creo que su intención es buena.

—Por supuesto que tengo interés por esta casa.

—Un interés prematuro —observó Meg—. Yo no... es decir, todavía no se la hemos vendido a su madre.

En el acto, la chica deseó no haber pronunciado esas palabras, pues supuso que él le aconsejaría a su progenitora que desistiera de la compra. Le miró a los ojos y notó que él sonreía.

—Exactamente, señorita Collins, debe medir sus palabras. Su cara es como un libro abierto... necesita aprender a ocultar sus pensamientos antes de llegar a Londres —él miró sobre su hombro mientras hablaba y notó que Doreen se acercaba.

La enfermera estaba preciosa con un abrigo y el vestido azul que hacía juego con sus ojos. Doreen le miró sonriente y dijo:

—Hola, Meg... querida, ¿tienes que sembrar como si fueras un campesino? —miró las patatas—. ¡Qué trabajo tan sucio!

—Hola —saludó Meg y señaló al hombre—. Este es el señor Culver... mi hermana Doreen. Ha venido a elegir los muebles que desea llevarse antes de que lleguen los tasadores.

Parecía que el señor Culver podía ser agradable cuando quería. Con cuidado, Meg sembró otra hilera de patatas, mientras escuchaba la charla de Doreen y cuando se produjo una pausa preguntó:

—¿Por qué ha venido, señor Culver? ¿Hay algo que podamos hacer por usted?

Él observó a las dos hermanas y Meg supuso que se estaría preguntando cómo era posible que fueran tan distintas.

—Mi madre me pidió que lo hiciera —explicó él—. Ella desea que usted encargue carbón y leña, una tonelada de cada uno, sugeriría yo... y también, si conoce a algún joven que pueda hacer trabajos ocasionales, ¿podría contratarlo?

—¿Para hacer qué?

—Ella pensaba en alguien que cargara el carbón y cosas así. Quizá antes de ir al colegio o por las tardes...

—Bueno, está Willy Wright... él tiene quince años y busca trabajo. Todavía va al colegio y sin duda le gustaría ganar dinero.

—Lo dejo en sus manos.

—Ella es muy capaz... nuestra Meg —indicó Doreen—. Siempre lo ha sido. ¿Vive cerca de aquí, señor Culver?

—Trabajo en Londres la mayor parte del tiempo. ¿Y usted?

Doreen le respondió con mucho encanto.

—Entre en la casa y tome una taza de té —sugirió—. Sé que Megan se muere porque nos vayamos para terminar de sembrar sus habitas —sonrió a su hermana—. ¿Terminarás dentro de unos diez minutos, Meg? Prepararé el té.

Doreen condujo al señor Culver al interior y Meg se sintió feliz de quedarse sola otra vez. Doreen nunca había ocultado el hecho de que intentaba casarse bien y Meg pensó que sería muy probable que antes de que el señor Culver se hubiera ido, su hermana ya habría averiguado lo que él hacía, si estaba comprometido o casado y en dónde vivía. Rió mientras sembraba las últimas patatas. El señor Culver había encontrado a su pareja.

Al cabo de media hora, Meg se reunió con ellos en la sala. El señor Culver estaba a punto de marcharse. Se despidió de él con cortesía y dejó que Doreen le acompañara hasta la puerta, después de asegurarle que haría lo que le ordenara. Cuando ellos llegaron al vestíbulo, Meg cogió la bandeja de té y se dirigió a la cocina para preparar más.

—¡Qué hombre! —observó la enfermera cuando volvió y se dejó caer sobre una silla—. ¿Es té fresco? Me gustaría tomar otra taza. Lo creas o no, no he podido sacarle nada... es un encanto, no hay duda de eso, pero tan cerrado como una ostra. Apuesto a que no está casado —cogió la taza que Meg le ofrecía—. Me pregunto lo que hará. Tal vez tú puedas averiguarlo.

—¿Por qué? Él nada tiene que ver con nosotras, no es probable que le veamos... él sólo ha venido para dar un recado.

Doreen parecía pensativa.

—Tal vez tenga problemas con sus pies —sugirió Meg muy seria. Doreen la miró para ver si estaba bromeando y al notar que no era así, no hizo más comentarios al respecto.

—¿Cuándo llegará la señora Culver? Será mejor que elija las cosas que quiero y que me las lleve: ¿Ya has elegido lo tuyo?

—Sí, la mayoría está en mi habitación y el resto en el ático. Betsy ha elegido algunas cosas... las cuales también están en el ático y en su dormitorio.

—Bueno, terminaré de una vez y ordenaré que los lleven a la ciudad para guardarlos en una bodega hasta que los necesite. ¿La señora Culver quiere lo demás? ¿Cuánto va a pagar?

—No tengo ni idea. Va a venir un tasador. Te avisaré cuando sepa algo.

Doreen recorrió la casa y volvió con una lista.

—No es mucho, preferiría tener el dinero. A Cora y a mí no nos gusta la idea de que te quedes aquí como ama de llaves. Sólo será unas semanas, ¿no es así? Avísame con tiempo para que pueda encontrarte algún sitio.

—Me gustaría continuar como ama de llaves. Si la señora Culver me da referencias, podría encontrar trabajo en alguna casa de campo... y llevar a Betsy

conmigo... es probable que consiga una cabaña o un apartamento y lo preferiría a vivir en Londres...

—No seas tonta, cariño. Deja todo en manos de Cora y mías. Nosotras sabemos lo que es mejor para ti. Has vivido aquí demasiado tiempo, ya es hora de que salgas al mundo y mires a tu alrededor.

—Me gusta el campo, encargarme de la casa y cuidar a las personas...

—Tonterías —dijo Doreen con firmeza—. ¿Cómo puedes estar segura de eso, si no has vivido en otro sitio? Cora y yo queremos que seas feliz, querida. Sé que no pudimos hacer mucho al respecto mientras mamá vivía, pero ahora queremos que te diviertas un poco.

—Bueno, Betsy y yo estaremos aquí durante dos meses... hay mucho tiempo para hacer planes.

—Supongo que a la señora Culver no le molestará que venga a visitarte de vez en cuando —al ver la mirada de sorpresa de Meg, añadió—: Sólo para asegurarme de que todo está bien... —se delató por completo al decir—: Me pregunto dónde vivirá él y lo que hace. Tal vez pueda averiguarlo...

—¿Te ha gustado?

—Mi querida Meg... ¡Crece! Él tiene todo: es apuesto, tal vez un ejecutivo y con dinero. Es el sueño de toda mujer joven.

—¿Lo es? A mí no me importa mucho. Además, quizá esté casado.

—Vale la pena averiguarlo. Debo irme. Te avisaré cuando venga a recoger mis muebles —Doreen besó la mejilla de Meg—. Adiós, querida. ¿Ha llamado Cora?

—La semana pasada. Supongo que está muy ocupada. Los niños tienen vacaciones.

—Debes comprarte ropa decente, cariño. Tu aspecto es... bueno... un poco desaliñado —comentó inesperadamente Doreen al subirse al coche.

Cuando por fin desapareció, Meg permaneció en el pórtico, temblando un poco debido al viento frío y consciente de que su hermana tenía razón. Un ama de llaves debía vestir de otro modo.

Por la mañana iría a Hertford, puesto que tenía dinero guardado para emergencias y ahora podía gastarlo puesto que iba a recibir un sueldo.

Tardó tiempo en encontrar lo que deseaba: un vestido de color gris oscuro con cuello blanco y un lazo negro. También compró ropa de trabajo. Como le sobró dinero, le llevó a Betsy dos delantales.

Transcurrió otra semana. Los abogados, contentos de que ambas partes no fueran a hacer un trato al margen de la ley, intercambiaron contratos, los cuales firmaron la señora Culver y las tres hermanas.

El asunto les llevó pocos minutos y cuando estuvieron en la acera, frente a la oficina del abogado, las jóvenes se miraron.

—Será mejor que vaya a la casa a buscar los cuadros y la plata —dijo Cora—. ¿Has oído lo que ha dicho el señor Dutten, Meg? El dinero será depositado en mi cuenta y yo te enviaré un cheque cubriendo tu parte y la de Doreen por supuesto —miró a su hermana menor—. Espero que quieras volver al hospital. Yo llevaré a Meg, recogeré mis cosas y me iré a casa... tengo una partida de *bridge* esta tarde —cogió a Meg del brazo—. Es maravilloso que ya todo esté listo.

Meg no dijo nada. Tal vez Cora y Doreen estarían muy contentas, pero ella había perdido su casa. Tragó saliva para controlar las lágrimas y se subió al coche de Cora.

Una semana después se mudó la señora Culver. Primero llegó un pequeño camión de mudanzas cargado con muebles y con las instrucciones de dónde deberían colocarse y a las diez de la mañana se detuvo delante de la puerta principal el Rolls-Royce. La nueva dueña se bajó ayudada por su hijo, lo cual sorprendió a Meg. Él parecía divertido y Meg nunca imaginó que eso se debía a su sobrio aspecto. Dio la bienvenida a la dama con timidez y los condujo al salón.

—Espero que quieran tomar café. Lo traeré —dijo Meg y miró al hombre—. ¿Le apetece una taza, señor Culver?

—Sí, gracias —respondió él y miró a su alrededor—. Veo que ha tenido tiempo de colocar las cosas de mi madre —cuando Meg asintió, él añadió—: ¿Ya ha venido el tasador?

—Sí, escribiré a la señora Culver.

La mujer no parecía tener mucho interés en intervenir en la conversación y Meg sospechó que tenía la costumbre de dejar los asuntos de negocios en manos de su hijo. La joven salió de la habitación y se dirigió a la cocina para llevar la bandeja con el café.

—Ya están aquí —dijo Betsy sin necesidad—. Él también está aquí... es un verdadero caballero.

Meg tenía sus ideas al respecto, mas no deseaba discutir de aquel hombre. Cogió la bandeja y volvió al salón. La colocó sobre la mesita, cerca de la señora Culver.

—¿Dónde está su taza? —preguntó ésta.

—¿Mi taza?

—Sí, querida. Vaya a por ella. Ralph no dispone de mucho tiempo y él quiere estar seguro de que no queden cabos sueltos.

Meg llevó otra taza y se sentó en una silla, lo más lejos posible de la dama, sin ser brusca. Él la observó.

—Deseo darle las gracias por la ayuda que le ha prestado a mi madre. Sin usted, ella no hubiera podido establecerse con tanta rapidez. Estamos muy agradecidos. ¿Le debemos algo? ¿Hay alguna cuenta pendiente?

—No. Willy vendrá mañana temprano, camino del colegio y llenará los baldes para el carbón. El jardinero empezará a trabajar el lunes.

El señor Culver terminó su café y se puso de pie.

—Creo que serás feliz aquí, mamá. Sabes dónde encontrarme si me necesitas — cruzó la habitación, le besó la mejilla y con un movimiento de la cabeza, se despidió de Meg—. Saldré solo.

Meg sirvió más café y la señora Culver comentó:

—Es un buen hijo... nunca se mete en mi vida, sin embargo, siempre está cerca cuando lo necesito. Es como su padre.

Meg miró a la dama con respeto. Si el padre había sido como él, entonces, la señora Culver debía haber tenido problemas...

La chica preguntó a la señora Culver qué le gustaría comer.

Tardó sólo unos días en adaptarse a su nueva vida. A la nueva dueña le gustaba desayunar en la cama, después, a pesar de la ayuda de la señora Griffiths, había mucho trabajo por la mañana. El coche de la señora Culver había llegado con el chófer y la dama salía mucho, lo cual dejaba a Meg tiempo libre para atender el lavado de ropa, el planchado y para ayudar a Betsy con las comidas. El arreglo de flores y de la mesa podía hacerlo cuando la dama estaba en casa.

Para Meg fue una sorpresa que la señora Culver insistiera en que comieran juntas.

—Se ha sentado a esta mesa durante toda su vida y continuará haciéndolo, de lo contrario, me enfadaré mucho.

Por lo tanto, Meg se sentaba a la mesa y se levantaba para llevar la comida de la cocina, puesto que Betsy ya tenía trabajo suficiente y además, le dolían las piernas. La anciana todavía pensaba en Meg como en la señorita de la casa y decía que la señora Culver era una mujer muy simpática, pero que en esa casa habían vivido los Collins desde hacía mucho tiempo y para ella no resultaba sencillo acostumbrarse al cambio.

Meg se sentía feliz, puesto que todavía estaba en su casa y disfrutaba del trabajo. Cora llamó por teléfono para decirle que su parte del dinero ya estaba ingresada en su cuenta y también para preguntarle, de forma casual, si se sentía feliz.

—Entonces, no te molestaré, Meg. Avísame cuando salgas de allí y te ayudaré en lo que pueda.

La llamada telefónica que recibió de Doreen fue más larga ya que informó a Meg de lo que había descubierto. El señor Culver era un radiólogo y trabajaba dando clases en uno de los principales hospitales.

—Es famoso —explicó Doreen—. Visita muchos hospitales para consultas... es uno de los mejores en su campo... también en Europa. ¿Cuándo va a ir a visitar a su madre, Meg?

—No tengo la menor idea —respondió Meg—. ¿Le quieres ver por algo? ¿Le pregunto a la señora Culver?

—Desearía que maduraras, Meg. Por supuesto que quiero verle, pero sólo para conocerle mejor. No está casado.

Meg trató de imaginarlo como a un futuro cuñado.

— Es bastante mayor.

— Tonterías... como mucho, tendrá treinta y ocho años. Es muy brillante en su trabajo...

— Pensé que te interesaba aquel secretario general...

— ¡Oh, él! Si te enteras de cuándo va a ir a visitar a su madre, llámame, ¿lo harás?

— ¿Por qué? — preguntó Meg deliberadamente y oyó el suspiro exasperado de su hermana, antes de colgar el auricular.

Por fortuna no tuvo oportunidad de hacer lo que le pedía su hermana y eso le alegró, puesto que le parecía una deslealtad hacia la señora Culver y su hijo. El profesor se presentó dos días después, cuando ellas estaban comiendo. Llevaba bajo el brazo a un perro sucio y hambriento; Meg se puso de pie inmediatamente.

— ¡Oh, pobrecito animal! Permítame que lo coja. ¿Ha venido a comer? — preguntó Meg—. Hay suficiente...

— Lleve la comida a la cocina para que no se enfríe, Meg — pidió la señora Culver—, no se estropeará por diez minutos. Traiga una toalla o algo similar para colocar al perro.

El profesor permaneció de pie con el can en los brazos, mientras esperaba a que Meg volviera.

— Lo he encontrado en el camino... ha sido golpeado y abandonado. Parece que no está muy herido.

La señora Culver se puso de pie.

— Es lo que necesitamos aquí, un perro guardián. ¿De qué raza es?

— Es difícil decirlo — contestó su hijo—. Ah, ya está usted aquí. Si coloca la toalla sobre esa mesa, podré reconocerlo. Tal vez tenga un poco de leche caliente.

Meg se dirigió a la cocina y volvió con una botella de leche.

Permaneció de pie mientras él examinaba al perro.

Después de un momento, sonrió, la miró y dijo:

— Nada roto. Sólo está cansado, hambriento y asustado. Será bien recibido en la casa.

Meg sirvió la leche, la cual desapareció como si hubiera sido succionada por una aspiradora.

— Iré a traer una caja grande y algunas mantas viejas — sugirió Meg.

— Es una buena idea — observó la señora Culver cuando Meg salió de la habitación—, y muy sensata.

— Y una buena ama de llaves, espero — indicó él.

—Excelente. He ido a visitar a Kate, está bien, pero por lo menos tardará un mes en recuperarse.

—No hay necesidad de meterle prisa —contestó el profesor—, puesto que Meg; te es de gran ayuda. ¿No hay problemas?

—Ninguno, querido, y ella se siente muy feliz de seguir aquí. Ha debido ser terrible para ella dejar su hogar a extraños.

—¿A menudo ves a sus hermanas? Conocí a la menor, es una joven bonita, trabaja en el Royal, es enfermera y espera ser nombrada jefa. A ella no le ha pesado nada abandonar esta casa y creo que tampoco a la hermana mayor.

—La casada... creo que también es hermosa. ¿Vas de camino a tu casa o de regreso a la ciudad?

—De regreso a la ciudad. Tengo una cita para cenar, pero, ¿puedo quedarme a comer?

Meg volvió con la caja y mantas. Colocaron dentro al perro y éste se durmió inmediatamente. Meg fue a la cocina y volvió a llevar la comida. También puso un cubierto más en la mesa.

—Si desean hablar, me iré... —sugirió la joven.

—No es necesario —respondió el profesor antes de que su madre pudiera hablar—. Además, tenemos que planear el futuro de este animal. Llamaré al veterinario si puedo y si el animal no está lastimado, ¿podrá quedarse, madre?

—Por supuesto, querido —señaló la señora Culver y dirigiéndose a Meg añadió—: ¿Sabe algo acerca de perros?

—Oh, sí, señora Culver —nada en su voz suave traicionó el hecho de que eso significaba que tendría que levantarse más temprano para llevarle a pasear y alimentarlo y cuidarlo. Le gustaban los animales y el perro sería una buena compañía para *Silky*.

—Entonces, todo está arreglado. Si no tienes un compromiso, madre, el domingo vendré después de los servicios en la iglesia para llevarte a comer.

Mientras recogía los platos, Meg pensó que él no vivía lejos.

Llevó los cacharros sucios a la cocina y volvió con un pudín.

—Tu cocinera es excelente —señaló el profesor.

—Oh, Meg es la que ha preparado esto, ¿no es así, querida? —preguntó la señora Culver.

La mirada de asombro de él enfadó a la chica.

—Sí —respondió ésta—, yo lo he hecho —fue a buscar el café.

—¿No te gusta, querido? —preguntó la señora Culver.

—Apenas la conozco —respondió él después de un momento—. Me atrevería a decir que la echaremos de menos cuando ya no esté...

—Sí.

Cuando Meg volvió con la bandeja, el profesor se puso de pie para cerrar la puerta y observó cómo servía el café. Meg se había puesto el vestido gris y llevaba el pelo recogido en un moño, pues pensaba que eso la hacía parecer una verdadera ama de llaves. Ella no era una joven cautivadora y el profesor no comprendía por qué de vez en cuando la recordaba. Meg le entregó una taza y le miró a los ojos. Los de Meg eran de un hermoso color gris claro y su mirada transparente, como la de un niño.

—Ha sido un acto muy hermoso por su parte haber rescatado al perro — comentó Meg—. Lo cuidaré muy bien.

—Sí, lo sé, por eso lo he traído — comentó y sonrió.

Su expresión severa se suavizó, lo cual sorprendió a Meg.

Meg se retiró, diciendo que tenía trabajo pendiente y se mantuvo ocupada hasta que oyó que el Rolls se alejaba. Había ayudado a Betsy a fregar los platos y a preparar el té. Era la hora en que la anciana solía descansar y sin duda estaría echándose la siesta. Meg fue a ver al perro y lo encontró despierto. Le dio de comer y lo lavó un poco.

Cuando llegó el veterinario, le recibió. Ya se conocían. Años antes, cuando su padre vivía, habían tenido perros, gatos y potros. Después de examinar al animal, el veterinario dijo que estaba muy hambriento y necesitaba descansar para recuperarse del accidente.

—Vivirá —explicó—. Sólo Dios sabe de qué raza es, pero es un animal simpático. ¿Usted lo está cuidando? El profesor Culver me ha dicho que se quedará aquí, con usted... Él se lo habría llevado a su casa, pero sólo pasa allí los fines de semana y un apartamento en Londres no es un lugar adecuado para un perro.

Meg ansió preguntar dónde vivía el profesor, pero no lo hizo. Escuchó con atención las instrucciones del veterinario, le ofreció té y le acompañó hasta su coche.

Cuando se preparaba para irse a la cama se dijo que había sido un día muy ocupado, que se ganaba cada centavo que le pagaba la señora Culver y que contaba con poco tiempo para ella. Puso el despertador media hora antes que la acostumbrada, debido a que tendría que sacar al perro y darle de comer antes de comenzar con sus obligaciones matutinas. Se preguntó qué estaría haciendo el profesor.

Él llegó el domingo y expresó su satisfacción por el aspecto del perro. No aceptó la bebida fresca que ella le ofreció y llevó a su madre hasta el coche. La acomodó en el asiento delantero y se volvió para hablar con Meg, quien estaba de pie junto a la puerta principal.

—¿Qué nombre le va a poner?

—He pensado que la señora Culver o que usted...

—Se lo dejamos a usted — dijo él y sonrió una vez más con encanto—. ¡Qué se divierta, Meg!

Ella se enfadó al oír que la llamaba por su nombre de pila, sin embargo, decidió que ella trabajaba para su madre y que él tenía derecho a llamarla así. Entró en la casa y encendió la chimenea del salón, dio de comer al perro y lo sacó al jardín, después se dirigió a la cocina. Betsy y ella ya tenían planes para la tarde. Comida ligera y una hora de tranquilidad para Betsy en su sillón. Tomarían el té temprano y habría tiempo para dedicarse al jardín. Era un día nublado, sin embargo, Meg no permitía jamás que el clima la preocupara.

Después de tomar el té, Meg sacó al perro a dar un paseo.

—Tendré que ponerte un nombre —le dijo al animal—. ¿Qué te parece *Lucky*? Porque has tenido suerte, lo sabes —se detuvo para acariciarlo y el perro la miró con devoción.

Cuando volvieron a la casa, le dio un hueso y fue a arreglarse; ya era hora de ser otra vez ama de llaves.

El salón tenía un aspecto encantador cuando ella entró: había encendido la chimenea, colocado flores y macetas con plantas sobre las mesitas. Al acercarse a la ventana para cerrar las cortinas vio las luces del Rolls-Royce en el sendero, y fue a abrir la puerta.

—¡Qué agradable veo todo! —aseguró la señora Culver—. Meg, no tienes idea de lo feliz que me siento de vivir aquí... por haber encontrado una casa tan hermosa y por haberte encontrado a ti —se quitó el abrigo de piel y Meg lo cogió, pensando que había hecho lo mismo muchas veces con su madre cuando vivía y estaba sana.

Levantó la vista y se encontró con la mirada del profesor fija en ella, lo cual la turbó. Se volvió y sugirió que tomaran café.

—La chimenea está encendida en el salón —indicó Meg.

—No tomaremos café, sino una copa —informó la señora Culver—. ¿Puedes quedarte unos minutos, Ralph?

Él se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero.

—Sí, por supuesto —respondió el profesor, y sin apartar la mirada de la cara de Meg, preguntó—: ¿Ya le ha puesto nombre al perro?

—Sí, me gustaría llamarlo *Lucky*, puesto que fue una suerte para él que usted lo encontrara...

—Un nombre muy apropiado —comentó el profesor—. Nunca he creído en la suerte, aunque pienso que tal vez he estado equivocado con respecto a eso. ¿Ha tenido una tarde agradable?

Meg se sorprendió por la pregunta.

—Sí, gracias —buscó con fervor una excusa para apartarse de su mirada—. Debo sacar a *Lucky*... si no me necesita, señora Culver.

—No, querida, puedes salir. Abrígate bien, es una tarde fría.

Meg se dirigió a la cocina y pensó que algunas veces su jefa le hablaba como si fuera su hija. Mientras se ponía el abrigo se encontró con la mirada de Betsy.

– Ya ha llevado a pasear a ese animal, ¿lo ha olvidado, señorita Meg?

La joven abrió la puerta de la cocina y avanzó por el sendero empedrado que conducía hacia el jardín. *Lucky* iba a su lado.

– No... está bien, Betsy, es sólo hasta que el profesor se haya ido.

La respuesta intrigó a Betsy y también a Meg. El que no le cayera bien una persona no significaba que tuviera que huir de ella. La verdad era que estaba actuando como una tonta al pasear por el jardín en una tarde tan fría, sólo porque el profesor Culver la miraba de esa manera.

Capítulo 3

Transcurrieron dos o tres días. El tiempo era lo que podía esperarse en esa época del año, llovía, nevaba y después llegaba un hermoso día con cielo azul y un viento helado. La señora Culver no salió de casa durante dos días y luego aceptó una invitación para comer con unas amigas en Ware. Meg llamó por teléfono a Noakes, el chófer, quien ahora vivía en el pueblo con su esposa y cuando los vio marcharse salió con *Lucky* a pasear.

La dama volvió antes de lo que Meg esperaba y no tenía muy buen aspecto.

—Tengo frío y me gustaría tomar una taza de té.

—Ya está listo, señora Culver —respondió Meg—, y hay fuego en el salón. Llevaré allí la bandeja —acercó una silla a la chimenea—. He hecho unos bollos... le gustarán.

La señora Culver tomó varias tazas de té y cada vez su cara estaba más sofocada. Cuando Meg sugirió que se fuera a la cama, la dama aceptó sin discutir.

—Permanezca allí unos minutos. Iré a buscar la manta eléctrica para calentar su cama. No tardaré.

Meg volvió al cabo de diez minutos y encontró a la señora Culver temblando. La dama se negaba a levantarse de la silla y a Meg le costó trabajo convencerla para que subiera a su habitación. Una vez en el dormitorio, Meg la ayudó a desnudarse y a meterse en la cama.

—Me siento muy mal —señaló la señora Culver. Meg no comentó que su aspecto era cada vez peor.

—Es un resfriado. Le traeré una bebida caliente y telefonaré al doctor Woods. Él le dará algo que la hará sentir mejor.

La joven conocía al médico de toda la vida, pues él había visitado su casa con mucha frecuencia antes de que su madre muriera.

Cuando el galeno llegó, veinte minutos más tarde, la señora Culver estaba peor.

—Gripe —anunció el doctor Woods—. ¿Tienes a alguien que vaya a por las medicinas?

—No —respondió Meg—. Willy ya se ha ido y sólo queda Betsy. Tendré que llamar a Noakes, el chófer, él vive en el pueblo, tendrá que venir aquí a buscar el coche...

—Haremos una cosa —manifestó el médico—. Dejaré suficiente de esta medicina para que dure hasta mañana y por la mañana enviarás al chófer a buscar el resto. Vendré mañana. Eres lo suficiente sensata como para avisarme si algo te preocupa —erró su maletín y se puso el abrigo—. ¿Tiene familia?

—Un hijo... el profesor Culver...

— ¡No me digas! Es un hombre brillante en su campo. Te aconsejo que le avises. No hay peligro, por lo que veo, pero será lo mejor...

— Lo haré ahora mismo — informó Meg.

— Estás demacrada. Trabajas demasiado, ¿no es así? Te vendrían bien unas vacaciones. ¿Dónde están tus hermanas?

— Cora tiene su hogar y familia, como usted sabe, y Doreen sigue en el hospital.

El médico gruñó, le dio unos golpecitos en el hombro y se dirigió hacia su coche.

La señora Culver estaba dormida, así que Meg fue al estudio y cogió el auricular. El número del profesor estaba escrito en una tarjeta. Era el de Londres y le respondió una voz severa que le informó que era la residencia del profesor Culver.

— ¿Se encuentra ahí el profesor Culver? Si está, ¿quiere decirle que soy el ama de llaves de su madre?

— Espere un momento, por favor.

Meg miró el reloj. Eran casi las siete y tal vez él se estaría cambiando para salir por la noche o tomando una copa con alguna despampanante rubia antes de salir a cenar...

— ¿Sí? — dijo el profesor con voz tranquila.

— La señora Culver no se sentía bien cuando esta tarde volvió de hacer una visita. La llevé a la cama y vino el doctor Woods para examinarla. Su madre ha empezado a tomar un antibiótico y en este momento duerme.

— Estaré allí dentro de una hora — aseguró él con calma —. Deme, por favor, el número telefónico del doctor Woods.

Meg pensó que era un desalmado, le dio el número y colgó a tal velocidad que no le dio tiempo al profesor de decir otra cosa.

Subió a ver a la señora y se encontró con que todavía dormía. Bajó a la cocina.

— No será necesario cenar en el comedor — le dijo a Betsy —, lo haremos aquí cuando el profesor Culver se haya ido.

— He preparado un *soufflé* de pescado, ya está en el horno — informó la anciana.

— Lo comeremos más tarde. La sopa también está lista y un pudín... ¿lo has metido en el horno?

— Sí, señorita Meg.

— Prepararé una jarra de limonada para la señora Culver, batiré un huevo en leche y añadiré un poco de nuez moscada... — su mirada se iluminó al ver a *Lucky* —. Será mejor que saque un rato al perro.

Diez minutos más tarde, Meg y el animal volvieron a la casa y ella subió la limonada para la señora Culver.

La dama estaba despierta y Meg la ayudó a sentarse en la cama y le colocó un chal sobre los hombros. La mujer, obediente, bebió la limonada.

—Le traeré también leche con huevo. La he preparado muy bien, a mamá le encantaba... Aquí está el timbre, oprímalo si me necesita. Iré a la cocina, pero dejaré las puertas abiertas para poder oír.

La señora Culver asintió, murmurando algo y cerró los ojos otra vez. Su aspecto era terrible.

Meg bajó y, cuando cruzaba el vestíbulo, vio las luces de un coche que se acercaba por el sendero. Ralph Culver había debido apretar mucho el acelerador. Abrió la puerta y él la saludó.

El profesor se quitó el abrigo, la cogió del brazo y la condujo al salón.

—He llamado al doctor Woods —informó el profesor—. Antes de ver a mi madre, me gustaría saber su opinión. Usted ha tenido experiencia con señoras de edad. ¿Está preocupada?

—No imagine, profesor, que porque cuidé a mi madre durante varios meses, soy una experta en tales asuntos. Ella murió por un mal del corazón y por lo que recuerdo, nunca tuvo gripe.

El profesor la hizo volverse para que le mirara, sin soltarle el brazo.

—Lo siento —se disculpó él—, ha sido algo imperdonable por mi parte. Creo que lo que he querido decir es que usted comprende bien a las damas mayores y tal vez pueda tranquilizarme. Mi madre es difícil de conocer y nunca estoy seguro...

—No creo que deba preocuparse. La señora Culver está en buenas manos. Puedo asegurarle que el doctor Woods es un hombre maravilloso. Él vendrá otra vez por la mañana. Yo la cuidaré, pero si desea que la atienda una enfermera...

—Esa idea no había pasado por mi cabeza. Usted es una joven muy capaz y muy sensata. Ahora, subiré a verla.

Él la dejó allí, enfadada. Desde ese momento tendría que atender la casa como de costumbre y también a la señora; además, si no se equivocaba, dormiría muy poco durante dos noches. Se dirigió a la cocina y como su semblante estaba muy ruborizado, Betsy quiso saber si también tenía gripe.

Meg batía la leche con huevo cuando entró el profesor. Él se detuvo un momento, observándolas.

—Eso es para mi madre. Algo huele muy bien.

Cuando Betsy volvió la cabeza, él le sonrió con encanto.

—Sopa de puerros, hecha por mí —explicó la anciana—, *soufflé* de pescado y un pudín preparado por la señorita Meg.

—¿Puedo quedarme a cenar? —preguntó el profesor.

—¡Hay suficiente para tres! —exclamó Betsy.

Meg se dirigió hacia la puerta, llevando la leche con huevo.

—Estaré un momento con la señora Culver... —comenzó a decir la joven y él le quitó la bandeja.

—No, yo me encargaré de que beba esto mientras usted sirve la comida — aseguró el profesor y desapareció antes de que ella pudiera responder. Volvió diez minutos más tarde y comentó—: Se ha dormido otra vez. Y se ha tomado todo —de pronto sonrió a Meg—. ¿Quiere que me quede esta noche?

—No, no es necesario, le garantizo que llamaré al doctor Woods si la situación se complica.

—Yo también soy médico.

—¿Lo es? Doreen dijo que usted era un radiólogo —Meg se ruborizó, al darse cuenta de que había revelado que habían estado hablando acerca de él.

—Lo soy, pero primero estudié medicina —se sentó a la mesa y *Lucky* se acercó y apoyó la cabeza sobre su rodilla. El profesor lo acarició—. ¿Ya ha encontrado apartamento?

—No he ido a Londres para buscarlo.

—¿No ha ido por gusto o acaso mi madre ha olvidado que debe concederle un día libre por semana?

—No hemos hablado de eso —aseguró Meg con frialdad—. Me siento feliz así.

El profesor entornó los ojos.

—¿Sabe que en cuanto vuelva Kate tendrá que irse?

Estaban sentados, uno en frente del otro y Betsy en la cabecera de la mesa.

—Por supuesto. Estoy segura de que Doreen me buscará algún sitio para vivir hasta que yo pueda comprar un apartamento.

—No abundan y no son baratos. ¿Qué va a hacer?

Meg recogió los platos de la sopa.

—Creo que eso no es de su incumbencia, profesor Culver —respondió.

—Lo que significa que no tiene ni idea —aceptó el *soufflé* de pescado que le daba Betsy y cuando terminaron de comerlo, recogió los platos sucios y los llevó al fregadero.

—No es necesario que haga eso —gritó Betsy—. Siéntese mientras sirvo el pudín, señor.

A pesar de manifestar indignación, se sentía halagada por su ayuda y le sirvió una enorme rebanada de pastel.

Después le ofreció una taza de té. Él aceptó y las felicitó por la deliciosa comida. Para sorpresa de Meg, cuando terminaron, se ofreció para fregar los platos.

—¡No sabe hacerlo, señor! —señaló Betsy.

—Entonces, puede sentarse junto a la estufa e instruirme mientras Meg atiende a mi madre.

—¡Qué valor! —exclamó Meg mientras subía por la escalera—. ¡Viene a comerse nuestra comida y a decirme qué hacer! ¡Es insoportable!

Al llegar al lado de la enferma le sonrió amable. Le tomó la temperatura y le lavó la cara y las manos. Le dio de beber, se aseguró de que estaba mejor y le arregló la cama.

Al bajar, pensó que el profesor ya se habría ido, mas no fue así. Le encontró fregando platos y charlando con Betsy.

—Si quiere ver a la señora Culver... —comenzó Meg.

—Debo irme —aclaró la última cacerola, se secó las manos y se puso la chaqueta.

Cuando salió de la cocina, Betsy comentó:

—Ahí está un buen caballero para usted, señorita Meg. Podría jurar que nunca había fregado los platos y lo ha hecho bastante bien.

—Cualquier persona puede hacer eso —manifestó Meg—. Espero que se vaya pronto, tenemos que planear... —hizo una pausa al ver que la anciana parecía incómoda. El profesor estaba detrás de la joven y escuchaba con interés, con las manos en los bolsillos.

—Mamá ya está dormida, me iré ahora —habló con amabilidad—. Si no arruino sus planes, me gustaría visitarla mañana temprano —dio las buenas noches a Betsy y salió de la cocina.

Meg le siguió.

—Lamento haber sido ruda, profesor Culver. Puede venir cuando quiera.

—Por supuesto. Por favor, llámeme si se complican las cosas y gracias por la cena. La noche no ha sido como esperaba, sino más interesante. Dejo a mi madre en buenas manos —la miró a la cara y para asombro de la chica, se inclinó y la besó en una mejilla—. Gracias, pequeña Meg —habló con suavidad y salió de la casa.

Ella quedó inundada por diferentes emociones.

A medida que avanzó la noche, la temperatura de la señora Culver aumentó, por lo que Meg se acurrucó en un sillón en la habitación de la dama. Descansó un poco mientras la enferma dormitaba y se alegró cuando llegó la mañana y la señora al fin se sumió en un profundo sueño. Ya era demasiado tarde para que Meg se fuera a la cama, por lo que se dio una ducha y después bajó para tomar una taza de té junto con Betsy.

Estaba colocando leños y papel en la chimenea del salón, cuando el profesor entró.

—Buenos días, Meg —saludó él y la sobresaltó.

—¡Dios mío, se levanta muy temprano! —exclamó Meg.

—Al menos, yo me he acostado. Por su aspecto, adivino que usted no lo ha hecho. ¿Cómo está mi madre?

—Durmiendo. Ha pasado una mala noche, pero de madrugada se ha quedado profundamente dormida después que le di a beber algo. Todavía duerme —se puso de pie—. ¿Quiere subir?

—Sí, lo haré. ¿Podrá usted dormir durante el día?

—Oh, sí, gracias —respondió Meg y le vio subir por la escalera. Luego llamó a Noakes para que fuera a comprar las medicinas de la señora Culver.

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció el chófer cuando llegó.

—No, gracias. La señora Griffiths viene hoy, sin embargo, no tengo más remedio que pedirle que haga algunas compras —le llevó a la cocina y Betsy le sirvió una taza de té.

Meg volvió al salón para asegurarse de que la chimenea quedara encendida. Se encontró con que el profesor estaba allí, colocando más leños.

—Mamá está mucho mejor —informó él—. Tendrá que permanecer en cama durante unos días. ¿Necesitará ayuda?

Al oírle, Meg se sorprendió por segunda vez.

—La señora Griffiths viene hoy. Viene tres veces a la semana para hacer el trabajo duro —al ver la mirada inquisitiva de él, añadió—: Limpia las ventanas y friega los suelos. Betsy y yo nos ocupamos del resto.

—Usted es bastante pequeña. ¿No podría venir a ayudarla alguna de sus hermanas, por un día?

Meg se volvió y le miró incrédula.

—No tienen tiempo. Además, creo que usted está exagerando las cosas, profesor Culver. Yo me encargué de esta casa y cuidé a mi madre durante casi un año.

—Reconozco mi error —indicó él.

Meg se enfadó al ver que se burlaba de ella. Cuando él dijo que tenía que irse, ella le ofreció una taza de café y él no aceptó.

—¿Le dirá al doctor Woods que me llame? Él sabe mi número. Yo telefonearé esta tarde. Mientras tanto, si está preocupada, no dude en llamarme a mi casa. Buenos días, Meg... saldré solo.

Poco después llegó el médico y dijo que estaba satisfecho con el progreso de la enferma, aconsejó que permaneciera en cama dos o tres días y que tomara una dieta ligera. Dio instrucciones acerca de unas píldoras y prometió llamar al día siguiente.

Casi al anochecer llamó el profesor Culver e hizo muchas preguntas. Le dio las gracias y le informó que iría por la mañana. Meg comunicó a la señora Culver que su hijo la visitaría al otro día por la mañana y la convenció para que cenara un poco.

La dama durmió casi toda la noche. Meg pudo descansar varias horas, por lo que tenía la calma habitual cuando llegó el profesor.

Después de observarla, él comentó:

— Así está mejor. Supongo que mi madre pasó mejor la noche y por lo tanto, también usted.

Él parecía no tener prisa por irse y aceptó la taza de café que le ofreció Meg. Dijo que esperaría para ver al doctor Woods. Meg le ofreció el periódico y se excusó para dedicarse a sus quehaceres. La chimenea estaba encendida y él parecía cómodo.

El médico llegó temprano. La señora Culver estaba sentada, apoyada en las almohadas. Tenía el pelo recogido con una cinta.

— No será necesario que yo venga en un par de días — dijo el doctor Woods —, salvo que tú me necesites Meg. Mañana, la señora podría levantarse un par de horas y al siguiente día, bajará. Vendré entonces.

El médico fue al otro piso para hablar con el profesor. Después de que el doctor Woods se hubo ido, Ralph Culver le dijo a Meg que esa tarde tenía que ir a Edimburgo y que la llamaría por teléfono desde allí.

— Voy a estar fuera durante tres días — le informó el profesor y se despidió.

— Por lo que a mí respecta — le dijo Meg a *Lucky* cuando el hombre se fue —, él puede estar fuera tres años. Será agradable volver a la normalidad.

Meg tuvo que reconocer que extrañó al radiólogo. Sintió alivio cuando el doctor Woods aseguró que la señora Culver podría seguir una vida normal, mientras no se expusiera al frío. El profesor no volvió a la casa, aunque sí llamó a su madre todos los días.

La humedad del mes de febrero terminó y la dama aprovechó los días soleados para visitar a algunas amigas en Londres y también a Kate. Después de eso, la mujer informó a Meg que su ama de llaves podría volver a su lado al cabo de dos semanas.

— Por supuesto que no podrá hacer muchas cosas, pero si Betsy se quedara... — comentó la señora Culver —. ¿Crees que aceptará, Meg? Y si pudieras convencer a la señora Griffiths para que viniera un día más — sonrió con amabilidad a Meg —. Ahora, podrás ir a vivir a Londres cerca de tus hermanas.

Respondiendo a la pregunta de la señora Culver, Meg dijo:

— Son buenas noticias. ¿Quiere que le diga a Betsy que venga a verla mañana temprano? Estoy segura de que le gustará quedarse aquí. Hablaré con la señora Griffiths...

Esa tarde, Meg telefoneó a Doreen y apenas le dio la noticia, su hermana exclamó:

— ¡Qué suerte, Meg! Hay un apartamento en venta en una calle cercana a Stamford Street, detrás de Waterloo Station. Hablaré con el agente por la mañana y te llamaré después... — colgó.

Meg se sentó a pensar. Estaba muy bien que Doreen le buscara un sitio para vivir, pero ella no tenía trabajo. Lo mejor hubiera sido encontrar algo fuera de Londres, alguna actividad doméstica, puesto que eso era lo único que sabía hacer.

Doreen volvió a telefonar al día siguiente y le dijo que tendría que pedir un día libre, ya que el apartamento era justamente lo que ella necesitaba y podría pagarlo con el dinero que había recibido por la venta de la casa.

– Necesito buscar trabajo – manifestó Meg.

– Por supuesto, pero primero atenderemos el asunto del apartamento. Dime qué día vendrás.

La señora Culver opinó que era una idea magnífica.

– Podrás pasar un día en la ciudad, querida. Yo ya estoy bien y Betsy podrá cuidarme. Noakes te llevará y te recogerá cuando estés lista.

Meg llamó por teléfono a Doreen, y su hermana le dijo que se encontrará en el hospital a mediodía.

– Espérame en el vestíbulo, cariño. Estaré libre hasta las cuatro. Comeremos en algún sitio y visitaremos el apartamento. El agente nos encontrará allí.

Meg tuvo que esperar a Doreen en el hospital. La acompañaba un hombre joven, quien miró sorprendido a Meg. Doreen le presentó como el doctor Willis.

– ¿Eres hermana de Doreen? No os parecéis mucho – comentó él.

Él las llevó al apartamento, puesto que tenía una hora libre.

A Meg, todas las calles le parecían iguales y cuando el doctor Willis salió de Stamford Street y tomó una calle estrecha, Meg se horrorizó al ver que no había ni un árbol a la vista.

– Aquí estamos... – comentó el médico –. Nos veremos, Doreen – saludó a Meg y se fue. Doreen abrió la reja y bajó unos escalones.

El edificio era muy viejo y a la puerta le hacía falta una mano de pintura. Allí estaba el agente, quien las condujo hasta el vestíbulo.

– ¿Le hemos hecho esperar mucho? – preguntó la enfermera y el hombre negó.

– Mucha gente está interesada por este apartamento – observó él –. Se lo enseñaré después las dejaré y recogeré la llave a las cuatro.

La sala era oscura, aunque tenía una pequeña chimenea. Contra la pared estaban colocadas unas tablas, las cuales el agente describió como libreros y una tubería subía por una de las paredes. Una puerta lateral conducía hacia la pequeña cocina, sin ventana, y de allí se pasaba al dormitorio que daba hacia un descuidado jardín. El baño tenía manchas debido a una llave que goteaba continuamente y el lavabo estaba roto. Meg no se atrevió a mirar el inodoro.

El agente añadió:

– Por supuesto que los accesorios están incluidos en el precio – señaló el pequeño botiquín.

Meg, sintiendo que debía mostrar un poco de interés, lo abrió. Se encontró con un tubo usado de pasta dentífrica, un pedazo viejo de jabón y una botella de brillantina. Cerró la puerta sin comentar nada mientras miraba una araña. El baño

era deprimente y Meg decidió que el dueño anterior pensó lo mismo, puesto que la pared era rosa mientras que las otras paredes eran blancas.

— Bueno, las dejo señoritas, para que inspeccionen a gusto el apartamento — el hombre sonrió —. Redecorado y amueblado, este lugar podría resultar una gema.

Lo vieron marcharse y volvieron a la sala. Meg se sorprendió al oír a Doreen.

— Él tiene razón y dispondrás de suficiente dinero para pintarlo y decorarlo.

— No creo que pueda vivir aquí, nunca habrá sol y huele a humedad.

Doreen la cogió del brazo.

— Mira, cariño, vas a tener un hogar propio y con seguridad conseguirás un buen trabajo pronto. Buscaremos un lugar para comer, he visto una cafetería en la esquina. Después volveremos y recorreremos el apartamento, metro por metro.

Doreen señaló que en las tiendas que rodeaban el café, Meg podría comprar lo que necesitara, sin tener que andar mucho. Volvieron al apartamento y Meg no podía imaginarse viviendo allí.

— No podría ser feliz aquí. Te estoy muy agradecida por haberlo encontrado, pero parece una prisión. ¿Así es tu apartamento?

— No, cariño... es un edificio moderno y por supuesto... — hizo una pausa —. Verás, yo tengo un buen trabajo y puedo pagar más, además, he conseguido una hipoteca. Debes visitarlo algún día — frunció el ceño —. ¿Qué sucederá cuando ya no vivas con la señora Culver? No tendrás dónde ir. Supongo que podrás estar con Cora un tiempo corto, mas no tendrás muchas esperanzas de encontrar trabajo si permaneces allí. Será más sensato que compres este apartamento y te establezcas — miró su reloj —. Tengo guardia dentro de media hora. Iré a la esquina para buscar un taxi — besó a Meg —. El agente regresará a buscar la llave... ¿a qué hora vendrá a por ti Noakes?

— A las cuatro.

— Bien. Adiós, cariño. Cora y yo estamos seguras de que esto es lo mejor para ti — le dio un golpecito en el hombro y se fue.

Al verla marcharse, Meg reflexionó y decidió que no sabía nada de la vida de sus hermanas. Se sentó en una caja vacía que estaba en la cocina. Le hubiera gustado tomar un té, pero pronto iría por la llave el agente. Se puso de pie y recorrió otra vez el apartamento. Terminó de convencerse de que no podía vivir en aquel lugar. Buscaría trabajo como ama de llaves... cualquier cosa, antes que vivir en Londres.

Las nubes negras del cielo oscurecían la tarde más temprano que de costumbre. No había luz y le aterró la idea de permanecer allí sentada en la oscuridad. Se dijo que pronto serían las cuatro, irían a recoger la llave y podría esperar fuera a Noakes. Mientras tanto, pensó en su futuro. Betsy estaba a salvo, lo cual era una bendición. Ella tenía una suma de dinero por la venta de la casa. Una pequeña casa en un pueblo le costaría mucho menos que uno de esos horribles apartamentos de Londres y con seguridad podría encontrar trabajo... cualquier cosa que le diera para comer y vestirse. Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no escuchó que se detenía

un coche, ni tampoco los pasos. Al oír que llamaban a la puerta se puso de pie, pensando que era el agente de la inmobiliaria. Abrió y se encontró con el profesor Culver. Este entró y se detuvo en la sala.

— ¡Santo Dios! ¿Va a vivir aquí?

La inesperada visita de él causó un efecto sorprendente sobre Meg, quien comenzó a llorar.

El profesor no pronunció palabra, la atrajo contra su hombro y esperó paciente a que se tranquilizara. Cuando al fin Meg dejó de sollozar, le ofreció un pañuelo y le preguntó:

— ¿Es algo tan malo?

— Ellas quieren que viva aquí, pero no puedo... es horrible. Hay una araña en el baño, no entra el sol y lo único que se puede ver por la ventana son los pies de la gente. Dicen que puedo arreglarlo y conseguir un trabajo, pero no sé hacer nada de lo que hace la gente en Londres... ellas no quieren escucharme...

— ¿Ellas?

— Doreen y Cora. Sé que piensan que es lo mejor para mí y siempre he hecho lo que sugieren pero ahora no puedo...

El profesor colocó un brazo sobre el hombro de la chica.

— ¿Lo recorreremos? — preguntó él. Cuando volvieron otra vez a la sala, él añadió —: Comprendo a qué se refiere... esa pared color de rosa en el baño es terrible y la madera está podrida.

— ¿Por eso huele así la cocina?

— Sí — él se apartó para abrir la ventana y volvió acompañado del agente —. ¿Lista para irnos? — preguntó a Meg y le entregó la llave al hombre —. A la señorita no le interesa el apartamento. Buenos días.

Cogió del brazo a la chica y la condujo hasta la acera. El Rolls estaba aparcado y el profesor abrió la puerta y la ayudó a sentarse.

— Noakes va a venir... — señaló Meg —. ¿Cómo ha sabido dónde estaba?

— Él me lo dijo. Me pareció una tontería que volviera a la ciudad, cuando yo iba a marcharme a la misma hora.

Ralph condujo el coche por Stamford Street.

— Por favor, no le diga nada a la señora Culver. Le haré creer que tengo otros planes, que he encontrado un trabajo fuera de Londres.

— ¿En dónde?

— ¿Cómo voy a saberlo antes de encontrarlo? Soy una buena ama de casa, sé cuidar a la gente, hacer compras, debe haber algo... — se detuvieron ante un semáforo —. Lamento haberme comportado así. No esperaba que el apartamento tuviera un aspecto tan terrible... No puedo explicarlo — Meg se llevó una mano hasta la cara —. Debo estar horrible.

– Está como cualquier persona que ha llorado.

– Si usted no se hubiera presentado no lo habría hecho.

– Ahora que está más tranquila, quiero que me escuche sin interrumpirme. No me gusta que me interrumpan.

Meg observó su perfil. Él parecía inflexible y no podía culparlo.

Cruzó las manos sobre las piernas y fijó la vista en ellas. No pronunciaría una sola palabra, sin importar lo que él dijera.

Capítulo 4

El profesor condujo con suavidad el Rolls, adelantó a una camioneta y se dirigió hacia la autopista.

—Tiene que encontrar casa y trabajo —comentó él—, y yo puedo ofrecerle las dos cosas —si oyó la exclamación de sorpresa de Meg, no lo demostró—. La mayor parte de mi trabajo la hago en Maud's, pero tengo un consultorio en Wigmore Street y visito con frecuencia otros hospitales. Vivo aquí en Londres, los días de trabajo en una casa pequeña, mas mi hogar está en Much Hadham. Voy allí siempre que puedo y durante los fines de semana. En mi consultorio tengo una secretaria y una recepcionista para que conteste el teléfono, concierte citas y cosas por el estilo... no es un trabajo difícil, sin embargo, se requiere de alguien que tenga voz y modales agradables, que sea activa y desee hacer algunas tareas menores y preparar el té. En el sótano vive un celador y hay un pequeño apartamento en el piso superior, el cual ocupa la persona contratada. Puesto que le gusta mucho el campo, no hay motivo para que no pase allí los fines de semana. La cabaña del jardinero estará vacía, hasta que encuentre al hombre adecuado para que trabaje para mí, mientras tanto, puede ir cuando guste... hay mucho jardín que atender, si lo desea.

Parecía que el profesor no tenía más que decir. El tráfico era intenso, ya estaban en las afueras de la ciudad. Después de un prolongado silencio, ella preguntó:

—¿Qué le sucedió a la recepcionista?

Él rió.

—Cualquier otra chica hubiera preguntado por el dinero que ganaría y la jornada laboral. Ella se va porque se casa.

—¿Por qué yo? ¡Tal vez no pueda hacerlo! No sé escribir a máquina, ni taquigrafía. Nunca he estado en una oficina —de pronto, un pensamiento pasó por su mente—. ¿No me habrá ofrecido el empleo debido a que he actuado como una tonta?

Meg comenzaba a imaginar que sería un trabajo fantástico. Wigmore Street era una calle muy diferente de la que se encontraba detrás de Waterloo Station. Dispondría de los fines de semana, pero si él le ofrecía esas maravillas por lástima, no podría aceptar.

—Ahora está siendo una tonta —manifestó el profesor—. Es la persona más adecuada para el puesto, no habrá hombres jóvenes que la distraigan, necesita ganarse la vida y un hogar... y yo necesito a alguien que ventile la cabaña, hasta que encuentre un jardinero. Es un acuerdo conveniente para los dos —le dijo cuál sería el salario—. Por supuesto que ésa es la base, recibirá un aumento cada año. Algunas veces, el horario es irregular... por ese motivo el apartamento está sin alquilar. Por la noche tendrá que coger el teléfono. Si quiere salir, el celador lo hará, aunque no creo que quiera salir con frecuencia.

Meg se dijo que él, no podía saber si ella querría salir o no, quizá algún joven se enamorara de ella y decidiera aceptarle. Durante medio minuto soñó despierta y volvió a la realidad cuando él preguntó:

—¿Lo pensará? ¿Sí o no?

Meg accedió. Dejaron la autopista y cogieron una local con dirección a Much Hadham.

—¡Yo voy a Hertingfordbury! —exclamó Meg.

—Pronto la llevaré allí. Será mejor que vea la cabaña. Yo la traeré los fines de semana.

Cruzaron el pueblo y pasaron por delante de algunas cabañas y casas importantes, así como el Bisho's Palace, hasta que el profesor aminoró la velocidad y entró por una reja abierta, hasta llegar a una casita de madera.

Si Meg tenía alguna duda acerca de aceptar el ofrecimiento del profesor, en ese momento desapareció. La cabaña estaba en medio de un pequeño jardín, protegido por barandillas de hierro. Incluso en el atardecer de un día de finales de febrero, era encantadora y Meg bajó con rapidez del coche para mirarla de cerca.

El profesor sacó una llave, abrió la puerta y encendió la luz. La puerta daba a la sala. Esta estaba amueblada con muebles antiguos, pero bien cuidados. La chimenea era grande y las paredes blancas. La cocina, aunque pequeña, tenía calentador, contaba con un baño agradable y un dormitorio bastante grande, con una cama de bronce, un tocador y un armario.

Meg observaba todo con detenimiento.

—¿Podré venir aquí todos los fines de semana hasta que encuentre un jardinero? ¡No puedo creer que sea verdad!

El profesor la observaba, apoyado contra la pared.

—Dudo encontrar un jardinero antes de la primavera —manifestó él—. Dígale a Noakes que le traiga aquí lo que necesite y lo mismo se aplica para el apartamento de Londres. Pienso que sería una buena idea que recogiéramos a *Lucky* los fines de semana para que se quedara aquí con usted. Podríamos llevarlo los lunes por la mañana —hizo una pausa para pensar—. O mejor... ¿y si lo dejo aquí permanentemente? Hay dos perros y uno más no supondrá mucha diferencia. Él podrá venir aquí cuando usted se quede por las noches.

—Lo extrañaré, pero estoy segura de que se sentirá feliz a su lado.

—Me halaga —dijo el profesor y la burla que se percibió en su voz hizo que Meg se ruborizara—. Cerramos el trato, entonces. Ahora la llevaré a casa.

Una vez que estuvieron en el coche, a Meg no se le ocurrió qué decir. Presentía que si charlaba acerca de su nuevo trabajo, él se irritaría, puesto que daba ese asunto por terminado. Cuando detuvo el coche frente a la antigua casa de Meg, él dijo:

—Le enviaré una carta confirmando la adjudicación del puesto y dándole fechas y más detalles.

Entraron en la casa.

—¡Ralph... qué alegría! Pasa, querido, y bebe algo... quédate a cenar si puedes —dijo la señora Culver y sonrió a Meg—. Estoy segura de que Meg hará algo delicioso.

—Sí, por supuesto, señora. Culver —respondió Meg y se dirigió a la cocina, donde encontró a Betsy, quien estaba terminando de preparar la salsa.

—Parece que necesita una taza de té, señorita Meg. Espere un momento, el agua está a punto de hervir. Veo que tiene algo que decirme, pero sé que deberé esperar.

Meg dio un trago al té y se puso de pie para acariciar a *Lucky* y a *Silky* y luego se quitó el abrigo.

—Tengo mucho que decirte, Betsy, pero creo que el profesor va a quedarse a cenar. ¿Hay algo o debemos abrir una o dos latas? —en ese momento sonó una campana—. Me llaman en el salón, iré a ver qué quieren.

Cuando Meg entró, la señora Culver ocupaba su sillón habitual y el profesor estaba de pie, con un brazo apoyado sobre la chimenea, mirando el fuego. Una vez que Meg cruzó la habitación, él dejó su copa.

—No me quedaré a cenar —informó el profesor y dirigiéndose a su madre, sonrió y añadió—: Tengo una cita esta noche.

—¿Es ella hermosa? —preguntó la señora Culver.

—Mucho y no le gusta esperar —respondió el profesor y dejó su copa. Le dio un beso a su madre y se dirigió hacia la puerta—. Le enviaré los detalles, Meg. No se moleste en acompañarme.

El resto de la tarde transcurrió mientras hablaban acerca de los pormenores del nuevo trabajo de la chica.

—¡Ha sido providencial! —aseguró la señora Culver—. Dígame, querida, ¿cómo es ese apartamento de Londres? Ralph no hizo comentarios...

Con el pretexto de ayudar a Betsy, Meg no respondió la pregunta y salió de la habitación. Más tarde, le contó a la anciana lo sucedido.

—Como podía esperarse —observó Betsy—. Yo tenía el presentimiento de que todo saldría bien. Es una lástima que tenga que trabajar en Londres, sin embargo, estaremos cerca los fines de semana... sin duda, nos veremos de vez en cuando. ¿Ya se lo ha comunicado a sus hermanas, señorita Meg?

—Todavía no. Es un poco tarde para hacerlo en este momento, las llamaré por la mañana.

Primero habló con Cora, quien mostró cierta oposición.

—Bueno, si eso quieres hacer, supongo que después podrás comprar un apartamento. Será un alivio ver que al fin te has establecido, al menos por un tiempo. ¿Cómo es el apartamento donde vivirás?

—Todavía no lo he visto...

— Espero que sepas lo que haces. Si has decidido ignorarnos a Doreen y a mí, es asunto tuyo.

Meg estuvo de acuerdo con que así era y colgó.

Cuando llamó a Doreen, ésta le contestó un poco molesta:

— Sabes que no me gusta que me llames cuando estoy trabajando. Si es algo que tenga que ver con el apartamento...

Meg le explicó de qué se trataba y Doreen señaló:

— ¿Qué te ha sucedido? Siempre has hecho lo que Cora y yo sugerimos y ahora emprendes algo quimérico... Bueno, creo que no cambiarás de opinión. Una vez que estés establecida, iré a visitarte. ¿El profesor Culver vive encima de su consultorio?

— No, allí sólo están un vigilante y su esposa — respondió Meg—. No sé cuál es su domicilio.

— Podrás averiguarlo — aseguró Doreen pensativa—. Congeniamos bastante cuando nos conocimos... — colgó y Meg, aliviada porque sus hermanas sólo se habían enfadado un poco, buscó a *Lucky* y lo llevó a pasear.

Al día siguiente recibió una carta del profesor... una carta muy formal en la que le señalaba sus obligaciones y las condiciones referentes al trabajo. Le indicaba que debería ir a la ciudad con Noakes al cabo de tres días, para que pudiera ver el apartamento, la llevara al consultorio y le presentara a su secretaria y a la recepcionista a quien iba a suplir.

Enseñó la carta a la señora Culver, quien la leyó y después aseguró que Ralph se encargaría de todo y que ella debería hacer lo que le indicaba.

— Y cuando quiera ir a la cabaña de Much Hadham, sólo avísame, querida, para que Noakes la lleve — volvió a mirar la carta—. Ralph sugiere que comience a trabajar dentro de dos semanas. Eso está muy bien, puesto que Kate vendrá dos días antes de esa fecha y podrá enseñarle la casa para que sepa en dónde está todo. ¿Se han alegrado sus hermanas?

Meg dobló la carta con cuidado antes de responder:

— Más bien se han sorprendido, pero... bueno, se han sentido aliviadas. Sólo espero realizar bien mi labor.

La señora Culver sonrió.

— Ralph nunca comete errores, si él ha decidido que es adecuada para el puesto, entonces lo es — habló la dama con convicción.

Cuando tres días más tarde, Meg y Noakes salieron de la casa, llovía. Meg tuvo que llevar su viejo impermeable y un pañuelo en el pelo. No era lo que hubiera deseado usar en un viaje a Londres, pero se dijo que una vez que visitara el consultorio y el apartamento tendría que ir a la estación y tomar un tren de regreso. Nadie había dicho nada acerca de la vuelta y no podía pedirle a Noakes que fuera a buscarla, aunque tal vez él mencionara algo durante el trayecto.

Pero no fue así, Noakes no abordó el tema y Meg se bajó del coche muy nerviosa, frente a la elegante casa de una calle llena de árboles.

Cuando oprimió el timbre, la puerta se abrió y ella entró, encontrándose con un vestíbulo espacioso con siete puertas de caoba y una bonita escalera. La puerta más cercana tenía el letrero de *Recepción*, por lo que la abrió y entró. Era una habitación agradable. Avanzó sobre la mullida alfombra y se dirigió al escritorio que estaba en una esquina.

La joven que estaba sentada detrás, era hermosa y tenía una agradable sonrisa.

—Usted es Meg Collins, ¿no es así? El profesor Culver nos ha dicho que vendría. En este momento él no está aquí, es la mañana que pasa en Maud's, así que yo le enseñaré el lugar. La señorita Standish, su secretaria, ocupará mi lugar mientras estoy ausente. ¿Quiere una taza de café? No habrá ningún paciente hasta las dos — se puso de pie y Meg notó que era alta, delgada y que vestía con elegancia. Decidió comprar ropa—. Soy Rosalind Adams. Siéntese, traeré el café —desapareció por una puerta que se encontraba detrás del escritorio y volvió casi inmediatamente, llevando una bandeja con tazas y una cafetera.

Meg dio un trago de la taza que recibió.

—Tengo miedo, nunca he trabajado en una oficina.

—Esto no es exactamente una oficina. El profesor Culver piensa que las personas que vienen deben sentir seguridad, es como hacer una visita. El trabajo es sencillo: concertar citas, anotar a los pacientes cuando lleguen, ir a la oficina de correos, preparar té y café y otras tareas similares. La parte difícil es saber qué decir a los pacientes, usted ya sabe, ser comprensiva, infundirles valor o ser impersonal. Es algo que debe hacerse por instinto y si el profesor le ha ofrecido el puesto, es que puede hacerlo, no tiene necesidad de preocuparse —Rosalind parecía segura y Meg comenzó a sentirse mejor.

Entró la señorita Standish, una mujer de mediana edad y no la clase de secretaria que Meg supuso que tendría el profesor. La secretaria hizo algunos comentarios amables y ocupó el lugar de Rosalind, quien condujo a Meg hacia el vestíbulo y subieron por las escaleras. En el primer piso se encontraban las habitaciones para tratamientos, un armario, una cocinita y un segundo consultorio. El otro piso correspondía al apartamento, el cual tenía una puerta principal que daba hacia un vestíbulo con tres puertas.

—La sala —señaló Rosalind abriendo la primera.

Era una habitación agradable con una pequeña ventana y puertas de cristal que conducían a la terraza de la parte posterior. Estaba muy bien amueblado y las cortinas hacían juego con la tapicería de las sillas. Había una mesa pequeña y libreros a cada lado de un radiador, así como un televisor en una esquina.

Rosalind volvió al vestíbulo y abrió otra puerta.

—El dormitorio... un poco pequeño.

En efecto, era pequeño, pero hermoso. El tapiz de las paredes tenía un diseño de flores que contrastaba con los muebles blancos. La puerta que estaba al fondo

daba hacia un baño con mosaicos de color de rosa. Regresaron al vestíbulo y Rosalind abrió la última puerta diciendo:

—La cocina —era otro cuarto pequeño y tenía una puerta que conducía hacia una terraza. Estaba bien equipada.

—Es maravilloso —Meg suspiró—. No tenía idea... ¿quiere decir que puedo vivir aquí?

—Esto se obtiene junto con el puesto. Le advierto que el teléfono la molestará por las noches y tendrá que coger mensajes... sin embargo, he vivido aquí varios años y me ha encantado. Si no fuera porque me caso, me habría quedado aquí para siempre. Como sabe, en el sótano viven el vigilante y su esposa y él hará trabajos sencillos, si usted lo necesita. Bajemos para que vea el consultorio. Le enseñaré dónde se encuentra todo, para que no se sienta perdida.

El consultorio se hallaba detrás de la sala de recepción y tenía una gran ventana con vistas hacia un pequeño jardín que ocupaba la parte posterior de la casa. Un escritorio estaba cubierto con papeles y había dos o tres cómodos sillones. Las cortinas eran de seda. En el lado opuesto del escritorio se encontraba una mesita con un florero con crisantemos y la alfombra era gruesa y suave. Una puerta lateral conducía a la oficina de la señorita Standish.

Rosalind explicó:

—Por supuesto que no vendrá aquí a menudo, sólo a recoger la correspondencia, a tomar nota de algo o a traer a algún paciente. Cuando comience a trabajar, estará aquí un par de días y aprenderá todo muy pronto.

—Eso espero —respondió Meg—. Necesito comprar ropa adecuada —miró el vestido azul de Rosalind, elegante y de buen corte.

—Sí... bueno, el profesor se opone a la ropa de trabajo. Tiene una enfermera que por supuesto usa uniforme. Ella viene durante las horas de consulta, yo uso vestidos o faldas y blusas, en colores azul marino o gris.

Regresaron a la recepción y antes de que la señorita Standish se fuera, comentó que deseaba que Meg trabajara a su lado.

—Oh, el profesor Culver ha llamado por teléfono —informó la secretaria—, ha dicho que a las cuatro vendría a buscarla para llevarla a su casa —miró su reloj—. Le queda mucho tiempo para hacer algunas compras, si lo desea.

—¿Por qué no? —Meg se animó.

Después de informarse acerca del autobús que debería tomar y el sitio donde se encontraba un buen café para comer, se despidió y se dirigió hasta la parada de autobuses más cercana.

Volvió antes de las cuatro, con una bolsa que contenía un vestido azul marino de lana, con cuello blanco, y un lazo. Le había costado bastante, pero decidió que ninguna otra cosa iría bien de acuerdo con el lujoso consultorio. Además, el vestido resultaba práctico, puesto que podía quitarle el cuello e intercambiarlo por otros de

diferentes colores que también había comprado. Eligió unos zapatos negros y medias de cristal.

Rosalind le sirvió una taza de té y le llevó otra a la señorita Standish. Cuando el profesor llegó, ellas estaban fregando las tazas.

Saludó a Meg y entregó a Rosalind un puñado de sobres, enseguida se dirigió a su consultorio.

—Echaré estas cartas al correo camino de casa —manifestó Rosalind—. Si él tiene pacientes aquí, por lo general trabaja hasta las cinco o seis y también casi todos los sábados por las mañanas. La señorita Standish y yo nos turnamos para disponer de algunas horas libres.

El profesor salió del consultorio, se despidió de sus empleadas y condujo a Meg hasta el coche.

—El apartamento es encantador, profesor Culver —comentó Meg, animada y con cierta timidez—. Creo que me gustará trabajar para usted. Espero... haré todo lo posible por hacerlo bien.

—No permanecerá mucho tiempo aquí, si no es así —respondió el profesor con seriedad por lo que Meg decidió no decir más, hasta que él volviera a hablar.

Él no pronunció palabra hasta que detuvo el coche frente a la casa de su madre.

—Gracias por traerme, profesor Culver —bajó del coche, entró en la casa, avisó a la señora de que había vuelto y se dirigió a la cocina. Allí se quitó el impermeable y los zapatos y se sentó junto a la mesa, donde Betsy preparaba algunas pastas.

—¿Todo ha salido bien, señorita Meg?

—Oh, sí, Betsy. Es un apartamento maravilloso y el lugar donde voy a trabajar muy elegante. Desearía no haber dicho que aceptaba.

—Está cansada, además, piense en esa cabaña. Iré a visitarla el domingo por la mañana.

—¡Oh, Betsy! ¿Lo harás? Eso me encantará —respondió Meg y acarició las orejas de *Lucky*—. También lo tendré a él —se puso de pie—. Será mejor que me arregle y vaya a ver a la señora Culver. Debo avisar a Doreen y a Cora de cuándo me voy a trasladar.

Meg entró en el salón diez minutos más tarde, y el profesor Culver ya se había ido.

—Él tiene dos consultas esta noche. ¿Piensa que podrá ser feliz en ese pequeño apartamento, Meg? —preguntó la dama.

—¡Oh, sí, es fabuloso! —respondió Meg—. Creo que seré muy feliz allí.

—Eso espero, querida. La extrañaré, aunque Kate llega mañana. Quiero que le enseñe el lugar y por supuesto, venga a visitarme siempre que pueda... y también a Betsy. Ella la echará de menos.

—Sí, pero tendrá dónde vivir. Ha estado aquí durante tanto tiempo que creo que se hubiera muerto si...

— Bueno, querida, puede estar segura de que no tendrá que mudarse en lo que le quede de vida. Será de gran ayuda para Kate.

— ¿Cree que se llevarán bien?

— Estoy segura.

Cuando Kate llegó, Meg pensó que tal vez la señora Culver tenía razón. La mujer era alta y delgada. Dijo estar encantada con la casa, con su habitación y con Betsy. Inmediatamente sintió aprecio por el viejo *Silky*, quien no perdió tiempo en quedar bien. Meg dejó a Kate y a Betsy charlando felices en la cocina y subió para hacer su maleta y guardar sus tesoros en las cajas que Noakes llevaría al apartamento. Mientras lo hacía, meditó acerca de las reacciones de sus hermanas. Cora estaba enfadada debido a que no había seguido su consejo, aunque al mismo tiempo se sentía aliviada.

— Podrás venir aquí cuando tengas vacaciones — la había invitado Cora —. Sólo espero que ese trabajo sea duradero.

Doreen se enfadó más, sobre todo, debido a que Meg había dado un paso tan importante sin tener en cuenta los consejos de su hermana. Sin embargo, su enfado no tardó en desaparecer debido a la curiosidad que sentía por el profesor Culver.

— Creo que veré más a menudo al profesor Culver — manifestó Doreen —, y por supuesto, podré vigilarte, querida. ¡Y esa hermosa cabaña para los fines de semana!... debo darle las gracias cuando le vea.

— Ya lo he hecho yo — aseguró Meg.

Al día siguiente, Noakes la llevó a la cabaña. Los tesoros de la chica iban en el maletero, y la ayudó a acomodarlos. No eran muchas cosas: la pequeña mesa de trabajo de su madre, unos cuadros, una silla y algunos libros. El resto iría al apartamento de Londres y el transportista del pueblo se comprometió a llevarlos antes de que ella se mudara.

Durante los dos días que siguieron, Meg enseñó la casa a Kate y la inició a la rutina diaria.

— Haga los cambios que crea conveniente — comentó Meg con cortesía —. Betsy la ayudará mucho y la señora Griffiths es muy buena... lleva viniendo años — bajó la vista y notó que Kate usaba zapatillas —. ¿Está segura de que se siente bien? La señora Griffiths trabajará un día extra cada semana...

— Bendita sea, señorita. Estaré bien. Betsy conoce el lugar de pies a cabeza y estoy segura de que nos llevaremos bien. Además, la casa casi se atiende sola, ¿no es así? Es un sitio agradable, como el apartamento en Amsterdam.

— ¿Amsterdam? — preguntó Meg.

— La madre de la señora Culver es holandesa... cuando su esposo murió, volvió a vivir allí y, por supuesto, la señora Culver la visita a menudo, especialmente ahora que también ha perdido a su marido. Es un apartamento maravilloso, aunque demasiado grande para la señora, mas como fue su hogar desde niña, no quiere abandonarlo. Ya casi ha cumplido los noventa años... El profesor la aprecia mucho.

Meg se sorprendió al enterarse de que él tenía abuela, pues no le parecía un hombre de familia. Murmuró una respuesta a esa interesante información y se ofreció para enseñar a Kate las mermeladas y fruta envasada que se guardaban en una habitación pequeña, cerca de la cocina.

—Melocotones y naranjas —señaló Kate—. Veo que es una buena ama de casa, señorita. Usted le gustaría a la abuela del profesor... ella prepara mermeladas exquisitas y también fruta envasada.

Los dos días transcurrieron de manera agradable y durante la mañana del tercero, Meg se despidió de todos, subió al coche junto a Noakes y se dirigieron a Londres. Odiaba dejar a *Lucky*. Esa tarde, el chófer lo llevaría a Much Hadham y Meg podría verlo sólo los fines de semana.

Cuatro días después, Meg tuvo que admitir que había disfrutado de cada momento. Casi no había visto al profesor. Gran parte del día él estaba ausente y cuando no era así, le veía sentado detrás de su escritorio al acompañar a los pacientes o llevarle una taza de té o de café.

Una vez, él se detuvo para preguntarle si ya estaba instalada y cuando Meg respondió afirmativamente, él asintió con la cabeza y se alejó sin decir más. Rosalind fue muy amable, le habló acerca de los pacientes, le hizo un recuento del trabajo, la acompañó a la oficina de correos, le enseñó dónde se guardaban las llaves de repuesto y cómo utilizar el aparato de intercomunicación.

El profesor tenía razón, el trabajo no era complicado. Lo único que se necesitaba eran deseos de trabajar y habilidad para preparar café o té en el acto. No había tratado mucho a los pacientes hasta el momento, pero ahora que Rosalind ya no estaba, tendría que hacerlo.

Se sentía como en su casa en el apartamento, rodeada de todas sus posesiones.

Doreen telefoneó para avisarle que la iba a visitar una noche de la siguiente semana y de manera casual le preguntó si el profesor estaba allí por las noches.

—Nunca —respondió Meg—. Tengo un número telefónico al cual le paso las llamadas, supongo que es de su casa o del hospital.

Doreen se llevó una gran desilusión.

Una vez que todos se iban reinaba el silencio. Meg se entristeció al ver desaparecer a Rosalind por la puerta principal. Dio las buenas noches al vigilante, cerró la puerta y subió a su apartamento. Se dirigió a la cocina para asar la carne. Empleaba la hora de la comida para hacer sus compras y cocinaba por las noches. Unos días después, cuando ya estuviera bien establecida en el apartamento, saldría a pasear antes de la cena y durante el verano podría sentarse en la terraza.

Después de cenar escribió una carta a la señora Culver y otra a Betsy. Como el cubo de la basura estaba lleno y el vigilante no subiría a buscarlo hasta el final de la semana, Meg ató la bolsa de plástico, cogió la llave y bajó hasta la puerta lateral de la planta baja, para salir al patio empedrado donde se encontraban los contenedores de la basura. A punto de volver a entrar, algo atrajo su atención: un gato la observaba desde la pared de ladrillo. El animal estaba tuerto. Meg se acercó a él y lo cogió. Notó

su delgadez y sin detenerse a considerar el asunto, lo subió al apartamento, lo dejó junto al radiador y fue en busca de un plato con leche. El gato la terminó con rapidez y le sirvió más, esta vez con pan. Cuando el minino terminó el banquete, regresó junto al radiador.

—Si quieres quedarte, serás bienvenido —dijo Meg—. Será agradable tener alguien con quien hablar, te llevaré a la cabaña los fines de semana.

El gato la miró con su único ojo y después se quedó dormido. Meg bajó para pedir al vigilante una caja vieja de madera para su mascota. La joven colocó un poco de tierra en la caja y la dejó en la terraza. Cuando volvió junto al felino, éste estaba despierto y le ofreció más comida.

Antes de irse a la cama, Meg puso otro plato con leche en el suelo de la cocina. No cerró la puerta de su dormitorio y cuando casi estaba dormida, el gato subió a la cama y se acurrucó a sus pies.

El animal se levantó cuando Meg lo hizo, comió lo que ella le sirvió, se acomodó en un cojín y comenzó a lamerse. La chica dejó abierta la puerta que daba hacia la terraza y bajó al consultorio para comenzar su trabajo del día. Al verla marcharse, el minino la miró preocupado y ella le aseguró que volvería al cabo de una o dos horas.

Meg recordó que al día siguiente iría a la cabaña y llevaría al animal, el cual podría viajar en una caja de cartón, aunque antes tendría que preguntar al profesor si estaba de acuerdo. Comenzó su trabajo en la sala de espera, donde colocó los periódicos y revistas sobre las tres mesitas, regó las flores y abrió las ventanas. El profesor siempre iba a Maud's los viernes por la mañana y llegaba al consultorio por la tarde, a la hora de su primera cita.

Meg recordó todo y media hora después, cuando llegó, la señorita Standish le expresó su satisfacción, retocó su peinado y se tomó la taza de té que Meg le había preparado. Cinco minutos más tarde apareció el profesor, la saludó y se dirigió a su consultorio. Cuando Meg le llevó el café, notó que la señorita Standish ya estaba allí con su libreta y lápiz preparados.

Los primeros dos pacientes eran personas mayores y acudían a sus revisiones regulares. Después de la consulta concertaron citas con Meg para las próximas visitas.

Meg consultó su libreta de citas y supo que faltaba un paciente, la señora Denver.

La joven que entró no parecía lo suficiente mayor para ser la señora Denver. Era alta y delgada, iba bien vestida y maquillada. Meg la sonrió y notó que la joven temblaba, le pidió que tomara tiempo.

—No lo creo —interrumpió la joven—. Ellos cometen errores, ¿no es así? ¡Estos médicos inteligentes creen que lo saben todo! No me siento enferma y no comprendo por qué tengo que venir aquí... ¡me han dicho que tal vez tenga que ir a un hospital! —se estremeció—. No lo haré y nadie puede obligarme. Eso le he dicho a mi marido —parecía a punto de llorar—. Él no ha podido venir conmigo. ¿Cómo es el profesor Culver?

—Le gustará —respondió Meg—. Es amable, muy inteligente y todos le aprecian.

Fue un alivio cuando la enfermera llegó en busca de la señora Denver.

La señora Denver permaneció mucho tiempo en el consultorio y por el aparato de intercomunicación, el profesor le pidió que llevara una taza de café a la paciente. Ésta estaba muy pálida, se encontraba sentada frente al escritorio del profesor y la enfermera permanecía a su lado.

—Gracias, Meg —dijo el profesor sin mirarla y la chica volvió a la sala de espera, la arregló y después sacó los expedientes de los pacientes que irían por la tarde.

Se dijo que tenía que aprender algo acerca del trabajo del profesor, por lo que leyó los datos del archivo, aunque no comprendió mucho. Para entenderlos tendría que consultar un libro de radiología. Allí había muchos libros y cuando todos se fueran a casa, Meg los leería.

La señora Denver, escoltada por la enfermera, volvió al lado de Meg.

—Tenía razón —dijo la enfermera a Meg—. Él es muy amable. Iré a Maud's y él me atenderá —se volvió para irse—. Tiene un semblante agradable.

Cuando la enfermera volvió, le dijo a Meg:

—No nos habíamos presentado. Soy Mary Giles y tú eres Meg, ¿no es así? No siempre estoy aquí, me iré tan pronto como se vaya el profesor, pero volveré esta tarde. ¿Crees que te agradecerá trabajar aquí?

—Sí.

Poco después, Meg subió para comer y cerró antes de salir. El gato estaba sentado en la terraza y tenía un aspecto más limpio, aunque seguía muy delgado. Meg le sirvió comida: queso, tocino, pan y leche. No tenía tiempo de ir a comprar comida para gatos, por lo que le pediría al vigilante que se la llevara. Para ella preparó unos sándwiches y café. Enseguida visitó al vigilante, un hombre bajo, rollizo y alegre.

—Tiene un gato, ¿no es así? —comentó el vigilante y le sonrió—. Es buena compañía por las noches. Dejaré la comida junto a su puerta antes de irme a la taberna un rato.

La tarde transcurrió con calma. A las cuatro ya se había ido el último paciente y casi inmediatamente se fue el profesor, después de decirle a Meg que le llamara al número que había dejado y de darle las buenas tardes. La señorita Standish también salió y Meg se preguntó si el profesor habría olvidado su ofrecimiento de llevarla al día siguiente. No se preocupó por eso y se dirigió al consultorio, eligió un libro de radiología, cerró y subió a su apartamento. Alimentó al gato, preparó té y comenzó a leer, con el felino acurrucado a su lado. De pronto llamaron a la puerta y, sin apartar la vista del libro, Meg dijo:

—Adelante.

Capítulo 5

El profesor Culver entró y se detuvo junto a la puerta de la sala.

—Siento molestarla, Meg, he vuelto para buscar un libro de mi consultorio y no lo he encontrado en su sitio habitual. Tal vez usted lo haya visto. Pudo haberlo cogido la señorita Standish.

Meg se puso de pie con el libro en la mano.

—¿Es éste? —preguntó Meg.

El profesor se acercó a ella con tal expresión de ira que la joven retrocedió un paso.

—Entonces, lo tiene usted... No sabía que le había dicho que podía coger los libros de mi consultorio —habló con suavidad, pero Meg hubiera preferido que le gritara. Le quitó el libro de la mano y al mismo tiempo vio al gato, el cual le observaba con su único ojo—. ¿Qué hace este animal sucio y sin duda lleno de pulgas aquí? ¿No se está sobrepasando, jovencita, cogiendo mis libros y trayendo animales roñosos a esta casa? —parecía cada vez más enfadado y Meg pensó que ya era hora de pararle los pies, antes de que su ira aumentara.

—Es un animal, y aunque está sucio y hambriento, no es roñoso. Me atrevería a decir que si usted tuviera que vivir entre los botes de basura, es probable que también estuviera sucio y lleno de pulgas. Yo lo cuidaré y dentro de unas cuantas semanas no lo reconocerá —sonrió de una forma casi maternal—. No es necesario enfadarse tanto —al oír que él bufaba, añadió—, bueno, sé que está enfadado... y eso no puede ser bueno para usted. Siento haber cogido el libro sin haberle pedido primero su autorización, pero ahora que trabajo aquí, me he dado cuenta de que no sé nada con respecto a su labor... La señora Denver, que ha venido esta mañana, estaba muy asustada y yo no he podido consolarla debido a que no sabía lo que le pasaba... Quiero decir, podría haber tenido una costilla rota o algo por el estilo. Usted es un radiólogo —le miró esperanzada—. ¿Comprende a lo que me refiero, profesor Culver?

—Su pragmática es deplorable, pero entiendo sus comentarios. Debo aclararle que yo no tengo mucho que ver con los huesos rotos. Trabajo con radio, ya sea con los rayos X o con sustancias radiactivas, las cuales se emplean para el tratamiento o cura de enfermedades malignas, solas o combinadas con la cirugía. No tengo intenciones de ahondar en este asunto con usted, pero como está interesada, le prestaré un libro que explica el trabajo que hacemos. Si viene conmigo, se lo daré.

—¿Y puedo quedarme con el gato? —preguntó Meg sin pensarlo—. Me hace compañía, es alguien con quien puedo hablar.

El profesor se volvió para abrir la boca.

—Siempre que no salga de aquí. ¿Qué piensa hacer con él durante los fines de semana?

– Si pudiera colocarlo dentro de una caja... ¿le molestaría si viene en el coche conmigo?

– ¿Y suponiendo que me moleste?

– Bueno, a usted no le importó llevar a *Lucky*.

– Parece que no tengo opción, ¿no es así? Traiga a esa bestia.

– Gracias – respondió la chica y bajó con él hasta el consultorio.

Esperó mientras el profesor buscaba el libro. Él no intentó continuar charlando, le entregó el libro y le deseó buenas noches con indiferencia.

Mientras Meg subía por las escaleras, pensó que no le desagradaba al profesor, sino que él parecía sentir una completa indiferencia hacia ella. Dudaba que la hubiera mirado alguna vez durante más de dos segundos. Al llegar a su apartamento, aleccionó al gato con respecto a cómo debería comportarse en el coche.

La conducta del minino fue excelente. Permaneció sentado en la caja, sin moverse, con la mirada fija en el camino. Después de un rato, Meg, que iba en el asiento delantero, junto a su jefe, dejó de volver la cabeza y se relajó. Era un día hermoso. El profesor casi no habló, pero Meg ya se había acostumbrado a su falta de interés.

Cuando pasaban por Much Hadham, él dijo:

– Yo volveré mañana por la noche, por favor esté lista a las seis y media – disminuyó la velocidad del coche y Meg se sorprendió cuando él se bajó y llevó la caja del gato hasta la cabaña –. Pronto llegará *Lucky* – volvió al coche y se alejó.

Las palabras de agradecimiento de Meg murieron en sus labios.

Ella había llevado comida, leche y té. En la cocina había un pequeño frigorífico. Dio de comer al gato y le permitió recorrer el lugar, aunque el animal no mostró interés por salir. Meg no había tenido tiempo de comer antes de emprender el camino, por lo que preparó té y unos sándwiches. Fuera había leña, así que encendió la chimenea en la sala y salió al jardín. Tan pronto llegara *Lucky* podría ir a las tiendas, mientras tanto, se sentía feliz revisando las flores.

Estaba absorta cuando oyó que se acercaba un coche. Era el profesor y *Lucky* iba en el asiento de atrás. Meg abrió la reja de madera y después la puerta del coche. *Lucky* salió, feliz de verla. El profesor dijo:

– Mañana lo recogeré, antes de irnos – levantó una mano a modo de despedida y se marchó.

Después de unos minutos de escrutinio, los animales parecieron aceptarse. Meg buscó una cuerda para atarla al collar de *Lucky*, cerró puertas y ventanas, cogió una cesta y al perro y salió para hacer las compras.

Era maravilloso estar otra vez en el campo y después de una semana luciendo el vestido azul marino tan sobrio, resultaba agradable llevar falda y jersey. Anduvo con

rapidez, hizo sus compras y emprendió el camino de vuelta a casa. Casi había llegado cuando el Rolls pasó a su lado y esta vez una joven iba sentada junto al profesor. Meg notó que era muy hermosa y que reía, al igual que él. La joven miró a Meg con indiferencia y el profesor levantó la mano en señal de saludo.

La joven pensó que sería agradable poder competir con aquella rubia, ¿pero cómo? ¿Cómo atraer la atención de aquel hombre, conseguir que se interesara por ella e incluso llegara a enamorarse? Le impresionó mucho la idea. Le agradaba la idea de casarse y de tener hijos, sin embargo, el profesor no era el hombre que elegiría para ver sus sueños cumplidos. Por otro lado, ella podría darle una lección, puesto que el que fuera sencilla y poco llamativa no significaba que se quedara así siempre.

Llegó a la cabaña, alimentó a los animales y se sentó a pensar. Él era un hombre acostumbrado a salirse con la suya y se enfadaba cuando no lo conseguía. Además, una buena esposa podría hacer de él un hombre muy diferente.

Meg preparó té, encendió la chimenea y preparó la cena. Después de cenar, se sentó junto a la chimenea, con *Lucky* a sus pies y el gato entre ellos.

—Debo ponerte un nombre —le dijo al minino—. Un nombre muy bonito que haga olvidar que sólo tienes un ojo —reflexionó durante unos minutos—. *Nelson*.

Meg durmió tranquila y el día siguiente lo pasó muy bien cuidando el jardín. Después de comer, dejó a *Nelson* junto a la chimenea y salió a pasear con *Lucky*. Estaba recogiendo leños para la siguiente semana cuando pasó el Rolls del profesor, el cual iba acompañado por la misma joven.

Un poco más tarde, volvió solo y se detuvo frente a la cabaña.

—Ya estoy lista —manifestó Meg.

—¿Ya ha tomado el té? Venga a la casa a tomarlo conmigo.

—Gracias, pero ya lo he hecho —respondió Meg—. Además, creo que usted también —él la miró sorprendido y se alejó.

Cuando Ralph volvió, Meg ya estaba lista y le esperaba junto a la reja. *Nelson* dormía en su caja. La joven entró en el coche y el profesor subió la maleta y al gato. Ya estaban en la carretera principal cuando preguntó:

—¿Ha pasado bien el fin de semana, Meg?

—Sí, gracias.

—¿Tiene todo lo que necesita en la cabaña?

—Sí, gracias.

—¿Le ha comido la lengua el gato?

—Por supuesto que no. No se me ocurre nada interesante de qué hablar y creo que a usted no le agrada la charla insulsa.

El profesor condujo en silencio unos minutos.

—¿Qué he hecho o dicho para merecer tal severidad? —preguntó al fin—. ¿No le gusta la idea de volver al trabajo?

—Se equivoca. He leído el libro que me ha prestado y ahora lo estoy leyendo otra vez para asegurarme de que lo he entendido.

—¿Qué más hace, Meg, además de leer, cuidar el jardín y rescatar animales? ¿Va al teatro, a conciertos, a bailar o cenar fuera de casa...?

—No he salido mucho, aunque espero que todas esas cosas me gusten.

El profesor observó el semblante sereno de Meg, pero no hizo comentarios. El resto del viaje transcurrió en silencio y cuando llegaron al consultorio, Ralph subió a *Nelson*, hasta el apartamento, esperó a que Meg abriera la puerta y le dio las buenas noches, ignorando las palabras de agradecimiento de la chica.

Meg colocó al gato junto al calefactor y preparó la cena. Esperaba no haber sido demasiado espontánea con el profesor y decidió que esa semana hablaría cuando él le hablara, haría su trabajo a la perfección y tendría cuidado de no enfadarle. Por supuesto que quizá él no lo notara, pero, ¿qué importaba eso? Él tenía dinero, disfrutaba de su trabajo, era bien parecido, conocía a mucha gente y podía permitirse el lujo de elegir entre las muchachas más hermosas.

El lunes por la mañana bajó para empezar con su trabajo del día, decidida a seguir su plan. Estaba sentada ante su escritorio cuando el profesor llegó, le dio los buenos días y le sonrió. Más tarde entró en el consultorio y dejó la taza de café sobre el escritorio. Luego salió sin pronunciar palabra. El profesor levantó la vista de la carta que estaba leyendo para verla desaparecer por la puerta y frunció el ceño. Durante ese día, él frunció la frente varias veces. Meg parecía diferente, era como una sombra de sí misma. No sabía con certeza por qué le había ofrecido aquel puesto de trabajo. Lo había hecho sin pensar y después se había arrepentido. Ahora estaba gratamente sorprendido al darse cuenta de que Meg reunía todo lo que él esperaba de alguien que trabajara para él.

Cuando estaba a punto de irse, después de una tarde muy ocupada, se detuvo para preguntar a la joven si se sentía bien.

—Sí, gracias profesor Culver —Meg sonrió—. Buenas noches.

Cuando él se fue, Meg cogió la correspondencia, cerró y subió a su apartamento para buscar su bolso. La oficina de correos estaba a cinco minutos paseando y disfrutaba realizando ese corto viaje todas las tardes. Había bastante gente en la calle y aunque ella no admitía que se sentía sola, le aliviaba ver a la gente a su alrededor. Al volver, se detuvo un rato para hablar con Percy, el vigilante, y enseguida subió a su apartamento. Se pasó un buen rato preparándose la cena y dos veces tuvo que enviar llamadas telefónicas a la casa del profesor. Estaba a punto de irse a la cama cuando Doreen llamó para decirle que la visitaría al día siguiente por la noche.

—Iré como a las siete. ¿Estará allí el profesor?

—Él se va a las cinco, algunas veces más tarde, si tiene algún paciente, pero mañana estará en Maud's por la tarde y no volverá aquí.

—Oh, bueno —Doreen parecía desilusionada—, iré de todas formas.

Al otro día, la enfermera llegó con puntualidad y se enfadó debido a que Meg no abrió la sala de espera, ni le permitió curiosear.

— ¡Qué tonta eres! No hay nadie allí... sólo quiero mirar.

— Preguntaré al profesor Culver si no le molesta que lo hagas y tal vez la próxima vez que vengas podamos entrar, pero no ahora. Sube, la cena está lista.

Doreen se quedó muy impresionada al ver el apartamento.

— ¡Es maravilloso, eres una chica con suerte! —vio a *Nelson* que estaba en su caja—. ¿Qué tienes ahí? —Meg se lo dijo y Doreen se echó a reír—. Ahora recuerdo que siempre que encontrabas a algún animal abandonado convencías a alguien del pueblo para que se quedara con él. También te gusta cuidar a la gente, ¿no es así? Lo hiciste muy bien con mamá.

— Siéntate, Doreen. Tengo jerez. Tomaremos una copa.

— ¿Cuándo haces tus compras?

— Tengo tiempo durante la hora de la comida, aunque debo darme prisa.

— ¿Ya has ido a esa maravillosa cabaña acerca de la cual nos hablaste?

— Sí, es encantadora... *Lucky* estuvo conmigo y también *Nelson*.

— ¿Te llevó el profesor?

— Sí, tiene que pasar por allí para ir a su casa.

— ¿Cómo es su casa?

— No lo sé...

— ¡Meg, no tienes remedio! ¿No has ido a cotillear un poco?

— No tengo el menor interés por verla.

Durante la cena, Doreen continuó su interrogatorio:

— ¿Te llevas bien con él, Meg?

— Es mi jefe.

Doreen rió.

— Cualquier otra chica aprovecharía la oportunidad —observó Doreen—. Él sería un buen partido.

— Creo que ya lo han cogido. Este fin de semana le acompañaba una joven muy hermosa. La clase de chica con quien uno imaginaría que él se casaría...

— Entonces, ¿piensas en él?

Meg le sirvió el primer plato.

— Como jefe, sí... No sé nada acerca de él, de su vida privada, y, en realidad, no quiero saberlo.

Eso no era del todo cierto, sin embargo, Meg no quería hablar acerca del profesor.

Doreen describió su apartamento, el cual parecía espléndido y dijo que cuando Meg tuviera una tarde libre fuera a visitarlo.

—Aunque salgo mucho y supongo que te gusta tener un poco de paz y tranquilidad al final de cada día —comentó Doreen.

—Así es y tengo que estar aquí para recibir llamadas telefónicas, aunque el vigilante podría hacerlo si yo salgo.

—No conoces a nadie, ¿no es así? —preguntó Doreen—. Debo decir que Cora y yo estamos muy sorprendidas de que te valgas por ti misma. Gracias a Dios, no necesitaremos preocuparnos más por ti.

Meg no respondió, quería a sus hermanas, no obstante tenía que aceptar que durante la enfermedad de su madre, no la habían ayudado mucho. Le hubiera gustado explicar a Doreen que aunque tenía ese trabajo y el apartamento, hubiera preferido quedarse en Hertingfordbury, pero sabía que no la comprendería.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, recordó que ya era miércoles, tres días más y estaría otra vez en la cabaña. Fregó los cacharros, atendió a *Nelson*, arregló el apartamento y bajó. Abrió la sala de espera y luego se dirigió al consultorio para hacer lo mismo. La puerta no tenía llave y después de un segundo de duda la abrió.

El profesor Culver estaba sentado ante su escritorio, escribiendo. Levantó la vista un momento y dijo irritado:

—No se quede con la boca abierta... prepáreme un café. Me iré dentro de diez minutos, mientras tanto, no quiero ser molestado.

Con prudencia, Meg se alejó para preparar el café. El profesor llevaba puesto un jersey y necesitaba afeitarse. Meg era observadora y sabía que él había pasado despierto toda la noche o al menos parte de ésta, por lo que le perdonaba por hablarle de esa manera.

Minutos después, Meg regresó con la taza, la colocó sobre el escritorio y se dirigió hacia la puerta. El profesor dejó la pluma y preguntó:

—¿Ha desayunado ya?

—Sí, gracias —respondió Meg y abrió la puerta para salir, pero él se lo impidió al decir:

—Sírvese un café y vuelva aquí, por favor.

Meg obedeció y fue en busca de una taza. Al volver, se sentó en la silla que siempre ocupaba la señorita Standish.

El profesor se acomodó en su silla, tenía la taza en la mano. Él explicó:

—La señora James y su hija van a venir a las nueve y media. He dado la mañana libre a la señorita Standish. La señora es joven y un poco frívola. Nancy tiene un sarcoma y estoy casi seguro de que puede curarse, sin embargo, su madre no recibirá bien la noticia. Quiero que hable con ella, usted tiene sentido común y carácter...

Meg dio un trago de café.

– Muy bien, profesor Culver. ¿Quiere más café?

Cuando Meg le sirvió más, él preguntó:

– ¿Es feliz aquí, Meg?

– Sí, gracias – respondió la chica.

El profesor dejó su taza y suspiró.

– Por favor diga a la enfermera que volveré a las nueve y veinte.

Meg recogió las tazas y se dirigió a la pequeña cocina. Pronto oyó que su jefe se marchaba. Deseaba saber el motivo por el que él había pasado despierto toda la noche. Se lo preguntaría a la señorita Standish después de comer. Mientras tanto, no tenía nada que hacer hasta que Mary Giles llegara. Cuando Meg le contó a la enfermera que el profesor se había pasado toda la noche trabajando, la mujer movió la cabeza y explicó:

– Él es consejero, da conferencias y viaja por todo el mundo... además, es un experto en su materia, y, sin embargo, si hay alguna urgencia, no duda en pasar horas en el hospital. Van a venir la señora James y Nancy. Hace unos meses el profesor le dijo a la señora que la niña necesitaba hacerse algunas pruebas y que quizá fuera necesario aplicarle un tratamiento en el hospital, pero ella no quiso escucharle. La niña es muy buena, pero la madre... – Mary Giles levantó la vista –. ¡Y la señorita Standish tiene hora con el dentista!

– Sí, el profesor me ha pedido que yo atienda a la señora James.

– ¡Me parece muy bien! – exclamó Mary.

Poco después llegó el profesor. Llevaba puesto un traje gris oscuro y corbata de seda italiana. Enseguida llegaron su paciente y la madre.

Tiempo después, cuando Meg reflexionaba acerca de los sucesos de la mañana, mientras comía unos sándwiches y alimentaba a *Nelson*, deseó que no se repitiera nunca una mañana como aquella. Nancy fue una paciente modelo, pero su madre en un principio no quiso escuchar al profesor y después declaró que nadie en su familia o en la de su esposo había tenido cáncer y que no creía al radiólogo.

– Nancy se quedará inválida... usted asegura que es una de sus piernas – empezó a llorar.

– No hay motivo para pensar que la radioterapia convertirá a Nancy en una inválida, señora James – aseguró el profesor.

En ese momento llamó a Meg para que llevara té y le pidió que se quedara.

– Simplemente no le creo – repitió la señora James dando un sorbo a su té.

– Es la vida de la niña, tal vez pueda hablar con su marido.

La mujer levantó la taza para que le sirvieran más té.

– Supongo que sabe de lo que está hablando – comentó con rudeza –. Será mejor que hable con él.

—Meg, por favor, tráigame mi agenda —pidió el profesor y cuando la tuvo en la mano añadió—: Tengo quince minutos libres esta tarde, señora James. ¿Podrá su esposo estar aquí a las seis y media? —le entregó la agenda a Meg—. Dígale a la enfermera que la señora James está lista para irse, por favor. Ella se encuentra arriba con Nancy.

Transcurrieron unos veinte minutos antes de que llegara el siguiente paciente. Meg le llevó un café al profesor y le asombró mucho su calma, después de lo sucedido.

Él estaría en Maud's toda la tarde y la señora Giles se iría a casa tan pronto como arreglara el consultorio y preparara lo necesario para el día siguiente, lo cual dio a Meg oportunidad de hacer algunas compras.

Meg regresó con una cesta repleta, se despidió de la señora Giles y ordenó la recepción, así como el consultorio, teniendo cuidado de dejar en el mismo sitio las cosas que estaban sobre el escritorio. Ya era hora de cerrar. Sabía que su jefe iba a volver, pero él podría entrar solo. Cogió las llaves y subió a su apartamento.

Dio de comer a *Nelson* y cuando estaba revisando el contenido de la nevera, sonó el timbre. Supuso que sería Percy para recoger la basura y abrió la puerta.

—Nunca abra sin antes echar la cadena, Meg —le dijo con severidad el profesor Culver.

Meg no respondió y le invitó a entrar. Él permaneció de pie en el centro de la habitación.

—Tengo necesidad de hablar y por algún motivo creo que usted sabe escuchar. Venga a mi casa y cene conmigo, Meg.

Si él le hubiera pedido que saltara por el balcón, Meg no se hubiera sorprendido tanto. Con seguridad había media docena de chicas que harían gustosas lo que él pedía. Él notó su titubeo y añadió:

—¿Está cohibida, Meg? Nunca lo hubiera pensado de usted.

—Por supuesto que no. Me he quedado un poco desconcertada —parecía tan tímida que él volvió a mirarla—. Por supuesto que iré, voy a por mi abrigo.

Después del trabajo, Meg se había puesto un jersey y una falda, no estaba bien vestida para asistir a una cena, pero ya no podía hacer nada al respecto. Se pintó los labios, se retocó el peinado y volvió a la sala.

El profesor estaba de pie en el mismo sitio en el que lo había dejado y observaba a *Nelson*.

—Ahora parece más un gato —comentó el profesor.

Meg abrió la boca para pronunciar la respuesta obvia, pero volvió a cerrarla.

—Sí. Estoy lista, profesor Culver.

La joven apagó todas las luces, menos una lámpara de mesa, abrió la puerta y se detuvo para asegurarse de que llevaba las llaves.

El Rolls estaba aparcado en frente de la casa. Meg subió al coche, no tenía la menor idea de dónde vivía el profesor.

El profesor se dirigió hacia Regent's Park, pasó Gloucester Gate y tomó la dirección de The Grand Union Canal.

La Pequeña Venecia, pensó Meg. Pasaron por delante de una hilera de casas con vistas al canal y unos cien metros más adelante se detuvo ante una de ladrillo visto. Era más vieja que las otras que había en aquel lugar y, aunque no era grande, estaba construida en un estilo que sugería que de vez en cuando los dueños habían añadido alguna que otra habitación. Las ventanas de la planta baja estaban iluminadas y cuando el profesor abrió la puerta, Meg se encontró en un amplio vestíbulo.

De la puerta que estaba junto a la escalera salió una mujer muy corpulenta de mediana edad, vestida de negro.

—Rosie, he traído a la señorita Collins para que cene conmigo —dijo el profesor—. Dígale dónde puede dejar el abrigo, por favor —miró a la joven—. Rosie es una vieja amiga de la familia y trabaja como ama de llaves para mí.

Meg le ofreció la mano y la miró a la cara, la cual, a diferencia del resto de su aspecto, no era severa.

Meg lamentó la sencillez de su atuendo. Se sentía fuera de lugar en aquella espléndida casa. Se dijo que eso no importaba, puesto que el profesor nunca la miraba lo suficiente como para saber qué ropa vestía.

Cuando Meg se reunió con el hombre, él abrió una puerta que conducía a una habitación que daba al canal. Las cortinas de terciopelo aún cubrían las ventanas. Había una chimenea, un cómodo sofá y sillas alrededor de una mesa. Meg ocupó la silla que el anfitrión le señaló y miró a su alrededor, tratando de no parecer demasiado inquisitiva. Jarrones con flores adornaban la habitación. Era un sitio agradable, cómodo y lujoso.

Meg aceptó el jerez que le ofreció y con cortesía respondió a los comentarios del profesor, sin dar su opinión. Más tarde, cuando pasaron al comedor, ella procuró estar de acuerdo con todo lo que él decía, a pesar de que una o dos veces su deseo de discutir fue muy grande.

La comida fue deliciosa: sopa, filete de lenguado con salsa de langosta, ensalada y, para terminar, un *soufflé* de chocolate caliente servido con nata batida. Regresaron al salón para tomar el café y fue entonces cuando Meg le recordó.

—Usted quería hablar, profesor...

Él estaba sentado frente a la chimenea y su semblante quedaba oculto en las sombras.

—Es una compañera tranquila, Meg, no usa pulseras ruidosas, ni saca un espejo para contemplarse cada media hora.

—Creo que si tuviera pulseras que lucir y una cara que admirar, también haría eso.

Ella no pudo ver la sonrisa de su jefe.

—Comenzaba a preguntarme qué le sucedía... ¡no me ha hecho ni un solo comentario colérico en dos días! Temía que estuviera enferma.

—Mi intención era no ser irascible. Lo siento —respondió Meg—. Le escucho.

El profesor emitió una pequeña carcajada.

—Decidida a ganarse la cena, ¿no es así, Meg? ¿Qué pensó de la pequeña Nancy esta mañana?

—Es una niña agradable... no tiene ni idea de que está enferma.

—Tal vez sepa algo, pues algunas veces tiene dolores... no muy fuertes por el momento. Con la ayuda de Dios, lograremos curarla. ¿Y la madre?

—Para algunas personas es muy difícil... me refiero a cuando se recibe malas noticias o algo sale mal —manifestó Meg.

—He hablado con el padre de Nancy —de pronto, el profesor parecía cansado—. En ocasiones casi pierdo la fe en los seres humanos.

—No debe hacerlo. ¿Qué sería de nosotros sin hombres inteligentes como usted?

—Lo dice en serio, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Está cansado, necesita irse a la cama temprano y dormir profundamente —le aconsejó Meg—. Me iré ahora para que pueda hacerlo.

—Es una buena idea, Meg.

Esa respuesta significaba que ella tendría que ponerse de pie fingiendo satisfacción. Podría haber permanecido horas sentada, disfrutando de la paz de aquella habitación, escuchando a aquel hombre. Mas él no quería que nadie le escuchara, sino sólo que le acompañara durante una hora, mientras se relajaba, después de un día difícil.

Meg cogió su abrigo, dio las buenas noches a Rosie y siguió a su jefe hasta la puerta. Subió al coche y permaneció en silencio mientras el profesor conducía la corta distancia que había hasta el consultorio. Cuando él detuvo el vehículo, Meg se desabrochó el cinturón de seguridad y se dispuso a abrir la puerta, pero él se lo impidió colocando su mano sobre la de ella y ordenó:

—Espere.

Ralph bajó del coche y ayudó a la joven a bajar, le quitó la llave de la mano y para sorpresa de Meg, subió con ella. Abrió la puerta del apartamento y entró, sin que ella le invitara. *Nelson* todavía estaba en su caja dormido y la luz de la lámpara daba a la habitación un aspecto acogedor. El profesor se dirigió a la cocina, abrió la puerta y miró por la terraza antes de cerrarla con llave otra vez. Cuando volvió al lado de Meg, ella dijo:

—Gracias por la cena, profesor. Espero que duerma bien.

—También yo lo espero... mañana por la noche voy a salir con una joven y necesitare todas mis energías.

– Lo pasará muy bien – observó Meg con voz maternal – . ¿Es bonita?

– Mucho. Colecciona hombres de la misma forma en que usted recoge animales necesitados – en la boca del profesor apareció una sonrisa burlona y Meg se sonrojó.

Había sido un error cenar con él. Él no deseaba su compañía, había sido la primera persona que había tenido a mano para desahogarse después de un día de trabajo duro. Meg se dirigió a la puerta.

– Buenas noches, profesor – su voz no tenía expresión y sonrió cuando él cruzó la puerta.

Estaba a punto de cerrar cuando él se volvió.

– No sé a qué se debe, pero usted tiene la virtud de sacar a la superficie lo peor que hay en mí. Me pregunto el motivo – se inclinó y la besó en una mejilla – . Es una situación que necesita un minucioso análisis – dicho esto se fue.

Cuando Meg se disponía a acostarse aún se sentía turbada.

– Cualquiera pensaría que ha estado bebiendo – le dijo a *Nelson* –, pero sólo hemos tomado jerez y vino durante la cena. Tal vez está tan cansado que no sabe lo que dice.

Meg tuvo que admitir que ése era un comentario tonto, puesto que el profesor siempre sabía lo que decía.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, cuando el profesor Culver llegó, no tenía aspecto de estar cansado o de haber bebido. La saludó y se dirigió a su consultorio; cuando Meg le llevó café, la señorita Standish tomaba notas. Meg volvió a su escritorio e hizo el papel de una recepcionista perfecta.

Fue una delicia despertar el sábado por la mañana, teniendo ante sí la perspectiva de pasar el fin de semana en la cabaña y ni siquiera el hecho de que estuviera lloviendo podía desanimarla. Se levantó temprano, preparó todo y, con el corazón alegre, hizo su trabajo matutino.

Todavía llovía cuando salieron y además de unos cuantos comentarios acerca del tiempo, el profesor no mencionó otra cosa. Nada disminuía el placer que Meg experimentaba ante la idea de pasar el fin de semana en la cabaña. Suspiró complacida cuando el profesor condujo el coche a través de la reja y emitió una exclamación al advertir que pasaba de largo y no se detenía hasta encontrarse ante la casa de él, la cual estaba muy cerca. Meg la observó y suspiró, sintiendo una envidia inconsciente. El vivir en aquella maravillosa propiedad con toda seguridad era el sueño de cualquier persona.

—Entre —la invitó el profesor—. A *Nelson* no le pasará nada por estar solo unos minutos. Me gustaría que conociera al señor y a la señora Trugg. Ellos cuidan la casa. Puede necesitar venir aquí cuando yo no esté.

Trugg salió a recibirlos. Era un hombre de la edad aproximada del profesor, un poco calvo. Saludó a su jefe y sonrió a Meg; con cortesía, cogió el impermeable de Meg, como si fuera un abrigo de marta cebellina.

El profesor la condujo hasta una habitación grande y baja, con ventanas a cada extremo y mobiliario antiguo. Junto a la chimenea había dos sillones. Las cortinas eran de satén. Meg observó la habitación sin pronunciar palabra y pensó que era perfecta.

—Es un día horrible —señaló el profesor—. ¿Ha comido ya? —no le dio oportunidad de responder—. Por supuesto que no, no ha tenido tiempo —tiro de un cordón que estaba junto a la chimenea y cuando Trugg entró, le pidió café y sándwiches.

El profesor estaba a punto de sentarse cuando tres perros entraron en el salón. Dos eran bull terriers y el tercero *Lucky*. Éste se acercó a Meg para saludarla con gran excitación.

—Son *Ben* y *Polly* —hizo una señal con la mano y los perros se acercaron a la chica, quien les acarició la cabeza, sin apartar una mano de *Lucky*—. No se preocupe, se llevan bien. Nos acompañarán a la cabaña y conocerán a *Nelson*; así, si él viene alguna vez en esta dirección, no le harán nada si son amigos.

Mientras saboreaban el café y los sándwiches, Meg dejó que el profesor charlara y respondió con cortesía pero sin hacer comentarios propios. Cuando se pusieron de pie para marcharse, la joven le sorprendió mirándola y frunciendo el ceño. Luego

pidió a Trugg que le llevara el impermeable, esperó a que el profesor sacara su maleta y la caja de *Nelson* y anduvo junto a él hasta la cabaña.

Meg tenía miedo por el gato, que observaba con cautela a los perros. Cuando llegaron a la cabaña, el profesor colocó la caja en el pórtico y llevó a los perros. Estos se limitaron a olfatear a *Nelson*. Ralph abrió la puerta, dejó la maleta sobre el suelo, cogió la caja del minino, la depositó sobre la mesa y se despidió. Meg sólo tuvo tiempo de darle las gracias por la comida.

—Ha sido un placer —respondió el profesor—. Nos iremos mañana alrededor de las seis.

La joven encendió la chimenea y se dedicó a sus quehaceres, pero sin darse cuenta, estaba pendiente del motor del coche del profesor y se preguntó si aquella hermosa joven le acompañaría otra vez. Sin embargo, no oyó pasar el vehículo y salió para hacer sus compras, acompañada de *Lucky* cuando volvió, fue en busca del bordado que había empezado cuando su madre estaba enferma y pasó la tarde oyendo la radio y los ronquidos de *Lucky* y de *Nelson*.

A la mañana siguiente cuando se levantó, aún llovía. Sacó a pasear al perro, preparó la comida y salió al jardín.

Estaba limpiando el terreno cercano a la reja cuando dos coches pasaron. La joven hermosa iba en el primero, sentada junto al conductor y en el asiento posterior iban otras personas. El segundo también iba lleno y apenas desaparecieron por la curva, vio llegar el vehículo de la señora Culver.

—Ralph me ha dicho que usted estaba aquí. Me alegra mucho verla, querida, ¿no se está mojando?

—Es muy agradable estar al aire libre y me gusta la lluvia —respondió Meg—. ¿Cómo está usted, señora Culver?

—Muy bien. Debo decirle a Betsy que la he visto. ¿Es feliz, Meg?

—Mucho, señora.

—¿Quiere venir a comer a casa?

—¡Oh, no! —exclamó Meg y pensando que la dama podría ofenderse, añadió—: Hay mucho que hacer aquí —bajó la vista y observó que estaba sucia—. Además, no estoy vestida para ir...

—Tal vez no, querida, pero de cualquier modo su aspecto es muy agradable — la señora se acomodó en el asiento y Noakes puso en marcha el coche.

Meg fregaba los platos después de la comida, cuando oyó pasar otra vez los coches, sin embargo, resistió la tentación de asomarse a la ventana.

No parecía que fuera a dejar de llover en todo el día, así que se puso el impermeable y sacó a pasear otra vez a *Lucky*. Cortó unas flores y volvió para hacer té, dar de comer a los animales y prepararse para irse. Eran casi las seis cuando el profesor llamó a la puerta y al abrir Meg, entró con *Ben* y *Polly*, quienes obedientes a la orden que les dio se sentaron.

Preguntó a Meg si había disfrutado del fin de semana y ella le respondió con entusiasmo y cortesía.

— Bueno, es más de lo que yo tengo — comentó el profesor y observó las flores envueltas en un papel húmedo —. ¿Ha salido a pasear?

— Oh, sí, no me importa la lluvia. ¿Quiere llevarse ahora a *Lucky*? — Meg se despidió del perro y el profesor salió, seguido de los animales.

Poco después volvió, subió a *Nelson* al coche, esperó a que Meg cerrara con llave la puerta de la cabaña y cuando ella se metió en el coche, se puso en marcha. A Meg le pareció prudente permanecer en silencio. El profesor no pronunció palabra hasta que estuvieron a cinco minutos del consultorio.

— Dentro de quince días voy a llevar a mi madre a Amsterdam. Estaremos allí una semana. Recuérdeme que revisemos el libro de citas por la mañana.

— Muy bien, profesor — Meg estaba sorprendida, pero no lo demostró.

Él detuvo el coche, se bajó y la acompañó hasta el apartamento, esperó hasta que Meg encendió una luz. Fue a la terraza, miró a su alrededor, se despidió y se fue.

— Parece muy enfadado — le dijo Meg a *Nelson* —. Tal vez haya discutido con esa joven. Unas vacaciones le vendrán bien. ¿Crees que podremos pasar esa semana en la cabaña o nos tendremos que quedar aquí sin hacer nada?

Sin embargo, por la mañana Meg descubrió que esa semana la pasaría de manera muy diferente.

Cuando él llegó, la joven le saludó, pero el profesor en vez de dirigirse a su consultorio, se acercó al escritorio de ella y dijo:

— Las citas que hay para la semana que estaré fuera, pueden pasarse a la siguiente. Hay varios pacientes nuevos, llámelos por teléfono y déles cita para la semana anterior a mi marcha, si es necesario, trabajaremos hasta las seis — se sentó en el borde del escritorio —. Ahora, escúcheme, Meg. Mientras mi madre esté ausente, Kate tendrá vacaciones. Betsy se quedará y Noakes y su esposa se mudarán a la casa para hacerle compañía. Nosotros nos hospedaremos en el hogar de mi abuela pero a su ama de llaves le hacen falta unos días de descanso. Mi madre ha sugerido que venga usted con nosotros como ama de llaves.

Meg guardó silencio durante largo rato. Experimentaba una gran alegría y excitación. Le miró y se dio cuenta de que se había enamorado de él. La poca sensatez que le quedaba le dijo que él no vería con buenos ojos eso. Amaba al hombre menos adecuado.

— No sé hablar ni entender el holandés — argumentó Meg con voz tranquila —. ¿Y qué será de *Nelson*? — se quedó pensativa un momento —. No tengo pasaporte — él la observaba con detenimiento.

— Las personas que trabajan en casa de mi abuela son bilingües. *Nelson* puede ir a Hadham, estará a salvo allí. Puede conseguir un pasaporte de visitante — sonrió y el corazón de Meg dio un vuelco —. Sólo será una semana.

— Muy bien, profesor Culver.

Él se apartó del escritorio.

— Mi madre le estará muy agradecida.

Meg vio cómo él se alejaba, consciente de que la vida no volvería a ser la misma y quizá, tampoco feliz.

La semana transcurrió y la joven se dio cuenta de que vivía esperando el momento en el que el profesor llegara. Eso era algo que tendría que terminar, se decía muchas veces. Tan pronto como pudiera, buscaría otro trabajo y con el tiempo le olvidaría. Se dijo que eso sería difícil, puesto que aquel hombre se había apoderado de su corazón y de su mente.

Intentó mantenerse ocupada haciendo planes para la semana que pasaría en Amsterdam. Por supuesto que llevaría el vestido gris que había comprado para desempeñar su función de ama de llaves. Ahora tenía poco dinero para gastar, quizás pudiera comprar un abrigo nuevo y un vestido de punto así como unas botas.

Hacia el final de la semana, el profesor fue a Birmingham a dar una conferencia y Meg aprovechó el par de horas que tuvo libres después de la comida para hacer algunas compras.

Encontró un abrigo de lana y una falda a juego a buen precio. Ya había gastado todo el dinero que tenía pensado, sin embargo, compró un vestido estampado y un traje de dos piezas de color de rosa. No le parecía probable que pudiera usarlo, no obstante, se sentía feliz de tener algo hermoso. Dejó ese pensamiento volando en el aire y se dirigió a una zapatería.

Compró las botas que deseaba y también unos zapatos de tacón alto. Tuvo que coger un taxi para volver.

El día anterior había llamado a Cora y le había hablado acerca de la semana que pasaría en Amsterdam. Cora comentó que eso sonaba muy bien, pero que no sabía qué le pasaba y añadió que los dos niños tenían sarampión.

También pensó en avisar a Doreen, pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, su hermana llamó.

— ¿Es cierto que vas a ir a Amsterdam? ¡Como ama de llaves! ¿Tu trabajo no es satisfactorio en el consultorio? — antes de que Meg pudiera responder añadió —: Esto no está bien, Meg. Ahora me arrepiento de no haber insistido en que compraras aquel apartamento y estudiaras taquigrafía y mecanografía. Al cabo de unos meses, hubieras tenido un trabajo seguro. En este momento no estás capacitada para nada y sólo Dios sabe dónde terminarás. ¡Y todo por permitir que te salieras con la tuya!

— Tengo un trabajo seguro y satisfactorio. Voy a ir a Amsterdam para ayudar a la madre de la señora Culver. Deseo hacer ese viaje y no comprendo por qué Cora y tú os ponéis así. Soy muy feliz y en realidad me gusta mi trabajo.

— ¿Irá el profesor?

— Eso creo. ¿Ya te has instalado en tu apartamento?

— Sí. Daré una fiesta. Debes venir y traer al profesor Culver... después de todo, ya nos conocemos.

—Tú puedes invitarlo —respondió Meg—. La señorita Standish, su secretaria, dice que él tiene una vida social muy activa.

—Me atrevería a decir que no vendrá si yo no se lo pido. No os lleváis bien, ¿o sí? Le llamaré.

Cuando Meg colgó el auricular se dijo que Doreen confiaba demasiado en sí misma. Dudaba que el profesor asistiera a la fiesta. Al parecer, la joven con quien le había visto ocupaba la mayor parte de su tiempo libre. Ese pensamiento la hería, pero más fuerte que ese dolor era la convicción de que si tenía oportunidad, ella podría hacer feliz al profesor.

Cruzó la habitación y observó su cara en el espejo que estaba sobre la chimenea. Suponía que sus ojos estaban bien, las pestañas espesas y rizadas, pero nadie admiraba los ojos de color gris y su pelo, largo y sedoso de un tono castaño claro, no resultaba llamativo. Se dijo que la belleza era algo superficial y se concentró en preparar la cena. Durante la noche no dejó de pensar en lo mismo. Se dijo que no podía hacer mucho, excepto cuidar su lengua y presentarse ante él como una joven serena y sumisa. La sumisión sería algo difícil, pero se había dado cuenta de que eso le confundía y al menos así notaría su presencia.

Al día siguiente sólo vio al profesor un momento y el sábado, contrario a su costumbre, él tuvo varios pacientes. Dos de ellos iban por primera vez y ocuparon gran parte de la mañana. Él trabajaba sin prisas y pensaba que cualquier persona amenazada con la posibilidad de una enfermedad seria, tenía derecho a hablar acerca de ésta desde todos los ángulos.

Mientras limpiaba la sala de espera después de que el último paciente se hubiera ido, Meg pensó que había algo triste en su trabajo. Era como luchar con un enemigo. Sospechaba que el profesor sentía lo mismo.

Había terminado de arreglar la sala de espera cuando él entró. La señorita Standish ya se había ido.

—Es muy tarde. Volveré a buscarla dentro de media hora. ¿Habrá comido ya un sándwich y estará lista? Tengo invitados este fin de semana y quiero llegar a casa antes que ellos.

El profesor no esperó respuesta. Meg escuchó que el coche se alejaba y subió a su apartamento, bebió un poco de leche, dio de comer a *Nelson*, comió una tostada con mantequilla y se puso una falda de lana y un jersey. Cogió su impermeable, su bolso y la caja del gato; llegó a la puerta principal cuando el Rolls se detenía ante ella.

—¿Ha comido ya? —preguntó el profesor mientras colocaba a *Nelson* en el asiento de atrás.

—Sí, gracias —la voz tranquila de Meg implicaba satisfacción, sin embargo, sentía un hambre terrible.

Comenzó a pensar en lo que podría hacer de cena esa noche.

—Está muy callada —observó el profesor y antes de que ella pudiera responder añadió—: Usted huele como un jardín campestre.

¡El caro frasco de *Anais Anais* que se había comprado en Harrods había surtido efecto! Meg creyó prudente ignorar el último comentario.

– Estoy pensando en mi fin de semana – respondió Meg.

– ¿Cuáles son sus planes?

– Pasear con *Lucky*, ocuparme del jardín e ir de compras.

– Algunas veces parece demasiado buena para ser real, Meg.

La joven no dijo lo que tenía en la punta de la lengua pues pensó que parecería una engreída.

El profesor murmuró algo y condujo rápido y en silencio hasta que llegaron a Much Hadham, entonces dijo:

– Enviaré a *Lucky* con Trugg – detuvo el coche ante la cabaña y llevó a *Nelson* y la maleta hasta el pórtico, antes de marcharse—. Disfrute de su fin de semana tal como es – su sonrisa era burlona.

Como las tiendas cerraban a las cuatro, cuando Trugg llevó a *Lucky*, Meg fue con el perro hasta Much Hadham. La calle principal estaba llena de compradores de última hora y Meg hizo sus compras en la carnicería y en la frutería. Compró bollos para el té y decidió hornear su propio pan.

Cuando regresó, se tomó el té y los bollos mientras escuchaba la radio. No se sentía feliz y no estaba segura de si alguna vez volvería a serlo.

Un par de horas más tarde, oyó voces y un ruido en la reja. Estaba en la cocina y la carne ya olía deliciosamente, sacó el pan del horno y al oír que llamaban a la puerta, lo dejó sobre la mesa de la cocina y fue a abrir.

La chica que solía acompañar al profesor, y un hombre alto y joven con barba y bigote entraron en la sala.

– Hola... – saludó la muchacha—. Queríamos que Ralph nos trajera, pero no ha querido, alegando que usted necesitaba intimidad o algo por el estilo – soltó una carcajada—. Nos hemos escapado mientras él ha salido a pasear con los perros.

Meg estaba de pie en el centro de la pequeña habitación y los miraba desconcertada. La joven era muy hermosa y vestía a la última moda. El hombre no le agradó a primera vista.

– Buenas noches – saludo Meg con cortesía—. ¿A qué han venido?

– Nos apetece divertirnos un poco en los barrios bajos – señaló la chica y sonrió.

– Estoy cocinando... tendrán que disculparme un momento...

– ¡Santo Dios! ¿También sabe cocinar? Ralph ha dicho que usted es ejemplar, demasiado hogareña... – miró a su alrededor—. Nos sentaremos mientras suda ante su horno caliente – se arrellanó en uno de los sillones y arqueó las cejas al ver a *Lucky* y a *Nelson* sentados junto a la chimenea—. No me gusta mucho su simpatía por los animales.

Ninguno de ellos oyó que Ralph entraba. De repente, aparecieron *Ben* y *Polly*, seguidos por el profesor, quien dijo sin preámbulos:

—Siento esto, Meg. Debo disculparme por mis invitados. Sin duda me han entendido mal. Sé que adora la intimidad —miró a su alrededor—. Nos iremos ahora mismo —abrió la puerta y esperó a que salieran los dos jóvenes—. Ha estado haciendo pan y huelo algo delicioso, ¿carne asada? —Meg asintió con la cabeza.

Estaba a punto de llorar y se avergonzó cuando no pudo evitar que dos lágrimas rodaran por sus mejillas. Él las observó y señaló:

—No se preocupe, esto no volverá a pasar —se acercó a ella y le besó en la mejilla con suavidad.

Cuando salió, Meg cerró la puerta con llave sin importarle si él la escuchaba o no. No permitiría que lo sucedido arruinara su fin de semana. Terminó de preparar la cena, dio de comer a los animales, colocó los platos, copas y utensilios de plata que había llevado de su antigua casa y encendió la radio. El llorar nada resolvería, lo sabía. Ahora estaba más segura que nunca: el profesor no debía casarse con esa odiosa joven.

El domingo transcurrió con rapidez. La mañana era fría y Meg y *Lucky* salieron a pasear. En el jardín se empezaba a notar su trabajo, pues ya habían salido algunas flores. La joven recorrió feliz el jardín y entró para preparar el té, por lo que no vio pasar el coche conducido por el joven con barba.

El profesor llegó para recoger a *Lucky* y la encontró de rodillas frente a la chimenea, limpiándola; frunció el ceño.

—¿Tiene que hacer eso? —preguntó.

—Sí —se puso de pie y cogió la correa de *Lucky*. Se inclinó para acariciar al perro—. Ya te vas, te veré la próxima semana. Pórtate bien.

Meg aseguró a su jefe que estaría lista cuando él volviera y volvió a arrodillarse. Casi no le había hablado y apenas le miró. Suponía que debido a que le amaba tanto podía perdonarle que la llamara ejemplar y muy hogareña, sin embargo, sentía resentimiento.

Cerró la cabaña y cuando el profesor regresó, ya estaba de pie junto a la reja con *Nelson* a su lado.

—No es necesario que me espere fuera, como si estuviera en la parada de un autobús. En el futuro permanezca dentro de la cabaña.

—Muy bien, profesor.

—¡Y no sea tan sumisa! —cuando habían recorrido la mitad del camino, él añadió—: Con respecto a la próxima semana, nos iremos el domingo por la noche. El sábado la llevaré a la cabaña como siempre y desde allí, *Nelson* podrá ir a la casa. Saldremos de la cabaña por la tarde y de paso recogeremos a mi madre. Iremos por mar, pues a ella no le gusta volar. ¿Ya tiene su pasaporte? Bien, haga la maleta en el apartamento y tráigala.

Meg estuvo a punto de decir:

– Muy bien, profesor – sin embargo, se controló a tiempo.

Fue una suerte que ya hubiera hecho sus compras, pues no tuvo nada de tiempo libre durante la semana. La agenda de citas estaba llena y el profesor trabajaba todas las tardes hasta las seis. Iba a Maud's más temprano por las mañanas, por lo que Meg debía tener todo listo antes de las nueve.

Fregó, planchó, hizo una maleta y un maletín, se peinó, arregló las uñas y llamó por teléfono a sus hermanas. No podía evitar entusiasmarse. Suponía que estaría muy ocupada en Amsterdam, pero lo único en lo que podía pensar era en que iba a vivir en la misma casa que él.

Llegó el sábado y ya casi era la una cuando el último paciente se fue. Meg comenzó a limpiar y pensó en todo lo que necesitaba hacer antes de terminar. En cualquier momento, el profesor asomaría la cabeza por la puerta para decirle que estuviera lista en un tiempo mínimo.

Meg estaba dando los últimos toques a su escritorio cuando él apareció.

– Volveré dentro de media hora. Esté lista con *Nelson* y su maleta; no se preocupe por la comida. Comeremos algo sencillo en mi casa.

– Muy bien, profesor – respondió Meg sin poder evitarlo –. Estaré lista.

Había dejado todo listo en su apartamento y cinco minutos antes de lo acordado, bajó al vestíbulo con su abrigo nuevo. *Nelson* dormía feliz en su caja. Ya le había dicho a Percy que pasaría la semana fuera y él se despidió a gritos desde el sótano. Meg se sentó en los escalones a esperar y revisó su bolso para asegurarse de que llevaba el pasaporte y el dinero. Cuando la puerta principal se abrió, ella estaba sentada, muy serena y tenía una mano colocada sobre la cabeza de *Nelson*.

– ¿Alguna vez le he dicho que es demasiado buena para ser real? – preguntó el profesor.

– Oh, sí – respondió Meg y se puso de pie, cogió la caja y le sonrió.

Al mismo tiempo notó que él se había puesto un traje de muy buen corte que le hacía parecer más joven y accesible. La sonrisa de Meg se amplió y de manera sorpresiva, él le correspondió.

– Usted gustará a la abuela.

Al oír eso Meg se sorprendió.

Rosie los estaba esperando y ya tenía lista una sopa, tortilla de huevos y el café caliente. Mientras comían hablaron sólo lo necesario para ser corteses.

Media hora más tarde emprendieron la marcha. Meg pensó que tal vez la joven hermosa estuviera en Much Hadham y fuera con ellos a Holanda. No se le había ocurrido esa idea hasta ese momento y, parte de su alegría desapareció.

Al llegar a la cabaña, el profesor bajó a *Nelson* y también la maleta. Abrió la puerta y esperó a que ella entrara, luego dijo:

– Ha tenido una semana muy ocupada y sin lugar a dudas, pasado mañana comenzará una más activa. No salga a pasear diez kilómetros o excave en el jardín –

él estaba en la puerta—. Mañana por la tarde vendré a buscar a *Lucky*... será mejor que vaya a la casa con *Nelson* para que no se sienta abandonado. Trugg traerá a *Lucky* dentro de unos minutos —se fue antes de que ella pudiera responder.

Cuando Trugg llegó con el perro, Meg se dirigió a Much Hadham para comprar comida para los tres. La tarde era agradable y disfrutó de la caminata con *Lucky* a su lado. A su vuelta, encendió la chimenea y preparó té, mientras trataba de oír inútilmente si pasaba un coche.

La mañana del domingo fue tranquila, comió pronto y se sentó a esperar al profesor, quien llegó más tarde de lo que ella esperaba. Él silbó a *Lucky* y en compañía de *Ben* y *Polly* se dirigieron hasta la casa de él, charlando. Ralph llevaba la caja de *Nelson* bajo el brazo.

Trugg condujo a Meg hasta la preciosa cocina y la chica sonrió a su mujer, quien le devolvió el gesto.

—Entonces, aquí está el pequeño gato, señorita. Lo cuidaré bien, no se preocupe —aseguró la mujer—. Él puede sentarse aquí junto al fuego. Los perros no lo tocarán y tendré cuidado para que no se aleje.

Meg colocó la caja y *Nelson* se acurrucó y cerró su ojo.

—Sé que lo cuidará —comentó Meg con cierta ansiedad—, es viejo...

—No se preocupe por él —señaló la señora Trugg.

Meg lo acarició por última vez y después siguió al profesor hasta el coche.

La joven ansiaba hacer muchas preguntas, mas no lo haría. Se suponía que recogerían a la señora Culver y viajarían hasta el transbordador. ¿Cuál? Durante el corto trayecto hasta Hertingfordbury, trató de adivinarlo.

Era maravilloso volver a ver a Betsy. Meg, retomando su antiguo papel de ama de llaves, ayudó a llevar el té, pues Kate ya se había ido a pasar unos días con su sobrina. A Betsy le hacía feliz la idea de estar sola, aunque Noakes y su esposa dormirían en la casa.

—Tendré todo el día para mí —dijo la anciana, contenta—. Lo pasaré muy bien. No es que Kate y yo nos llevemos mal —miró con amor a Meg—. Está bien, señorita Meg. Es feliz ¿no es así? Sin duda, es bueno trabajar para ese profesor.

—Es un buen hombre, Betsy, y soy muy feliz.

Después de tomar el té emprendieron el viaje. La señora Culver iba en el asiento posterior.

—Para dormir si lo deseo —explicó la señora Culver—. Es maravilloso verla de nuevo, Meg, y supone un gran alivio que venga con nosotros. Estoy segura de que disfrutará de su estancia en Amsterdam... hay mucho que ver.

Meg asintió con cortesía y se preguntó si tendría oportunidad de recorrer la ciudad. Por el momento se sentía feliz, el sólo hecho de estar sentada junto al profesor le proporcionaba un intenso placer. Aún no sabía en qué transbordador

viajarían, pero cuando el profesor llegó a Bishop's Stortford y cogió la carretera a Baintree, adivinó que era el de Harwich.

Se acomodó en el asiento y volvió un poco la cabeza para observar el perfil del profesor.

—Mi abuela es mayor, Meg. Está a punto de cumplir ochenta y cuatro años. Le gusta charlar y su cabeza funciona a la perfección. Es muy franca, espero que recuerde eso y no la enfade. Su ama de llaves es inglesa y también es ya muy anciana, le vendrán muy bien unos días de descanso. Hay una criada que vive en la casa y una mujer que va a diario. Lo único que usted tendrá que hacer es preparar el menú y cocinar, así como procurar que atiendan bien la casa.

—Lo haré lo mejor que pueda, profesor —respondió Meg y le oyó suspirar.

El condujo en silencio durante varios kilómetros. Desde el sitio en el que Meg estaba sentada, le parecía que estaba enfadado y sin pensarlo dos veces se lo dijo.

—No estoy disgustado, sólo perplejo, Meg. Ha cambiado... y no me pregunte cómo, porque no lo sé. La verdadera Meg está fuera de mi alcance.

Meg se dijo que si él lo había notado, era un pequeño triunfo.

—Soy la misma.

—Cuando la tengo cerca no la noto, pero cuando no es así, me pregunto dónde está y qué hace.

Meg trató de encontrar una respuesta a esas palabras y no pudo. Por suerte, la señora Culver comentó algo a su hijo y él ya no dijo más. Eso fue muy conveniente, puesto que Meg tenía mucho en que pensar.

Capítulo 7

Al llegar a Harwich embarcaron inmediatamente y fueron conducidos hasta los camarotes. Meg estaba de pie en el centro del suyo y contemplaba su comodidad cuando la camarera entró, llevando un mensaje. Meg debería ir al bar que se encontraba junto al restaurante, tan pronto como estuviera lista. Se peinó y maquilló un poco y se dirigió al bar, donde ya se encontraban la señora Culver y su hijo. Charlaron mientras tomaban jerez, después cenaron y cuando terminaron el café, Meg se excusó y dirigió a su camarote. Llegarían por la mañana temprano y el profesor le dijo que le llevarían té y pan tostado para desayunar, mas no trató de detenerla.

Meg durmió muy bien y se levantó a tiempo para subir a cubierta y ver cómo el transbordador entraba en el muelle. No había señales del profesor o de la señora Culver cuando una voz pidió que los pasajeros se dirigieran a sus coches. La joven regresó a su camarote, recogió el maletín y bajó hasta la dirección donde se encontraban los coches. En el camino se encontró con el profesor.

— La he buscado por todo el barco.

— Buenos días, profesor Culver — saludó Meg —. He ido a la cubierta para ver cómo atracábamos.

Él respondió con un gruñido. La señora Culver ya estaba en el vehículo. Aseguró a Meg que había dormido bien y que le resultaba muy grato estar otra vez en Holanda.

— Ha sido un viaje tranquilo — señaló la dama —, puesto que Ralph se encarga de todo — se acomodó en el asiento —. ¿Tiene hambre, querida? Faltan alrededor de noventa kilómetros para llegar a Amsterdam, un poco más de una hora de camino, pero creo que Ralph se detendrá para tomar café.

Meg sabía que al pronunciar esas palabras, la señora se aseguraba de que su hijo haría una parada.

Llegaron a Den Haag. El tráfico ya era denso, a pesar de que todavía era temprano. El profesor cruzó la ciudad y cogió la carretera hacia Amsterdam. Más adelante aparcó en frente de un café. Era un sitio muy acogedor. Meg siguió a la señora Culver y entraron en una sala amueblada con mesitas y sillas, que rodeaban una mesa de billar. Varias personas estaban allí tomando café y charlando. Intercambiaron saludos y se sentaron a una mesa cerca de la ventana. El café estaba delicioso. Lo tomaron despacio, mientras la señora Culver hablaba.

No tardaron en continuar su camino. El profesor señalaba los diferentes pueblos por los que pasaban. Cuando iban por Schiphol él dijo:

— Estaremos en las afueras de Amsterdam dentro de unos minutos. Mi abuela vive en el corazón de la ciudad, cerca de Herengracht.

Meg no tenía idea de dónde estaba aquel sitio o qué era. Vio por la ventanilla los modernos edificios que había a cada lado. Se sintió un poco desilusionada, puesto que esperaba encontrar canales y casas con tejados.

Poco después vieron lo que Meg anhelaba. El profesor condujo por estrechas calles, divididas por canales. Por fin, se detuvo en un callejón sin salida lleno de casas con tejados, como las que Meg esperaba ver. Las casas, aunque, con la misma antigüedad eran diferentes. El profesor bajó del coche, ayudó a su madre y se volvió hacia Meg. Esta contemplaba todo con admiración.

La señora Culver se acercó a la puerta, tiro del cordón de la vieja campana y la puerta se abrió. Entraron, el vestíbulo era largo y angosto, al final se encontraba una escalera, pero en el centro había un ascensor, el cual los llevó al segundo piso. Cuando salieron del ascensor, una mujer delgada se acercó para darles la bienvenida. Era una anciana con pelo gris y brillantes ojos azules. Saludó con afecto a la señora Culver y enseguida se volvió hacia el profesor.

—Bien, Ralph, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuviste aquí, tu abuela se pondrá muy contenta... —dijo la mujer. Miró a Meg y sonrió—. Usted debe de ser la joven que va a ocupar mi lugar. En realidad, necesito tomarme unos días libres.

Entraron en un vestíbulo más ancho con varias puertas. La señora Culver se dirigió hacia las que tenían en frente y las abrió, hablando en holandés.

—Pase y conozca a mi abuela —invitó el profesor a Meg. Abrazó al ama de llaves y añadió—: No cambias, nana. Me alegro mucho de volver a verte. Te traeré a Meg tan pronto como haya conocido a la abuela.

Las paredes de la habitación eran altas y estaban cubiertas con madera.

Meg se acercó a la anciana que estaba sentada en una silla de respaldo alto, cerca de la ventana. Por todas partes había adornos de porcelana y plata. La joven se detuvo mientras la dama la inspeccionaba.

—Pequeña, pero pulcra —comentó la anciana con voz clara y sorprendentemente juvenil—. También tiene una cara muy bonita. Espero que sea feliz aquí, querida. Le doy la bienvenida.

Meg murmuró las palabras adecuadas y se preguntó qué debía hacer ahora, pero el profesor llegó en su rescate.

—Cuando hayamos tomado café, llevaré a Meg con Florence para que pueda orientarse —se inclinó para besar a la anciana—. Tan hermosa como siempre, abuelita.

—Guarda tus discursos para todas las jóvenes que conoces —respondió la anciana—. Aquí está el café.

Más tarde, el profesor llevó a Meg a la cocina, donde esperaba Florence. También estaba allí una mujer joven, lavando verduras en el fregadero.

—Anna, la doncella. No habla inglés, pero eso no importa... conoce bien su trabajo.

Él se fue y Florence dijo con amabilidad:

— Anna es una buena chica y Til viene para hacer el trabajo pesado. Venga a ver su habitación, Anna ya ha subido las maletas.

El dormitorio estaba al final de un estrecho pasillo y había que bajar tres escalones. En la parte posterior de la casa había un jardín y el dormitorio de Meg daba a él.

Florence indicó:

— Anna dormirá al otro lado del pasillo y la llamará cada mañana. Sentémonos un momento, mientras le explico el funcionamiento de la casa.

Meg decidió que no era muy diferente de su hogar. Las horas de las comidas eran más tempranas y no sería necesario cocinar mucho hasta la cena. Las compras no representarían una dificultad, puesto que Florence le dejaría una lista con las cosas que tendría que comprar y además había reservas suficientes.

Florence añadió:

— En su mayoría, carne y pescado. ¿Entiende el dinero? — no tardó mucho tiempo en enseñarle a Meg las diferentes monedas y billetes—. Respecto al trabajo... — en eso tampoco tardó mucho, en lo que sí tardó fue en explicarle lo que le agradaba y desagradaba a la abuela del profesor—. No es muy activa, pero tiene vista de halcón — aseguró Florence—. Disfruta comiendo y le gusta que todo esté como es debido. Le enseñaré el armario donde se guardan los cubiertos de plata y manteles.

Meg no volvió al salón, sino que ayudó a preparar la mesa del sombrío comedor y después entró en la cocina para observar cómo preparaban la comida. Había una gran variedad de panes, quesos, carnes frías y una ensalada; las tortillas de huevo se hacían en el último momento. Meg estaba cachando huevos en un tazón cuando la llamaron para que fuera al salón.

— Por supuesto que hará sus comidas con nosotros — le dijo la anciana señora Culver—. Diga a la nana que ponga otro cubierto, si es que no lo ha hecho ya.

— Bueno, ya he puesto la mesa para tres y si a usted no le importa, preferiría comer en la cocina.

— Sí me importa. Haga lo que le he pedido sin discutir. Cuando haya terminado, vuelva aquí... para tomar una copa de jerez.

— Muy bien — respondió Meg y notó que el profesor sonreía.

Ella le miró con frialdad y salió de la habitación. Resultaba obvio que él había heredado una buena parte del carácter de su abuela, así como sus ojos oscuros.

La joven decidió que había sido una buena idea comprar el traje rosa, pues aunque no podía competir con el de terciopelo negro de la anciana o con el crepé azul de la hija, al menos era aceptable. Las dos damas llevaban perlas y varios anillos hermosos y la abuela también usaba unos quevedos que colgaban de una cadena de oro y a través de los cuales estudiaba a Meg. El profesor también la examinaba, aunque con más discreción.

El día siguiente, Florence se fue después del desayuno y Meg, usando su sobrio vestido gris, empezó a realizar sus obligaciones. El profesor había llevado a la nana a la estación y aún no había vuelto. Sólo cuando llevo al comedor la bandeja con el café, Meg se enteró de que él no volvería hasta la noche.

—Se supone que esto es un descanso para él —explicó su madre—, mas dudo que tenga mucho tiempo libre. Tiene que estar en Leiden todo el día y mañana va a dar una conferencia en uno de los hospitales. Además, sé que por lo menos atenderá dos consultas. Por supuesto que dispondrá de las noches, pero como tiene amigos aquí, saldrá después de cenar o lo hará fuera de casa.

Meg volvió a la cocina y sirvió café para Anna y para ella, mientras lo bebía pensó que la semana que tanto había anhelado, después de todo, no prometía mucho. Supuso que vería al profesor durante las comidas. Él le había prometido enseñarle Amsterdam, sin embargo, Meg ahora comprendía que esperaba demasiado. Cogió la lista que Florence le había dejado y salió para hacer las compras.

Las tiendas estaban a diez minutos y el ama de llaves le dejó un pequeño plano de las calles. Meg disfrutó de la salida, a nadie parecía importarle que ella no hablara holandés y además, varios de los dependientes sabían inglés. Al cabo de un día o dos, cuando tuviera una idea precisa de sus tareas diarias iría a conocer la ciudad.

El primer día, como era lógico, no tuvo tiempo de pasear. La señora Culver y su madre se echaron la siesta después de comer, pero Meg, ansiosa por quedar bien, pasó la tarde en la cocina preparando la cena y cuando terminó, era hora de llevar la bandeja con el té.

Esa noche volvió a ponerse el traje rosa y se ruborizó un poco al notar la mirada del profesor fija en ella. Él vería ese vestido toda la semana, le gustara o no. Meg levantó la barbilla, le dio las buenas noches con frialdad y se dirigió a la cocina.

La joven se había dado cuenta de que cuando ella no estaba presente, hablaban en holandés. Una vez que la cena terminó, llevó la bandeja con el café y se excusó para dirigirse a la cocina. Anna tuvo la noche y libre y Meg tendría que limpiar el comedor y pensar en el desayuno de la mañana.

Estaba sacando brillo a las cucharas cuando el profesor dijo desde la puerta:

—La abuela quiere saber dónde está. ¿Por qué ha fregado usted los platos?

—Es la noche de descanso de Anna...

—Debió dejárselos para mañana.

—No sea tonto, ella tiene suficiente trabajo por las mañanas; usted quiere su desayuno a las ocho en punto y yo estaré ocupada con las bandejas.

—Tal vez esto no haya sido una buena idea, después de todo... —declaró él con suavidad.

—Estaría bien si todos recordaran que soy el ama de llaves.

Ralph le quitó el trapo y empezó a secar los tenedores.

– Yo sí lo recuerdo – observó él –, y nunca pienso en usted como en un ama de llaves. Creo que mi madre y la abuela viven en un mundo donde los platos se friegan solos y la comida se hace por sí misma. Son demasiado mayores para cambiar sus puntos de vista, pero veré qué puedo hacer para aligerarle la carga.

– ¡No hará tal cosa! – exclamó Meg –. He venido aquí para hacer el trabajo de un ama de llaves y voy a cumplir.

Al instante Meg asumió su papel de mujer sumisa.

– Es muy amable al ofrecerme ayuda, mas no es necesario, profesor Culver.

Él continuó ayudándola.

– ¿Qué tiempo libre tiene, Meg? – su voz sonaba casual y amistosa.

– Estoy segura de que contaré con una hora por las tardes.

– Bien, la llevaré al Rijksmuseum, al Dam Palace... y por supuesto, al museo de Rembrandt. Hay un paseo por los canales... no debe perderselo – dejó el último de los tenedores junto con el trapo y se sentó en el borde de la mesa. Meg comenzó a guardar los cubiertos.

– Es muy amable, pero no tendré tiempo suficiente para todo eso. Debo preparar la cena.

– Faltan algunas tardes para que regresemos. Cada día intentaremos visitar uno de esos lugares. Y por las noches podemos pasear por la ciudad – se alejó de la mesa –. Ahora, séquese las manos, quítese ese delantal y venga a completar el cuarteto necesario para jugar al *bridge*. Le advierto que mamá y la abuela hacen trampas, si pueden.

A la mañana siguiente, Meg se levantó y preparó huevos con tocino y champiñones para el profesor. Aparte de darle los buenos días, Meg no dijo más y dudó que él se hubiera dado cuenta de quién le servía el desayuno. Volvió a la cocina y comenzó a preparar las bandejas del desayuno. Una vez que el profesor se fuera, Anna y ella desayunarían y después se dedicarían a sus labores. Oyó que cerraban con fuerza la puerta principal y volvió al comedor llevando una bandeja, con la intención de limpiar la mesa. Su jefe estaba de pie junto a la ventana y miraba hacia la calle.

– Oh, he oído que se cerraba la puerta principal... – dijo Meg –. ¡Pensé que se había ido! Volveré después.

– No se preocupe, no volveré hasta la noche, voy a ir a Groningen.

Meg pensó que le estaba viendo menos que en Inglaterra.

– Espero que tenga un buen día – manifestó la chica –. Debe ser un cambio agradable para usted...

– Dar conferencias a estudiantes de medicina en holandés, intercambiar puntos de vista con mis colegas en los hospitales y charlar con jóvenes hermosas mientras

bebo una copa... hago todo eso en Inglaterra. ¡Mi idea de un cambio agradable no es la misma que la suya! —se volvió para observarla—. Para mí, eso sería recorrer Amsterdam durante una tarde apacible, enseñándole los lugares de mayor interés. Ya es hora de que le dedique unas horas a usted. Mañana haremos lo que le acabo de decir después de comer. Estoy seguro de que será capaz de planear una comida que no requiera su presencia en la cocina durante todo el día —se dirigió hacia la puerta—. ¿Va a pasar la tarde conmigo, Meg?

El corazón de la joven dio un vuelco.

—Si es posible y a la señora Culver no le importa —no pudo evitar que su voz sonara feliz—, me gustaría mucho.

—A mí también —se fue y la dejó soñando, aunque no por mucho tiempo.

Organizó una comida sencilla y se aseguró de que Anna estuviera dispuesta a llevar el té. Mientras la anciana se tomaba el café, Meg le preguntó si tenía alguna objeción a los planes de su nieto.

—¿Objeción? Él ha hecho lo que ha querido desde que dejó la cuna... además, usted es una joven sensata —miró con agrado a Meg—, y no es probable que tenga ideas tontas con respecto a él. Es diferente a esas jóvenes que él conoce en las fiestas —se dirigió a su hija—. Ya es hora de que se case.

La señora Culver parecía divertida.

—Lo hará cuando así lo decida —fue todo lo que dijo la señora Culver y después, dirigiéndose a Meg, añadió—: Disfrutará del recorrido por Amsterdam, Meg, y estoy segura de que Ralph estará contento de alejarse unas horas de sus conferencias. ¿Podrá Anna hacerse cargo de todo?

Las dos damas le aconsejaron lo que debía ver y las tiendas que tenía que visitar, así como que realizara el paseo por los canales. Meg les dio las gracias. No le pareció probable que pudiera visitar tantos lugares y no creía que el profesor le diera oportunidad de hacer compras.

Él no volvió hasta mucho después de que Meg estuviera en la cama esa noche. Le había dejado el termo con café y un plato con sándwiches... probablemente había sido una pérdida de tiempo puesto que era posible que hubiera cenado fuera, quizá con alguna de esas jóvenes que la abuela despreciaba.

Refrescó un poco y al día siguiente Meg se puso su vestido de punto y el abrigo de invierno. Se dijo que estaba aceptable, aunque nadie la miraría dos veces. Se apartó del espejo con la sensación de que tenía el aspecto de un ama de llaves en su día libre.

Tal vez fue una bendición que el profesor apenas la mirara cuando se encontraron en el vestíbulo. Las damas ya estaban en sus habitaciones durmiendo la siesta. Al llegar a la acera, él se detuvo y miró los pies de Meg.

—Conocerá mejor la ciudad si lo hacemos andando, veo que lleva unas botas cómodas —dijo el profesor.

Él conocía Amsterdam como la palma de su mano y la condujo por estrechas calles y puentes con arcos. Le señaló los diferentes tipos de casas y le explicó la geografía de la ciudad. El Rijksmuseum fue su primera parada y la media hora que pasaron allí resultó insuficiente. También le enseñó el Nachtwacht, porque eso era algo que todos querían ver cuando visitaban Amsterdam. Después la condujo a unas salas más pequeñas donde admiraron pinturas de Jan Vermeer, Pieter de Hoogh, Paulus Potter y Ruysdael.

El profesor comentó:

— Es una lástima que no dispongamos de más tiempo, pues hay mucho que ver.

La llevó al Nieuwe Spiegel Staat, al Munt Plein y a la torre Mun, con su reloj y campanas y después visitaron Kalverstraat. Allí había tiendas, mas él no se detuvo, sino que se dirigió a una pequeña y tranquila plaza, la cual tenía una iglesia en el centro, rodeada por asilos antiguos.

Ralph le explicó:

— El Begijnsteeg — le permitió que recorriera el lugar y entrar en la iglesia —, fue entregado a la iglesia reformada inglesa hace trescientos años — esperó con paciencia hasta que ella terminó de recorrer el lugar.

Meg deseaba quedarse allí, pero él le cogió del brazo y le preguntó:

— ¿Quiere tomar el té? Hay un buen sitio cerca.

Meg aceptó inmediatamente, pensando que tal vez él comenzaba a aburrirse.

La llevó al Sonesta Hotel. La camarera les enseñó una bandeja con exquisitos pastelillos que Meg contempló con placer. Ralph observó el semblante de la chica y se fijó, no por primera vez, en sus largas pestañas y sus sonrojadas mejillas. Se dio cuenta de que había adquirido el hábito de observarla cuando estaba a su lado. Algunas veces Meg deseaba tener algo que decir. Había cambiado durante las últimas semanas, actuaba como si no quisiera que él notara su presencia...

El profesor le informó:

— Iremos andando hasta el Dam Palace — salieron del hotel —, para que pueda ver la plaza y el War Memorial. Allí podemos coger un taxi para volver. ¿Está cansada?

— ¡Oh, no! — exclamó Meg con expresión alegre —. Ha sido algo maravilloso. He visto muchas cosas, ha sido muy amable.

Cerca del palacio se escuchaba un órgano y Meg se detuvo. Sin embargo, al ver el semblante de su jefe, se dijo que seguramente ella debía resultarle muy aburrida.

— Lo siento... — dijo Meg —, supongo que usted ya empieza a estar cansado.

Ralph la miró e hizo señales a un taxi para que los llevara a la casa.

En el vestíbulo, Meg volvió a darle las gracias y notó que fruncía el ceño como si estuviera enfadado, aunque le contestó con cortesía mientras abría la puerta del salón.

Meg no permaneció allí mucho tiempo, sólo el necesario para decir que había regresado y preguntar a las damas si necesitaban algo antes de que comenzara a preparar la cena.

El profesor no estuvo presente durante la misma y la abuela observó que le había visto muy poco.

—Supongo que él necesita divertirse, trabaja mucho y ella es una chica hermosa — miró a su hija —. ¿Crees que esta vez va en serio?

—No. Quería ver al profesor Tacx... después de todo, fue su alumno muchos años... y me atrevería a decir que quiere ver si Julie se ha convertido en una hermosa mujer... ella ha estado en América.

Meg tuvo que quedar satisfecha con esa pequeña charla y durante mucho tiempo se preguntó cómo sería Julie. Él tendría que sentar la cabeza, tarde o temprano y esa joven parecía adecuada.

Al día siguiente, la joven tuvo más noticias acerca de Julie. El profesor llevaba puesto un traje formal.

—¿Cenaste bien? —le preguntó la abuela.

—Sí. El profesor Tacx no ha cambiado —respondió Ralph.

—¿Y Julie? ¿Está muy hermosa? Creo que le han gustado mucho los Estados Unidos.

—Se ha convertido en una belleza. La voy a llevar a bailar y a cenar —tenía la vista fija en Meg y ella no pudo evitar mirarle, pero casi inmediatamente apartó la vista.

Meg no pudo dormir bien por la noche. Era su último día en Holanda. Al cabo de unas horas se marcharían de Amsterdam y eso le alegraba. No estaba segura de lo que había esperado, pero el viaje la había desilusionado. Se levantó más temprano que de costumbre, ansiosa por tener todo listo antes de que regresara Florence al mediodía.

El profesor fue a buscar a Florence a la estación y mientras preparaban la comida el ama de llaves le dijo:

—¿Por qué no se toma unas horas libres esta tarde? Dé ese paseo por los canales o haga algunas compras. Me atrevería a asegurar que nadie le ha preguntado si deseaba tener tiempo libre...

—El profesor Culver ha sido muy amable y me ha llevado al Rijksmuseum, al Dam y a otros sitios una tarde —explicó Meg—. ¿Cree que les importará que salga después de comer? Sería sólo una o dos horas. La cena ya casi está lista y ya he hecho la compra. Anna ha sido maravillosa.

—Váyase, señorita. El señor Ralph se irá después de la comida y las dos señoras estarán descansando. No es necesario que vuelva a la hora del té, aunque sí me vendría bien un poco de ayuda antes de la cena.

—Volveré después de las cinco —aseguró Meg—. ¿Eso será suficiente?

—Sí. En realidad, no me gusta pedírselo, señorita, no me parece correcto que usted sea una ama de llaves. Parece una joven acostumbrada a cosas mejores.

Meg se ruborizó.

—No estoy capacitada para nada —comentó Meg—, y soy muy feliz, tengo un buen trabajo ayudando al profesor en su consultorio en Londres y dispongo de un apartamento.

—No hay nada como un hogar propio, señorita. ¿Qué ha pensado en preparar de cena?

Durante la comida, la charla fue acerca de su viaje del día siguiente. Cogerían el transbordador en Calais por lo que saldrían de Amsterdam después del desayuno. Estarían en Inglaterra a una hora apropiada para que Meg pudiera recoger a *Nelson* y asegurarse de que todo estaba bien.

—Y el lunes a trabajar, Meg —dijo él y ella sonrió, pues había trabajado toda la semana, aunque era probable que él no lo hubiera notado.

Meg ayudó a fregar los platos y después se dirigió a su habitación, se puso una falda y cogió el abrigo. Tenía menos de tres horas, pero sabía con exactitud lo que iba a hacer. Siguió el mismo camino que cuando salió con el profesor. No llegó hasta el Rijksmuseum, sino que se dirigió hacia el Munt Plein y de pronto se encontró en Kalvestraat. El profesor le había dicho que en una época fue la calle de moda para hacer compras, pero ahora la mayoría de las tiendas eran para adolescentes, aunque también había librerías, una o dos boutiques y algunas siniestras tiendas de pornografía. Meg recorrió la calle y llegó al Dam. Se dirigió a Bijenkorf, pues estaba segura de que allí encontraría algo para sus hermanas, la señorita Standish y Mary Giles.

Después de mucho buscar compró unos cuencos de cerámica Delft Blue para Doreen y Cora, unas cajas de bombones para la señora Giles y la señorita Standish y unos puros holandeses para Percy. A Betsy le llevó dulces y una bufanda de lana. Feliz con sus compras, llegó al Damrak más cercano y compró un boleto para coger uno de los barcos que estaba a punto de partir. No era un día propicio para pasear, pues el viento era fuerte y el cielo estaba gris, sin embargo, los botes estaban cubiertos y con temperatura agradable. Meg se sentó junto con otras personas y oyó al guía hablar en tres idiomas. Volvió al embarcadero llena de información, la cual esperaba recordar. Todo había sido demasiado rápido, deseaba admirar las casas antiguas y observar con detenimiento los estrechos canales. Decidió tomar un café y entró en una de las cafeterías cercanas al Dam Palace. Deseaba quedarse allí un buen rato, observando pasar a la gente, mas ya era hora de volver.

Anna abrió la puerta y cuando Meg entró en el vestíbulo, el profesor salía del salón.

—¿Dónde ha estado? —preguntó el profesor.

—He tenido la tarde libre.

— En otras palabras, que no me meta en lo que no me incumbe, ¿no es así? — Meg no respondió y después de un momento él dijo un poco enfadado—. Creía que íbamos a recorrer los canales esta noche... le dije que yo la llevaría.

— Ya he ido esta tarde. El recorrido es muy interesante.

El profesor entornó los ojos, se volvió y entró en el salón. Meg se dirigió a su habitación para ponerse el vestido gris, mientras trataba de adivinar el motivo por el que su jefe parecía furioso.

Cuando estaba en la cocina, Florence declaró:

— Al señor Ralph siempre le ha gustado este bizcocho y se lo preparo cuando viene de visita.

— ¿Lo hace a menudo? — preguntó Meg.

— Por fortuna, sí. A pesar de que es un caballero muy ocupado, se sorprendería al enterarse de las veces que se queda en casa para pasar la noche con su abuela. La quiere mucho y también a su madre. Desde que el abuelo y el padre murieron, se encarga de todos sus asuntos, que son muchos. Él es amable... ayuda a cualquiera... se sorprendería si se enterase de los puestos de trabajo que ha creado sólo para dar a alguien la oportunidad de ganarse la vida honradamente. Está ese Percy en Londres y el jardinero de Much Hadham, así como los hombres de la granja que posee en Friesland.

En su mente, Meg dijo que Florence podría añadirla a su lista y sintiendo una ira repentina decidió buscar otro trabajo en cuanto que volvieran a Londres, aunque cuando tuvo que reconocer que en ningún sitio estaría tan bien como con él, se le pasó la ira.

Se puso su traje rosa y se dirigió al salón para encontrarse con los demás. El profesor servía las bebidas y su cortesía la dejó paralizada. No había señales de su ira anterior. Charlaron acerca del viaje del día siguiente, de Amsterdam y sus encantos.

Meg se quedó desconcertada cuando la abuela señaló:

— Eres una buena chica, Meg. Me gustaría mucho que vinieras otra vez.

Meg respondió que le gustaría conocer más cosas de Holanda y que en avión el viaje duraba menos de una hora, aunque ella nunca había viajado así.

Durante la cena, el profesor fue amable y divertido. Cuando iban a tomar el café, entró Anna para comunicarle que tenía una llamada telefónica. Al volver, explicó:

— Era Julie para preguntarme si iría a tomar una copa y a despedirme. ¿Me perdonas, abuela? Te prometo que volveré antes de que te vayas a la cama — negó con la cabeza cuando Meg le ofreció una taza de café.

Dio un beso en la mejilla a la anciana y se fue.

— Pensé que él había dicho algo respecto a llevarla a pasear por los canales esta noche, querida — dijo la señora Culver.

–Sí, pero ahora me alegro de haberlo hecho yo sola pues si no, él no habría podido visitar a sus amigos – la voz de Meg era tan tranquila como de costumbre.

Charlaron hasta que la señora Culver dijo:

– Todavía tengo que hacer mi maleta y eso me desagrada mucho – miró a Meg, quien enseguida dijo:

– Yo me encargaré de eso. ¿Qué quiere que le deje fuera para el viaje?

Terminó de hacer la maleta de la señora Culver y miró su reloj, eran las once y la casa estaba en silencio. Cuando llegó a la puerta, entró la señora Culver.

– ¿Ya has terminado, querida? ¡Qué amable eres! Voy a irme a la cama, pues tenemos que salir temprano.

Se dieron las buenas noches y Meg se dirigió al salón. La dama mayor ya se había ido a su dormitorio y quería asegurarse de que las luces estuvieran apagadas.

Una lámpara de mesa estaba encendida y el profesor se hallaba sentado en la penumbra. Cuando Meg se detuvo, sorprendida, él se puso de pie.

– ¿Dónde ha estado? – preguntó él.

– Haciendo la maleta de su madre, profesor. He venido para apagar las luces, pero sin duda usted lo hará cuando se vaya a la cama.

Meg se volvió para irse. De pronto, el profesor se acercó a ella y la miró a los ojos.

– Recatada e impasible – dijo antes de besarla con pasión.

Capítulo 8

Meg se apartó de él y, olvidando que pensaba ir a la cocina para ayudar a Florence, corrió a su habitación y se sentó en la cama, abrumada por una multitud de sensaciones. Su cabeza le decía que debía ignorar el beso, mas su corazón lo negaba. No estaba segura de por qué él la había besado. No podía haber disfrutado del momento, puesto que la había llamado recatada e impasible y eso era algo que ella siempre recordaría.

Se desnudó, se metió en la cama y comenzó a llorar. Que Julie o esa joven inglesa le conquistaran, pues él sería un mal marido. Sollozó durante mucho tiempo antes de dormirse y despertó con dolor de cabeza y la nariz roja. Se dio una ducha y trató de ocultar lo más posible el color de su nariz. Bajó a la cocina, donde Florence ya estaba muy ocupada.

—Siento lo de anoche —comenzó a decir Meg—. Tenía la intención de venir para ayudarla, pero... me retrasé.

Florence observó el semblante de la joven.

—No se preocupe, señorita... Anna ha llegado temprano y ya está todo recogido. ¿Quiere llevar el té a la señora Culver? No quisiera molestarla —miró el reloj—. No hay mucho tiempo. El señor Ralph desea salir a las nueve en punto.

Cuando Meg entró en la habitación de la señora Culver, la dama se quejó:

—¡Tan temprano! No sé por qué Ralph no quiere salir más tarde, seguramente no trabajará el lunes —miró a Meg—. ¿Querida, se siente bien? Parece como si no hubiera dormido. ¡Qué mujer tan egoísta soy, sin duda está levantada desde hace horas! —se sentó en la cama—. Dígame lo que puedo hacer para ayudar. Nunca estaré lista para emprender el viaje y Ralph se enfadará.

Meg le sirvió té.

—Si se baña en cuanto termine el té, le traeré la bandeja con el desayuno y lo único que le faltará es vestirse.

—¡Es un tesoro! Quiero tostadas y un poco de miel...

Florence dispuso la mesa para dos y a Meg no le gustó la idea de desayunar con el profesor, pero si no lo hacía, él se daría cuenta de que le había importado mucho lo que le había dicho y eso era lo último que ella deseaba. Él ya estaba sentado a la mesa y se puso de pie hasta que ella se acomodó, le dio los buenos días con su habitual frialdad, le pasó una tostada y le ofreció café.

Meg no sentía hambre, pero comió todo lo que pudo e intercambió comentarios con él con su calma habitual. Después, miró el reloj y se excusó.

—¿Escapando, Meg?

—No... voy a llevar el desayuno a la señora Culver. Está ansiosa por no hacerle esperar —le sonrió y se puso de pie. Abrió mucho los ojos, con inocencia—. ¿De qué iba a escapar? —salió y cerró la puerta al oírle reír.

Se pusieron en marcha a las nueve en punto y antes de irse, Meg fue a despedirse de la abuela del profesor, quien todavía estaba en la cama, sentada y envuelta en un chal blanco. La dama le pidió que se acercara.

– Eres una buena chica y un ama de llaves espléndida. No te has divertido como debe hacerlo una joven de tu edad, pero ya lo harás. Puedes besarme.

Meg la miró sorprendida, puesto que creía que la señora no había advertido su presencia más de lo que los buenos modales exigían.

– Me alegro mucho de que Florence haya tenido vacaciones y yo haya podido ayudar – dijo Meg y sonrió –. Ella es una persona maravillosa. He disfrutado mucho mi estancia aquí y la recordaré siempre – besó la suave mejilla.

– Envíame a ese nieto mío para que pueda despedirme – pidió la señora.

El profesor estaba metiendo el equipaje en el maletero. Meg suspiró y le dio el mensaje de la anciana.

Ralph se dirigió a la habitación y en silencio, se sentó en el borde de la cama de la mujer.

– No te ha parecido suficiente, ¿verdad, abuela? Vendré dentro de un par de días durante la Pascua.

– Hazlo, querido, no sabes lo bien que lo paso cuando vienes. Esa chica tuya es un tesoro.

– Sí, lo es, mas no es mi chica.

La mujer mayor colocó su mano sobre la de él.

– Anhele volver a verte, Ralph. ¿No ha sido Julie la elegida, querido?

– No abuela. Creo que soy imposible de agradar.

– No existe la palabra imposible – aseguró la anciana –. No olvides despedirte de la nana.

La carretera estaba casi vacía y el Rolls recorrió los kilómetros con rapidez. Se detuvieron a tomar café y Meg apreció la media hora que pasaron en la cafetería. Había permanecido sentada en el asiento delantero y le resultó difícil charlar con el profesor. Cuando volvieron al coche, Meg sugirió que la señora Culver fuera delante.

– ¡Santo Dios, no! Atrás no puede ver el velocímetro. Si voy a más de sesenta kilómetros por hora siento palpitaciones – explicó el profesor.

Cogieron el transbordador en Calais y, después de pasar la aduana, al llegar a Inglaterra cogieron la carretera M2, cruzaron el Blackwall Tunnel y se dirigieron hacia el norte, hasta Hertfordshire. Él había prometido que estarían en casa a la hora del té y así fue.

A Meg, su antigua casa le pareció encantadora cuando estuvo ante ella. El jardín había recobrado su aspecto anterior y florecían margaritas y tulipanes. Betsy abrió la puerta y Kate se acercó para darles la bienvenida.

Tomaron el té en el salón, con la chimenea encendida, mientras *Silky* movía la cola. Poco después, el profesor se despidió de su madre, condujo a Meg hasta el coche y se dirigió a su casa.

Meg volvió la cabeza para mirar la cabaña cuando pasaron por delante de ella. El jardín estaba precioso. Al llegar a la casa del profesor, Trugg los recibió, al igual que *Lucky*, quien estuvo a punto de tirar al suelo a Meg al saludarla. Los bull terriers, más dignos, se acercaron a su amo.

Cuando entraron en el vestíbulo, la señora Trugg salió a su encuentro y quiso saber si el viaje había ido bien y si querían comer algo.

—No —respondió el profesor—, hemos tomado té en casa de mi madre. Debemos continuar el viaje.

—Entonces, querrán a *Nelson*... ya está listo y le gustará verla. Ha sido muy bueno, pero la ha extrañado, señorita Trugg lo traerá. ¿Va a venir este fin de semana, profesor?

—Sí, señora Trugg y es probable que venga una noche durante la semana. Le avisaré.

Meg abrazó a *Nelson* antes de que lo colocaran en el asiento posterior. *Lucky* también quería subir al coche.

—Ahora no —dijo Meg—. Te veré durante el fin de semana —se subió al coche mientras el profesor se despedía de sus perros.

Meg se puso a pensar en todo lo que tendría que hacer al llegar a su apartamento pero la voz de su jefe interrumpió sus pensamientos.

—Llegaré temprano por la mañana, Meg. Esté lista a las ocho y media.

—Sí, profesor.

Viajaron en silencio hasta llegar al consultorio, entonces, Meg habló:

—Gracias por ir a visitar a *Nelson* y por traerme. Quiero que sepa que lo he pasado muy bien durante mi estancia en Holanda.

—¡Ah! —exclamó él y se bajó del coche. Cogió a *Nelson* y la maleta de Meg—. Adelante.

El apartamento estaba frío. El profesor cerró la puerta principal y dejó a *Nelson* en el suelo y llevó la maleta hasta el dormitorio. Luego encendió la calefacción. Meg estaba pensando si debía ofrecerle una taza de café cuando él habló:

—Cuando dé de cenar a este animal nos iremos.

Meg se volvió para mirarle.

—¿A dónde?

—A mi casa, por supuesto. Rosie tiene la cena lista para nosotros.

Meg comenzó a desabrocharse el abrigo.

— Profesor Culver, estoy segura de que quiere ser amable, pero le encuentro un poco autoritario. Hasta este momento no me he enterado de que iba a cenar con usted. Me gustaría que me hubiera preguntado si quería hacerlo.

— ¡Para pensar en algún pretexto para negarse! Su opinión acerca de mí puede ser baja, pero espero que me quede el vestigio de los buenos modales. ¿Espera que la deje aquí degustando una lata y tomando té sin leche?

— Bueno, sí... Me ha parecido que ha estado de mal humor todo el día y suponía que querría librarse de mí lo antes posible.

Él entró en la cocina y abrió un armario. Sacó una lata de comida para el gato y comenzó a abrirla. Cuando *Nelson* empezó a comer, el profesor dijo:

— Lo siento. ¿Hacemos las paces?

Meg le observó y señaló:

— Está muy cansado. ¡Qué desconsiderada soy! Por supuesto que iré, se sentirá mejor cuando haya comido. Ha conducido mucho y hoy se ha levantado muy temprano.

Meg apagó la luz de la cocina y no notó la mirada de él mientras la observaba. Ella también estaba fatigada, sin embargo, cuando él le sonrió, su cansancio desapareció.

El profesor apagó todas las luces, menos una lámpara de mesa y comenzó a abrocharle el abrigo. Ella se quedó rígida como una estatua, temiendo no poder evitar rodear con los brazos su cuello.

Cuando llegaron a la casa del profesor, Rosie los esperaba. Si se sorprendió al ver a Meg, no lo demostró. Mientras acompañaba a Meg a lavarse comentó:

— El profesor nunca descansa, siempre tiene algo que hacer. Necesita una esposa que le mantenga en su hogar y que procure que coma bien — se indignó—. Y no me refiero a esas mujeres que entran y salen de los mejores restaurantes. Él merece algo mejor.

Meg estuvo de acuerdo y se dijo que lucharía por conseguirlo, aunque no tuviera muchas esperanzas.

La joven se tomó el jerez que él le sirvió. Se sentó y le observó tomar su whisky con soda.

— La señora James y Nancy van a visitarme mañana por la mañana. La niña ya ha recibido el tratamiento y deberá permanecer en casa durante un par de semanas; después volverá a Maud's.

Meg se dio cuenta de que la mente del profesor ya estaba en lo que tendría que hacer al día siguiente.

— ¿Ha tenido éxito el tratamiento? — preguntó Meg.

Él comenzó a hablarle acerca de ello y ella escuchó con atención, aunque mucho de lo que decía no podía comprenderlo. De pronto, en medio de una frase, él hizo una pausa y preguntó:

—No ha entendido mucho de lo que he dicho, ¿no es así? Debo pedirle perdón por aburrirla —y añadió con enfado—: No sé por qué le he explicado todo esto.

—Necesitaba hablar acerca de su trabajo y yo estoy aquí... si fuera su madre o alguna de sus... amigas, haría lo mismo.

—¡Santo Dios, no! —exclamó él—. Por supuesto que no hablaría de esto con mi madre y cualquier otra persona se aburriría muchísimo.

Al oírle, Meg decidió salvarle de las garras de alguna esposa egoísta. Sin embargo, el estar decidida no era suficiente.

—¿Qué esta planeando? —preguntó de pronto él.

—¿Planeando? ¿Yo? ¿Podría explicarme con exactitud lo que son los neutrones y los mesotrones?

Ralph dejó su copa y se inclinó hacia adelante.

—¿En realidad quiere saberlo?

Cuando Meg asintió, él se lo explicó con un lenguaje sencillo para que ella pudiera entenderlo y sólo dejó de hablar cuando Rosie entró para avisarles de que la cena estaba servida.

Meg tenía mucha hambre y disfrutó de la deliciosa comida. El profesor insistió en que se sirviera más y habló de diversos temas mientras la observaba con genuino placer.

—Su ama de llaves es una cocinera Cordón Blue, ¿no es así? —comentó Meg—. ¿Le importaría que le diga a ella cuánto me ha gustado la cena? ¡Tenía mucha hambre!

—Rosie se sentirá encantada. Me temo que pocas veces recuerdo decirle lo bien que cocina. ¿Tomamos el café en el salón?

Meg podría haber estado horas sentada cerca de la chimenea, sin hablar mucho, sólo disfrutando de la compañía del profesor, pero en el vestíbulo había visto una pila de cartas cuando entraron en la casa y suponía que él deseaba leerlas en paz... y probablemente llamar por teléfono a aquella chica con la que salía para comunicarle que había vuelto.

—Creo que ya es hora de irme, profesor... tengo que sacar mi ropa de la maleta, atender a *Nelson* y otras muchas cosas... ha sido una velada maravillosa.

—Es un placer, Meg —él habló con frialdad y no hizo ningún esfuerzo por detenerla.

La compañía del gato no pudo mitigar la soledad que Meg experimentó cuando su jefe la dejó en el apartamento y se fue. La joven se entretuvo preparando sus cosas para la mañana siguiente y después se fue a la cama. Al día siguiente volvería a verle, mas no sería lo mismo.

Por la mañana, entregó sus regalos a la señorita Standish y a la señora Giles y bajó para entregarle sus puros a Percy. Cuando el profesor llegó, estuvo amable con todos y un poco lejano. A Meg la trató con poco entusiasmo.

La señora James y Nancy fueron los primeros pacientes en llegar, cuando se fueron y Meg estaba archivando el expediente, trató de descifrar la escritura casi ininteligible del profesor y descubrió que él estaba satisfecho con el progreso de la niña y que al cabo de unos días ella recibiría la otra parte del tratamiento.

Fue un buen comienzo del día. Los pacientes iban y venían y poco antes de la hora de la comida, el profesor se fue al hospital. No regresaría hasta las tres, por lo que la señora Giles salió y también la señorita Standish. Meg subió a su apartamento a comer, lavar la ropa y soñar despierta. El teléfono interrumpió sus fantasías, era Doreen que quería saber por qué no había llamado nada más llegar. Meg le habló brevemente respecto a su estancia en Amsterdam. No mencionó la cena con el profesor y, asegurando que estaba muy ocupada, colgó con la promesa de que le llamaría más tarde.

Al final de la jornada se sentía como si no hubiera hecho el viaje. La semana transcurrió con normalidad, si bien podía contar con los dedos de las manos las pocas veces que el profesor le dirigió la palabra.

Hacia finales, él fue a Bristol para dar una conferencia y Meg tuvo tres días casi libres hasta que él regresó por la tarde para ver a un paciente. La joven cogió un autobús para ir a Harrods y se compró una chaqueta a juego con su falda. También eligió zapatos y decidió volver antes de gastar demasiado dinero.

En el consultorio enseñó sus compras a la señorita Standish y dio vueltas alrededor de la sala de espera, abrazando la ropa. Cuando el profesor regresó, ella ya estaba sentada ante su escritorio, muy seria y daba la impresión de que no quería que nadie advirtiera su presencia.

El viernes por la tarde él se detuvo para preguntarle:

—¿Le gustaría ir a la cabaña el fin de semana, Meg? La recogeré antes de la una.

Ella tuvo que darse mucha prisa para estar lista, pues el último paciente estuvo bastante tiempo en la consulta. Subió a su apartamento, guardó lo necesario en el maletín, se puso la falda y la chaqueta nueva, así como los zapatos que se había comprado y metió a *Nelson* en su caja. Estaba cerrando la puerta principal cuando llegó el profesor y minutos después estaban en camino.

Meg presintió que él no quería charlar, por lo que permaneció en silencio. Casi al llegar, él dijo:

—Es la única mujer que conozco que no charla, Meg. Algunas veces me preguntó qué está pensando.

Para sí se dijo que era bueno que él no supiera lo que pensaba y en voz alta manifestó:

—Oh, en esto y aquello —y volvió a guardar silencio.

Cuando llegaron a la cabaña, él abrió la puerta y cogió a *Nelson*.

— La recogeré mañana a las seis — comentó el profesor y se fue.

Meg vio desaparecer el coche. Él estaba frío y distante con ella, pues a la señorita Standish y a la señora Giles las trataba como siempre.

Entró en la cabaña y se entretuvo en limpiarla mientras llegaba *Lucky*. Fue Trugg quien lo llevó y se quedó a charlar unos minutos. Le informó que el profesor tendría invitados ese fin de semana.

— Eso será bueno para él, necesita relajarse después de una semana de intenso trabajo — dijo Meg a la ligera y sonrió, mientras mentalmente despedazaba a la joven rubia.

Ya había ido a Much Hadham a hacer la compra y estaba atendiendo el jardín cuando pasó un coche deportivo rojo. La muchacha conducía y nadie iba con ella. Luego pasó un BMW con cuatro personas. Meg entró en la cabaña y se preguntó lo que el profesor estaría haciendo.

A la mañana siguiente, Meg despertó al amanecer. Algo la sacó de su sueño, se sentó en la cama y escuchó con atención. Alguien trataba de poner en marcha un coche en el camino. La joven se levantó de un salto. Se puso la bata y las zapatillas y se asomó por la ventana de la sala. Quienquiera que fuera parecía desesperado y además del ruido del vehículo podía oír un suave quejido. Abrió la puerta y se dirigió hacia la carretera.

Un coche viejo estaba aparcado con el capó abierto. Un hombre parecía estar revisando el motor. Los quejidos provenían del interior del vehículo y Meg tocó al hombre en el brazo.

— ¿Qué sucede? — preguntó la chica.

Era un joven con expresión muy preocupada.

— Mi esposa... la llevo al hospital en Bishop's Stortford, pero el coche se ha roto y ella está segura de que el bebé ya viene.

Meg observó el semblante pálido del hombre y metió la cabeza por la ventana. Una muchacha estaba en el asiento de atrás y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

— Ayúdeme... sé que el bebé está a punto de nacer y tengo mucho frío...

— ¿Puede andar unos cuantos metros? — preguntó Meg y se volvió hacia el hombre —. Lleve a su esposa a la cabaña, yo me adelantaré a preparar la cama.

No esperó para ver si él estaba de acuerdo, corrió hacia la casita, colocó una sábana sobre la colcha y apiló otras sobre una silla. Encerró a los animales en la cocina y abrió la puerta para que el hombre entrara. La joven estaba aterrada. Meg le quitó el abrigo que llevaba sobre el camión y la bata, la acostó y le pidió al hombre que la acompañara mientras ella corría hacia la casa del profesor. Las seis de la mañana no era la hora ideal para llamar a una puerta, pero necesitaba ayuda.

La casa estaba en silencio y un viento frío soplaba entre los árboles que la rodeaban. Meg corrió hacia la puerta y llamó. Trugg abrió con expresión somnolienta.

— ¿Qué sucede, señorita Collins? Entre y siéntese...

— No hay tiempo, Trugg, quiero hablar con el profesor Culver...

— ¿Es algo urgente? — preguntó Ralph desde la escalera. Incluso con bata y pijama él era capaz de controlar cualquier situación.

— Debe venir conmigo — contestó Meg—. Hay una mujer en la cabaña, su coche se ha roto, va a tener un bebé y no estoy segura de lo que debo hacer. Usted es médico...

El profesor sonrió un poco. Habían transcurrido varios años desde que, siendo estudiante de medicina, ayudó a llegar al mundo a un bebé.

— Traeré mi maletín — dijo él con calma y momentos después andaba con rapidez por el sendero, con Meg a su lado.

La hora siguiente fue tan activa que Meg no se enteró muy bien de lo que estaba sucediendo. El profesor emanaba confianza y calma. Calmó a la joven y sugirió que el hombre se sentara junto a su esposa y le cogiera una mano. Luego dio órdenes a Meg con voz tranquila, como si traer bebés al mundo en la cabaña fuera algo que hiciera todos los días.

Meg extendió una sábana doblada para recibir al bebé, un varoncito, que lloraba con vigor.

— Entrégueselo a su madre... — ordenó el médico—. Detenga estos fórceps — y con impaciencia añadió —: no los mueva...

Meg resistió el deseo de soltar todo y salir. Sentía mucho frío y acababa de pasar el susto más grande de su vida. Controló las lágrimas y apretó los dientes.

El profesor añadió:

— Bien, suéltelos. ¿Podrá prepararnos una taza de té?

Sin pronunciar palabra Meg se dirigió a la cocina y mientras hervía el agua, dio el desayuno a *Nelson* y a *Lucky*. Cuando llevó la bandeja con el té al dormitorio, el profesor estaba sentado en la cama y discutía con los padres el nombre del niño. Meg lo amaba mucho, pero en ese momento deseó golpearlo.

Sirvió té para todos y escuchó cómo el matrimonio le daba repetidamente las gracias. La chica terminó su té y se dio cuenta de que él la observaba.

El profesor dijo:

— Si ya ha terminado, Meg, ¿podría ir a la casa y pedir a Trugg que telefonee pidiendo una ambulancia? Dígale que avise que es urgente y que después llame al hospital y comuniqué que la señora Pitt va en camino con un recién nacido... Póngase un abrigo o se morirá de frío.

Trugg estaba ansioso y abrió la puerta antes de que Meg oprimiera el timbre. Llamó a la ambulancia, buscó el número telefónico del hospital y le entregó el auricular a Meg.

— ¿Quién habla? — preguntó una voz al otro lado de la línea.

— Meg Collins, de parte del profesor Culver. Un bebé ha nacido en su cabaña.

— Dígale que estaremos preparados. ¿Vendrá él con la paciente?

— No lo sé. Le pediré que se comuniquen con ustedes tan pronto como pueda dejar a la señora Pitt.

Trugg la miró con semblante paternal.

— No ha debido salir corriendo de esa forma, señorita... ¡podría coger una pulmonía y morir! Venga a la cocina y mi esposa le preparará algo caliente.

— Creo que el profesor espera que vuelva ahora mismo, gracias Trugg — respondió Meg—. Espero no haber despertado a todos.

— Despertaron y se les llevó té; pero me atrevería a decir que en este momento todos duermen otra vez.

— Gracias, Trugg — dudó un momento—. El profesor tendrá frío y estará cansado cuando vuelva... yo no puedo sugerírselo, pero a usted sí le escucharé... si pudiera convencerle para que se ponga ropa de abrigo y desayune...

Trugg sonrió.

— Mi esposa y yo nos encargaremos de que lo haga.

— Gracias, Trugg.

— Gracias a usted, señorita, y creo que usted necesitaría hacer lo mismo.

El profesor todavía estaba sentado en la cama cuando Meg volvió. El dormitorio estaba muy desarreglado y pensó en el trabajo que tenía por delante. Recogió las tazas del té, después de asegurar a su jefe que la ambulancia estaba en camino. Sentía tanto frío que las tazas chocaban contra la bandeja mientras las llevaba a la cocina.

Cuando llegaron los hombres de la ambulancia, Meg estrechó las manos del señor y de la señora Pitt y se retiró a un rincón para no estorbar. El nene aún lloraba. Meg lo había envuelto en mantas y la pequeña manita había atrapado su dedo, oprimiéndolo con fuerza. Meg sonrió y el profesor, quien la observaba, también sonrió.

La ambulancia se marchó y Meg cogió una bolsa de plástico y empezó a llenarla con las sábanas. Le sorprendió mucho cuando el profesor le quitó la bolsa y terminó de hacer el trabajo.

— Me llevaré esto a la casa y enviaré a Winnie, la doncella para que le ayude — aseguró Ralph y cuando ella protestó, añadió—: No discuta conmigo. Dese una ducha caliente y abriguese — se dirigió a la puerta, pero antes de salir se detuvo—: Lo ha hecho muy bien — su voz reflejaba afecto—, de todas formas no esperaba otra cosa de usted.

Cuando el profesor llegó a su casa le dijo a Trugg:

– Pida a Winnie que vaya a la cabaña y ayude a la señorita Collins.

– Ahora mismo, señor Ralph. La señorita me ha pedido que me encargara de que se diera una ducha caliente, se abrigara y desayunara.

El profesor miró a Trugg.

– ¿Ella ha dicho eso? Dile a Winnie que se encargue de que la señorita Collins venga a desayunar aquí... ¿Crees que la señora Trugg podría prepararnos una comida en... digamos media hora?

– Dentro de media hora estará listo el desayuno, señor y ahora enviaré a Winnie.

Meg estaba poniendo sábanas limpias en la cama cuando la doncella llegó.

– Debe darse una ducha, vestirse e ir a la casa a desayunar. El señor ha dicho que en media hora. Arreglaré este lugar... debe de estar helada. Yo hubiera sentido mucho miedo...

– Bueno lo sentí. Gracias, Winnie, ¿tienes tiempo disponible?

– Dios la bendiga, señorita. En la casa está Mary para llevar las bandejas a los dormitorios. Yo he desayunado hace una hora.

Meg se duchó y se puso la falda y la chaqueta nueva; después de pedir a Winnie que vigilara a los animales corrió a la casa. El profesor abrió y condujo a su invitada al comedor.

– Así está mejor – comentó él –, aunque debo decir que la favorece mucho el camisón.

Meg se ruborizó.

– No tuve tiempo de vestirme.

– No... y eso me alegra – Trugg colocó los platos ante ellos –. Ahora, huevos, bacón, tostadas, café... parece que la señora Trugg cree que necesitamos alimentarnos.

La comida estuvo exquisita y cuando Meg miró el reloj, se puso de pie.

– Debo irme... gracias por el desayuno y por enviar a Winnie.

Ralph la acompañó hasta la puerta.

– Esta tarde iré a Bishop's Stortford, sólo debo hacer una visita... me gustaría que viniera conmigo.

– ¿Y sus invitados?

– Ellos también pueden ir si lo desean, aunque no lo creo posible. La recogeré antes de las dos – se inclinó y la besó con suavidad en la mejilla. Añadió con voz suave –: ¡Por favor, Meg!

– Sí, de acuerdo.

Cuando volvió, la cabaña estaba en orden, salió a pasear con *Lucky* y después comió.

El profesor llegó cinco minutos antes de lo acordado, llamó a la puerta y entró.

—Voy a llevar a *Ben* y a *Polly* y no veo el motivo por el cual no pueda venir también *Lucky*. Sólo estaremos allí una hora.

Apenas había unos cuatro kilómetros a Bishop's Stortford. El profesor aparcó el coche en el aparcamiento de los médicos.

—Tengo amigos aquí —explicó él y condujo a Meg hasta la unidad de maternidad.

La señora Pitt estaba en una cama y tenía el aspecto de una joven muy hermosa. Meg le ofreció unas flores que había recogido en el jardín y caminó hasta el pie de la cama para admirar al bebé que estaba en su cuna. El profesor habló con la señora Pitt, hasta que llegó una enfermera y él se fue con ella, excusándose. Cinco minutos más tarde volvió y sugirió que tal vez el señor Pitt quisiera caminar por el jardín del hospital.

Meg se quedó al lado de la señora y hablaron acerca de la ropa del nene y la cuna.

—No es que podamos comprar una —comentó la madre—. Ned no tiene trabajo y el casero nos va a subir el alquiler la semana que viene.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Meg. Tal vez aceptarían dinero o un préstamo.

El profesor volvió y dijo a Meg que había llegado la hora de irse. Durante el trayecto de vuelta, ella estudió su semblante sin que él se diera cuenta. Meg se estaba bajando del coche ante la cabaña cuando pasó el deportivo rojo a toda velocidad.

—Allí va uno de sus invitados... la chica —comentó Meg.

Él se bajó y abrió la puerta a *Lucky*.

—Se va, ya nos hemos despedido. Venga a tomar el té a las cuatro y media, Meg... me gustaría que conociera a mis amigos.

—Preferiría no ir, si no le importa.

—Sí me importa. Le gustarán —se subió al coche y se fue sin esperar respuesta.

Después de pasear a *Lucky*, Meg se dirigió hacia la casa. Su jefe parecía decidido a mostrar su lado encantador. Le presentó a los cuatro invitados, explicando que eran viejos amigos y que habían estudiado juntos. Sus esposas eran muy simpáticas, ninguna una beldad, aunque sus atuendos eran impecables. A Meg le agradaron y le sorprendió que no se parecieran a la joven del pelo rubio.

Cuando volvió a la cabaña, Trugg fue a buscar a *Lucky* y minutos después llegó el profesor, todavía amable, aunque pensativo.

Al llegar al apartamento subió a *Nelson* y se quedó en el centro de la habitación. Meg le preguntó si deseaba una taza de café y cuando él la rechazó, ella añadió:

– Me alegro mucho de que la señora Pitt se encuentre bien. ¡Fue una suerte que el coche se rompiera frente a la reja! Él no tiene trabajo y el casero les va a subir el alquiler. ¿Lo sabía?

– Sí, tuvimos una charla – respondió el profesor y se sentó –. Después de todo, sí voy a aceptar esa taza de café, Meg.

Mientras saboreaban el aromático líquido, el profesor estuvo encantador y Meg se sentía muy feliz. No sólo le amaba, le caía bien, y por el momento, él le daba la impresión de que ella también le caía bien a él. Él se puso de pie.

– Tengo mucho trabajo pendiente. No deseo irme, pero debo hacerlo.

Meg le acompañó hasta la puerta con la esperanza de que volviera a besarla. No lo hizo, pero cuando salía se volvió y añadió:

– El señor Pitt es especialista en granjas y le he contratado como jardinero. Podrán vivir en la cabaña. Estaré libre el miércoles por la tarde y la llevaré para que recoja sus cosas. Trugg las guardará en el ático.

Se marchó dejando a Meg perpleja.

Capítulo 9

Meg cerró la puerta despacio, recogió la bandeja con las tazas vacías del café, la llevó a la cocina y se sentó a pensar.

Por supuesto que tenía sentido... el profesor le había ofrecido la cabaña hasta que la necesitara para un jardinero. Para él, con sus elegantes casas, era un asunto trivial. Después de todo, el hogar de Meg era el apartamento. Contuvo la respiración y pensó que cualquier día él podría despedirla y tendría que mudarse y buscar otro trabajo. Él no haría eso, pues era un hombre bueno, aunque con ella no había sido muy amable... Por otro lado, había aportado la ayuda que necesitaban los Pitt, ofreciéndoles casa y trabajo. Algo en lo que no trataba de pensar subyacía en el fondo de su mente. Tal vez la rubia había hecho que actuara de esa forma el profesor... si iba a casarse con él, quizá se oponía a que ella estuviera en la cabaña.

Controló las lágrimas y dijo a *Nelson*:

— ¡Creía que podría hacer algo al respecto! Creía que iba a competir con ella y mira dónde estoy... y si a ella no le agrada la idea de que yo pase el fin de semana en la cabaña, seguramente tampoco le gustará que viva aquí. Será mejor que empecemos a buscar apartamento.

El lunes fue como todos. Hubo muchos pacientes y llamadas telefónicas. El profesor no fue diferente, la saludó y empezó su trabajo del día. No mencionó la cabaña y ella no esperaba que lo hiciera.

Al final de la jornada, cuando Meg subió a su apartamento, buscó en el periódico, en la sección de apartamentos y comprobó que los alquileres eran fabulosos. En ese momento telefoneó Doreen. Esta ya era jefa de enfermeras y tenía mucho que contar por lo que hizo pocas preguntas a su hermana. Meg había decidido no decir una palabra de lo ocurrido. Esperaría para ver qué sucedía.

Quizá el profesor quisiera que se quedara. Proponerle pasar los fines de semana en la cabaña había sido un gesto amable. Parecía irónico que con los Pitt se hubiera ocasionado un problema.

El martes fue un día tan ocupado como el lunes. Cuando el último paciente se fue el miércoles por la mañana y Meg estaba arreglando el consultorio, el profesor asomó la cabeza por la puerta.

— Volveré a la una y media —no esperó respuesta. Meg contó a la señora Giles lo sucedido con la cabaña.

— La extrañarás —observó la señora—. Por suerte es primavera y los parques comienzan a tener un aspecto encantador... además tienes el apartamento.

— Hay muchas cosas en Londres que debo ver. El domingo es un buen día para pasear. Por supuesto que echaré de menos la cabaña, pero será un hogar perfecto para los Pitt. El profesor va a ir a su casa esta tarde y me va a llevar a la cabaña para que recoja mis cosas. Los Pitt se mudarán el fin de semana.

Meg subió a su apartamento, no le quedaba mucho tiempo y el profesor odiaba esperar.

Cuando él llegó, la chica le esperaba en la puerta, con una cesta grande, pues tendría que llevar muchas cosas, aunque iba a dejar en la cabaña las sartenes y la loza que había comprado.

— ¿De cuánto tiempo dispondré para recoger las cosas? — preguntó Meg.

— Un par de horas — respondió él con impaciencia —. Trugg irá a buscar lo que necesite guardar... puede llevar el Range Rover. Sugiero que no lleve mucho al apartamento.

— No... sólo algunas piezas de porcelana y plata.

El resto del viaje transcurrió en silencio.

El jardín estaba precioso después de todo lo que Meg había trabajado en él. Bajó del coche y negó con la cabeza cuando el profesor se ofreció a acompañarla. Una vez dentro, se puso a trabajar sin preámbulos.

Oyó ladrar a *Lucky* y al abrir la puerta se encontró con Trugg.

— ¿Es esto todo, señorita? Deje las cosas aquí y yo las llevaré esta noche. He pensado que le gustaría estar con *Lucky* una hora y el profesor Culver dice que vaya a la casa a tomar el té... a las cuatro y media.

Ya eran las tres y Meg dudó, por lo que él añadió:

— Él agradecerá la compañía, señorita.

— Muy bien, Trugg. Llevaré a pasear a *Lucky* y me aseguraré de que todo esté aquí.

Revisó cajones y armarios y dejó todo lo que creyó sería útil para la señora Pitt. Deseaba estar allí cuando llegara el matrimonio, para ver sus caras felices.

Fue a la casa del profesor y Trugg abrió la puerta, Ralph salía de su estudio, seguido por *Ben* y *Polly*.

— ¿Ya ha guardado todo? Tomemos el té.

El profesor habló principalmente acerca de la antigua casa de Meg y ella se dio cuenta de que le estaba haciendo preguntas. Deseaba saber si extrañaba la casa, si prefería vivir en el campo o en Londres, si disfrutaría viviendo en Londres llevando una vida diferente, asistiendo a teatros, cenas y otras actividades.

Meg le respondió con sinceridad.

— Sería maravilloso si pudiera tener un poco de las dos cosas. Usted es de esos afortunados, ¿no es así?

— Sí, y anhelo compartir mi vida con alguien que lo valore.

Meg sintió una fuerte opresión en el pecho.

— ¡Oh, qué bien! — mentalmente envió a la rubia al fondo del mar —. ¿Va a casarse, profesor?

—Sí, lo he pensado. Supongo que debemos irnos... tengo una cita para cenar.

Meg se puso de pie en el acto, lo que hizo que él arqueara las cejas. Se despidió de los perros, sobre todo de *Lucky*, pues tal vez no volvería a verle y se dirigió hacia el vestíbulo, donde Trugg esperaba. También se despidió de él y se subió al coche, pensando que su mundo se derrumbaba. Supuso que en cualquier momento él le diría que ya no necesitaba sus servicios en el consultorio.

Pero eso no sucedió. Él charló acerca de la jardinería en general y también del jardín de Much Hadham. Llegaron a Londres sin que hubiera dicho nada importante. Meg bajó de prisa, pues temía que él le diera otra mala noticia en el último minuto.

Ralph también bajó y subió hasta el apartamento la cesta. Luego le dio las buenas noches.

Cuando llegó el sábado, Meg extrañó no tener prisa para estar lista y emprender el viaje a la cabaña. Cogió un autobús para ir al Victoria & Albert Museum y a pesar de que era un sitio muy interesante, no podía dejar de pensar en Much Hadham. Lo recorrió durante una hora y fue en busca de un lugar para tomar el té. Encontró una cafetería, se tomó una taza de té y emprendió el regreso a casa. No había mucha gente en la calle, era demasiado tarde para los paseantes y muy temprano para las personas que iban al teatro. Llegó al apartamento muy cansada y la recibió *Nelson* pidiéndole su cena. Meg se dijo que ella también necesitaba cenar e irse temprano a la cama. Al día siguiente pasearía por St. James Park y Green Park y por la tarde iría a la iglesia. Podía llamar a Doreen, pero a su hermana no le gustaba que la llamaran cuando estaba de guardia y a principios de esa semana, le había sugerido que lo mejor era que quedaran la semana siguiente. Cora estaba fuera de la ciudad, pasando el fin de semana con sus parientes políticos.

Por la mañana se levantó, llovía, sin embargo, la perspectiva de pasar un domingo encerrada no le traía. Se puso un impermeable, se cubrió la cabeza con un pañuelo y se dirigió Al St. James Park. Allí paseó durante una hora y antes de llegar al Green Park se detuvo a tomar un café. Después volvió al apartamento. Comió unos sándwiches sentada frente a la chimenea, mientras leía el periódico del domingo. *Nelson* estaba sobre sus piernas.

Por la tarde se entretuvo preparando su cena y la mesa como si tuviera invitados, pues eso la mantenía ocupada.

Terminó de cenar y mientras dudaba entre irse a la cama o leer un libro, Doreen la llamó por teléfono.

—¡Hay una fiesta, cariño! —gritó la enfermera—. Es el próximo martes y debes venir. Conocerás a mucha gente y te divertirás. Es a las ocho y media... y ponte algo bonito —antes de que Meg pudiera decir una palabra, añadió casi sin aliento—: Debo irme... te veré el martes.

Meg no quería conocer mucha gente, mas sabía que el quedarse en casa suspirando por el profesor no le haría ningún bien. Ya estaba en la cama y de un salto se levantó para revisar su armario. Se pondría la falda negra de crepé plisado que tenía desde hacía años, porque no estaba pasada de moda... y también una

camisa de satén salmón. Por supuesto que tenía el traje rosa, mas no quería ponérselo nunca.

El lunes estuvo muy ocupada y sólo vio al profesor cuando llegó por la mañana y se fue por la tarde. El martes él permaneció en el hospital todo el día. Meg cenó como de costumbre y se puso la falda y la blusa. Cogió el autobús para llegar al hospital donde trabajaba su hermana. El apartamento de Doreen quedaba a cinco minutos a pie, era moderno y estaba situado en una calle agradable y fácil de encontrar. Meg subió por las escaleras hasta el tercer piso y como la puerta estaba entornada, pasó. Se oía mucho ruido de la habitación del fondo del vestíbulo y una puerta abierta a su izquierda dejaba ver un montón de abrigos sobre las sillas y la cama. Allí colocó el suyo y fue a reunirse con los demás.

La habitación estaba llena de gente. El vestuario de los invitados era muy variado. Meg se detuvo en la puerta, no tenía idea de que Doreen fuera tan moderna y al instante supo que su ropa, comparada con la de los invitados, era inadecuada. Vio que su hermana estaba en el extremo opuesto y se acercó a ella.

Doreen charlaba con varias personas y no vio a Meg. Lucía un ajustado vestido negro y resultaba difícil imaginar que era una jefa de enfermeras. Al ver a su hermana exclamó:

—¡Querida, estás aquí! ¡Ven a conocer a todos! —con preocupación miró la falda y la blusa de Meg, sin embargo ocultó lo que pensaba y sonrió—. Este es Tom... el jefe de cirujanos... él es Ned, uno de los médicos y ella es Marlene.

Meg estrechó sus manos y sonrió mientras Doreen la conducía por la habitación. Le preguntaron en qué hospital trabajaba.

—No soy enfermera, soy la hermana de Doreen.

Le sonrieron y se alejaron. No permaneció sola mucho tiempo, pues un joven colocó un brazo sobre sus hombros.

—Hola, querida... ¿estás sola? —la estudió—. Un atuendo caprichoso, ¿o eres la nana de alguien?

—Soy hermana de Doreen y quítame el brazo de encima, por favor.

—Eres la nana de alguien y éste no es tu escenario. ¿Qué te parece si damos un paseo y tomamos una copa en un lugar tranquilo?

Meg trataba de ver dónde se encontraba Doreen y se puso de puntillas, sin dejar de sentir el brazo del hombre. Era capaz de alejarse de él, pero quizá se trataba de un buen amigo del hospital, además, dos o tres personas se habían vuelto para mirarla y comenzaban a reír.

Al otro lado del salón se abrió una puerta y entró el profesor Culver. Él se detuvo un momento, mirando a su alrededor, sin fijarse en el interés que despertaba. Doreen abandonó a las personas con quienes charlaba y fue a su encuentro. Meg estaba muy lejos para escuchar lo que su hermana decía, notó que el profesor escuchaba con atención, sonreía y contestaba algo. Si él mirara en su dirección... Parecía como si Meg hubiera hablado en voz alta, pues él sonrió, murmuró algo a Doreen y avanzó en dirección a Meg.

No fue necesario que ella dijera nada... sus ojos revelaron todo al profesor.

—Hola, si estás lista, podemos irnos ahora mismo —quitó el brazo del joven del hombro de la chica y le cogió una mano.

—Espere —protestó el joven.

El profesor lo ignoró y se dirigió hacia la puerta, donde Doreen se encontraba.

—¿Nos perdonarás si nos vamos? Debía haberte llamado para comunicarte que no podría asistir esta noche, pero como venía en esta dirección para asistir a una cita he decidido entrar. Llevaré a Meg a casa —apenas dio tiempo a la chica para despedirse de su hermana. En el vestíbulo señaló hacia la habitación con la puerta abierta—. Tu abrigo está allí. Póntelo, y nos iremos.

—¡Acabo de llegar! —exclamó Meg cuando bajaban por las escaleras.

Él se detuvo tan bruscamente que ella casi perdió el equilibrio.

—¿Te gustaría volver? Hubiera jurado que querías que te rescatara...

Meg le miró a la cara.

—¡Oh, así es! Odiaba estar allí... no me parecía a ninguna de esas chicas... ese hombre... él ha creído que era la nana de alguien.

—Mi querida joven, ¿crees eso de verdad? —rió y siguió bajando, cogiéndola de la mano—. Te aseguro que vas muy bien vestida —la acariciante voz del profesor le dio seguridad.

—Ignoraba que usted había sido invitado... allí está un autobús...

El profesor abrió la puerta del Rolls y ayudó a Meg a entrar. Cuando se sentó a su lado preguntó:

—¿Quieres venir a cenar conmigo? Estoy muerto de hambre.

—Ha dicho a Doreen que tenía una cita...

—Una mentira social. Odio comer solo.

A Meg le resultó imposible negarse, además, él no esperaba respuesta, pues ya había puesto el coche en marcha. La llevó a un restaurante muy lujoso y Meg notó aliviada que las otras mujeres vestían con sobriedad y que su ropa no iba en desacuerdo con la de ellas. Suspiró aliviada cuando se sentaron ante una mesa. El profesor disimuló una sonrisa y la observó con un modo amable e impersonal.

—Creo que tomaremos champán. Yo elegiré la cena.

Meg bebió el champán y se sintió feliz charlando con el profesor. Les sirvieron sorbetes antes del plato principal y los ojos de ella se iluminaron.

A causa de la burbujeante bebida habló y rió como si él fuera un viejo amigo. Sólo cuando estaba a punto de irse a la cama recordó eso... y su beso... Él había subido hasta el apartamento con ella, abrió la puerta, encendió la luz y al darle Meg las gracias por la maravillosa velada, Ralph la abrazó y besó con pasión. La joven le correspondió, animada por el champán y la alegría de su compañía.

Antes de quedarse dormida pensó que no podría enfrentarse a él por la mañana.

Sin embargo, cuando estaba sentada ante su escritorio al otro día, el saludo del profesor fue tan frío como siempre. Cuando se fue el último paciente, él le comentó:

—Te gustará saber que los Pitt ya están instalados y el bebé se encuentra bien. *Lucky* pasa con ellos mucho tiempo.

Meg sintió un nudo en la garganta, mas logró responder:

—¡Qué bien! Me alegro mucho.

—Sabía que así sería.

Después de que él se fuera, Meg se dedicó a limpiar el escritorio y a sacar los expedientes de los enfermos que irían por la tarde. Se dijo que era una tonta por amar a alguien tan desagradable como su jefe, luego se corrigió y pensó que no siempre era desagradable y recordó lo sucedido la noche anterior.

Una vez más llegó el fin de semana y Meg decidió ir a Hampton Court, donde hizo todo lo que aconsejaba la guía turística que conservaba en su poder. Al volver a casa avisó a Percy para que pasara las llamadas telefónicas, en caso de que las hubiera.

Estaba preparándose la cena, cuando sonó el teléfono. Tenía una lista de los números telefónicos donde podría encontrar al profesor y al escuchar la angustia en la voz que llamaba desde Maud's, prometió localizarle inmediatamente. Primero llamó a su casa y Rosie le informó que él estaba fuera desde la hora del té. Hasta la cuarta vez que marcó un número telefónico no tuvo éxito. Reconoció la voz que contestaba... era la joven rubia. El número correspondía al área de Londres, por lo tanto, él no estaba muy lejos. Cuando la joven dijo que le daría el mensaje, Meg insistió en hablar con él.

—¿Quién me necesita? —preguntó el profesor en cuanto tomó el auricular.

—En Maud's. Han insistido en que era urgente y les he dicho que si le encontraba, usted llamaría. Habló el señor Wyatt.

—Mi secretario. Gracias —dijo Ralph y colgó.

Meg sospechó que la joven estaría furiosa.

Acababa de escribir a Betsy cuando oyó el timbre de la puerta. Era un poco tarde para que alguien la buscara, mas podría ser Percy para llevarse el cesto de la basura. Abrió la puerta con la cadena de seguridad puesta.

—¿Por qué esa precaución? —preguntó el profesor—. Has debido adivinar que era yo.

Meg quitó la cadena y le dejó pasar.

—No, no lo he adivinado y fue usted quien me ordenó que no abriera nunca la puerta de ese modo. No hay manera de darle gusto, profesor —él murmuró algo y Meg le preguntó con cortesía—: ¿Le apetece una taza de té?

— ¿Té? ¿A esta hora? Sí, sí, tomaré una taza — se sentó y *Nelson* se subió sobre sus rodillas. Cuando Meg volvió con la bebida, él añadió —: No comprendo por qué has cambiado mi vida... nunca eres la misma durante más de media hora. Discutes y me haces enfadar y, sin embargo, eres una oyente espléndida.

Él terminó el té y Meg preguntó:

— ¿Quiere otra taza?

— ¿Comprendes a lo que me refiero? Creo que no has escuchado ni una palabra de lo que he dicho o aún peor, has oído todo y has decidido ignorarlo. Mi vida siempre había sido ordenada, pero ahora nada está en su lugar.

Ella no respondió, hasta cierto punto había tenido éxito. Al menos él había advertido su presencia... era una lástima que no pareciera contento por eso. Observó el semblante de su jefe, adorando cada centímetro de él. Cuando el silencio fue demasiado largo, Meg dijo:

— Ha trabajado demasiado. ¿No puede tomar unas vacaciones? Me refiero a unas vacaciones verdaderas, sin conferencias y esas cosas.

— Ahora me dices lo que debo hacer...

— ¡Tonterías! — exclamó Meg —. Sabe tan bien como yo que hace lo que quiere. ¿Por qué ha venido, profesor?

— ¿Sabes para qué me querían en Maud's esta noche? — cuando ella negó con la cabeza, añadió —: Nancy... ¿La recuerdas? Ha sufrido un desmayo. Ahora ya está bien, con suerte, responderá al tratamiento y en poco tiempo podrá irse a casa. Deberá ir al hospital de vez en cuando, pero si logramos que siga con vida...

— Lo hará — aseguró con firmeza Meg —. Es un reto, ¿no es así?

Él sonrió y Meg le devolvió la sonrisa.

— Mañana temprano iré a Much Hadham, ¿quieres acompañarme para ver a Betsy? Te recogeré después del té.

El semblante de la chica se iluminó.

— Es muy amable, pero tal vez moleste a su madre.

— Ella va a comer conmigo — se puso de pie y colocó a *Nelson* en su caja —. Te recogeré a las diez — al llegar a la puerta añadió —: Gracias por el té. Buenas noches, Meg.

Esta vez no la besó ni siquiera se acercó a ella.

Por la mañana cuando él llegó, Meg ya estaba lista y le preguntó si podría llevar a *Nelson*. El profesor asintió.

Mientras conducía, Ralph habló poco. Meg admiró que una vez más la campiña y le dio las gracias cuando llegaron a su antigua casa. Habló unos minutos con la señora Culver y se dirigió a la cocina, donde encontró a Betsy. Kate se había ido a Londres a pasar el día con su sobrina, por lo que tuvieron más libertad para charlar.

– Es como un lecho de rosas el estar aquí, señorita Meg, y si usted se encontrara conmigo, todo sería perfecto – aseguró Betsy.

– Las dos hemos tenido suerte – respondió Meg –. Me gusta mi trabajo y el apartamento es precioso.

– ¿Ve a menudo a la señorita Doreen y a la señorita Cora?

– Las dos están muy ocupadas. He ido a una fiesta que Doreen ha dado en su nuevo apartamento. Tiene muchos amigos...

– Nunca le han gustado las fiestas – aseguró Betsy –. Es una suerte que disponga de esa bonita cabaña para pasar allí los fines de semana.

– Sí – respondió Meg, pues no tenía intención de decir a Betsy lo sucedido.

Después de comer, cuando la anciana se fue a descansar un rato, Meg salió al jardín y paseó feliz.

A la hora del té, Betsy comentó:

– Ya es hora de que la señorita Doreen se case y de que usted encuentre marido, señorita – parecía preocupada –. Supongo que el profesor seguirá dándole trabajo después que se haya casado. La señora Culver me ha dicho que está muy contenta porque él ha encontrado esposa.

De pronto, el exquisito pastel que Meg estaba saboreando, le supo a aserrín.

– Me pregunto si será la joven que he visto en Much Hadham... una mujer rubia y muy hermosa – manifestó Meg.

– No tengo ni la menor idea. La señora Culver no me ha dicho quién es. ¿Por qué no le pregunta a él?

– No estoy tan interesada.

Durante el viaje de regreso a Londres tuvo muchas oportunidades de interrogarle. Él estaba de buen humor y habló mucho acerca de los Pitt.

– Todo ha salido muy bien – observó el profesor y miró de reojo a Meg.

Cuando llegaron al apartamento, él subió la cesta de *Nelson*, mas no se quedó.

Durante la semana Doreen le llamó para decirle que estaba muy sorprendida por la forma en que Meg se había ido de su fiesta y por haberse llevado al profesor. También le llamó Cora para quejarse de que la muchacha que le ayudaba en la casa, se había ido.

– Si no tuvieras ese trabajo, podrías haber venido aquí. No sé por qué actuaste de esa manera. Doreen y yo te hubiéramos conseguido un buen trabajo...

– Lamento que se haya ido tu criada, pero estoy segura de que encontrarás a alguien que te ayude. El trabajo que tengo es bueno y el apartamento encantador...
– Meg se preguntó durante cuánto tiempo seguiría allí.

El profesor no le había dicho nada que la alarmara, sin embargo, no se sentía feliz cuando pensaba en el futuro.

Esa tarde no hubo pacientes hasta las cuatro. La señorita Standish se tomaría un par de horas libres y la señora Giles llegaría más tarde. Cuando Meg estaba archivando los expedientes, oyó que llegaba el Rolls y un momento después entró el profesor. La saludó y se dirigió a su consultorio. Cinco minutos más tarde la llamó por el teléfono interior.

Meg estaba muy pálida y no sonrió cuando se sentó frente al profesor. Él se apoyó contra el escritorio y la observó.

—¿Por qué tienes ese aspecto? Parece que crees que voy a despedirte.

Meg unió las manos en el regazo para evitar que le temblaran.

—Tengo ese aspecto porque eso es lo que va a hacer, ¿no es así? —preguntó Meg.

Se sorprendió al ver que él sonreía.

—Sí, voy a hacerlo. La señora Loftus comenzará a trabajar el lunes —al ver que Meg permanecía en silencio, añadió—: ¿No deseas saber por qué quiero que te vayas?

Era una lástima que Meg tuviera la vista baja, pues no pudo verle sonreír y no se fijó en la mirada de él, la cual la hubiera arrojado en sus brazos. Cuando levantó la vista, era demasiado tarde, el teléfono sonaba y él contestó.

—Culver —dijo el profesor y escuchó con atención sin dar señales de enfado por haber sido interrumpido—. Mi querido amigo... éste es su segundo día... ¿no entiende ella que aún faltan tres días? Creí que se lo había explicado con claridad —volvió a escuchar—. Oh, eso no puede ser. Iré ahora mismo, tendremos que suministrarle sedantes. —colgó el auricular—. Más tarde —le dijo a Meg cuando salía.

Él volvió después de las cuatro y Meg, que había entretenido al primer paciente con té, le hizo pasar al despacho del profesor. Todavía estaba pálida, pero nadie que la viera hubiera adivinado cómo se sentía.

Cuando se fue el último paciente, Meg revisó la lista de la mañana siguiente. El profesor asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Ven, por favor, Meg —cerró la puerta y se apoyó en ella—. ¿En dónde nos quedamos antes de esa inoportuna llamada?

—Me estaba despidiendo.

—Ah, sí... y es probable que hayas pasado las últimas dos horas preguntándote el motivo.

—Sí, por supuesto. Creo que se debe a que algunas veces le enfado... he tratado de no hacerlo... —no pudo evitar un sollozo.

—Nunca me has enfadado —Ralph estaba de pie junto a ella, muy cerca—. Me intrigas, me gustas, te has metido en mi corazón, pero nunca me has disgustado. Mi querida niña, creo que estoy enamorado de ti desde la primera vez que nos vimos, aunque entonces no lo sabía, de lo único que me daba cuenta era de que te extrañaba

mucho cuando no estabas a mi lado. No seré feliz hasta que seas mi esposa –la abrazó con suavidad–. Eres hermosa, amable y encantadora. Amo la forma en que ríes, trabajas en el jardín y recoges animales. Querida, ¿considerarías la posibilidad de recogerme a mí?

Meg le miró a la cara y vio tanto amor que parpadeó.

–Oh, sí, por supuesto que lo haré... –sonrió radiante–. Yo también te amo.

El profesor no le dio oportunidad de decir más. La había besado en otras ocasiones, pero nunca de esa manera. Meg suspiró feliz y contuvo la respiración. Después de unos minutos, pudo hablar.

–Hay varias cosas... –comenzó Meg, al recordar a la joven rubia.

–No son importantes –le aseguró el profesor y volvió a besarla.

–Sí, bueno... ¿Qué vamos a hacer, Ralph?

–¿Por qué no subimos y se lo comunicamos a *Nelson*, cariño?

–Sí, pero qué hay acerca de...

Volvió a besarla.

–Más tarde, ahora tengo otros planes –susurró él.

–Si tú lo dices –dijo Meg feliz, levantó la cara y le besó con infinito amor.

Fin